

ALBERTO GRANADOS

# LAS RUTAS DEL MISTERIO

EL MADRID OSCURO



  
ESPASA



# PRÓLOGO

Madrid es una ciudad sorprendente para los turistas que la visitan cada año. Son más de ocho millones los forasteros que, armados con cámaras de foto y vídeo, se dejan seducir anualmente por nuestra capital. Los que vivimos aquí y paseamos a diario por sus calles, sufrimos los desesperantes atascos y esquivamos el bullicio de la marea humana que a veces recorre las grandes avenidas, apenas prestamos atención y en muy pocas ocasiones nos paramos a contemplar la majestuosidad de algunos de sus edificios y monumentos, cargados de historia, ni tampoco le damos importancia al privilegio de tomar una cerveza fría en una terraza en una noche de verano, cuando se observa el mismo tráfico a las dos de la madrugada que a las doce del mediodía.

Pocos madrileños conocen con detalle su ciudad y menos aún sus monumentos o la historia de sus calles y avenidas más importantes. Un gran número de ellos reconoce incluso sin ningún pudor no haber visitado jamás el Palacio Real o no haber paseado por el interior del Museo del Prado, los mismos que se jactan de haber recorrido cada sala del Louvre en París o de haber pasado horas agarrados a las verjas de Buckingham Palace en Londres intentando, si la suerte acompañaba ese día, ver un cambio de guardia e ignorantes de que en Madrid, por ejemplo, el primer miércoles de cada mes, a las doce de la mañana, tiene lugar en el

Palacio Real el relevo solemne de la guardia. Impresiona observar cómo desfilan lanceros y alabarderos, compañías de fusiles o piezas de artillería que serían las joyas de cualquier museo americano. Un viaje de cientos de años en el que intervienen más de cuatrocientos soldados y cien caballos que desfilan al compás de la banda de música de la Guardia Real, a los cuales la mayoría de madrileños aún no han descubierto.

Porque no hay que olvidar que Madrid es una ciudad con una gran historia a sus espaldas. Puede que sus inicios se remonten a la época de Mohamed I, allá por el año 870, cuando se construyó la primera fortaleza defensiva, aunque lo cierto es que se han encontrado en la zona vestigios de habitantes mucho más primitivos. Pocas capitales pueden presumir de una historia tan cargada de acontecimientos, sobre todo a partir de que Felipe II dictaminara que la corte, hasta entonces sin sede fija, se estableciera en Madrid. Solamente pasear por el barrio de los Austrias da detalle del esplendor de una ciudad repleta de palacios, iglesias, templos, fuentes, museos...

Pero Madrid no se ha quedado anclado en el pasado. Sus empedradas calles fueron transformándose en anchas avenidas asfaltadas y se desarrolló una ampliación industrial y cultural que ha colocado a nuestra capital entre las más importantes del mundo, con una oferta cultural y gastronómica equiparable a la que puedan tener ciudades tan importantes como Londres, París o Nueva York.

Madrid hay que vivirlo, hay que recorrerlo a pie, disfrutando de sus bares y tiendas, de sus librerías, de sus terrazas, de sus calles peatonales, como Preciados o Fuencarral, abarrotadas de comercios, aprovechándose del buen carácter y amabilidad de su gente. Pero también nuestra ciudad esconde historias que se han contado de generación en generación y que muestran una cara menos amable de una ciudad que, al caer la noche, se transforma. Aquellos edificios que reflejaban el sol, al anochecer se ven atrapados en las sombras, y en calles donde a la luz del día solamente se observan bares y tiendas se pueden descubrir las

marcas de terribles acontecimientos vividos en épocas no muy lejanas.

Historias de asesinatos, como el sucedido en el mesón del Lobo Feroz, cerca del actual mercado de la Cebada; de descuartizamientos, como el que cometió con sus propias manos el capitán Sánchez a principios del siglo XX en el actual emplazamiento de la plaza del Conde de Miranda; de presencias extrañas, que algunos aseguran haber observado recorriendo los pasillos del famoso Palacio de Linares, o de sonidos angustiosos y violentos movimientos de objetos como los que se vivieron en la inquietante «casa encantada de Vallecas» y de los que la policía fue testigo de excepción. Historias que a veces es mejor recordar para comprender que lo que hace verdaderamente importante a una ciudad es la unión de sus luces y sus sombras. Es necesario sumergirse en las profundidades de la parte oscura y truculenta para valorar con más intensidad todo lo demás.

Este libro trata precisamente de volver a sacar a la luz aquellas historias que hemos intentado olvidar o que quedaron atrapadas en el tiempo, con la seguridad de que, al terminar su lectura, la visión de la ciudad va a ser muy diferente, más completa. Calles por las que había pasado con anterioridad paseando o de compras, ahora le traerán el recuerdo de los oscuros acontecimientos allí vividos. Y es posible que alguna de las historias que aquí se cuentan consiga que no vuelva a pasear de noche por ciertas calles de Madrid o, al menos, le añadan a ese paseo un punto de inquietud y de aventura.

Porque Madrid ofrece muchas caras, pero la nuestra es esta: ¡el Madrid oscuro!

# 1 LA CASA DEL PECADO MORTAL

PRINCIPIOS DE 1900

Una mujer caminaba con dificultad en medio de la noche. Arrastraba sus pies por las calles desiertas, abandonadas ante el frío intenso de aquel marzo madrileño. El aire gélido la obligó a envolverse sobre una gastada manta con la que se cubría hasta la cabeza. Solamente sus ojos húmedos y agrietados quedaban expuestos a aquella terrible temperatura. Su cuerpo encorvado intentaba protegerse del aire y de los papeles y cartones que, empujados por la fuerza del viento, a veces la golpeaban en su caminar. El ulular de la ventisca dejaba un gemido en el aire que en ocasiones parecía el lamento de un recién nacido.

Aquella mujer temblorosa y atemorizada miraba a cada lado intentando evitar cruzarse con algún transeúnte. A esas horas nada bueno se podía encontrar y, además, no deseaba que nadie la reconociera. De pronto, unas sonoras carcajadas interrumpieron sus pensamientos. La joven buscó refugio desesperadamente, temerosa de ser descubierta; lo intentó en varios portales, pero estaban

cerrados, hasta que tuvo suerte y encontró un portalón entreabierto. Muy despacio, empujó la pesada reja metálica rezando para que el chirrido de las bisagras no la delatara. Se introdujo en lo que parecía un pequeño y oscuro patio vecinal y aunque estaba muerta de miedo se armó de valor. Aguantó la respiración y se quedó todo lo inmóvil que su tembloroso cuerpo le permitía, a la espera de que se hubiera alejado el peligro.

Dos hombres pasaron junto a ella sin descubrirla, dos borrachos que apenas se mantenían en pie y que con sus carcajadas y gritos rompían la quietud de la noche. La mujer se mantenía agazapada, sin apenas respirar, esperando a que se alejaran. Un sonido dentro de aquel ruinoso patio la alertó. Intentó escrutar con la mirada para ver si descubría el origen de algo que parecía moverse en la oscuridad, pero resultaba difícil. Solamente podía adivinar las sombras gracias a la luz de la luna que se colaba por el hueco de dos de los edificios de ladrillo que rodeaban aquel espacio. Forzando la vista y el oído distinguió una pequeña silueta que se arrastraba por el suelo cruzando a gran velocidad de un extremo a otro. La joven, angustiada, se echó mano al abultado estómago mientras su respiración se hacía cada vez más pesada.

Uno de los borrachos se paró junto a la reja para encender un cigarrillo. Tras varios intentos encontró en su bolsillo el arrugado paquete de tabaco, que casi destrozó intentando coger uno de los pitillos que le quedaban. La joven observaba escondida, apenas a un metro de él. El borracho sacó una gastada caja de cerillas y con dificultad extrajo una. Metió un poco su cuerpo en el portal para que el aire no apagara la llama. La joven se pegó a la pared todo lo que pudo, conteniendo la respiración mientras rezaba para sus adentros. Hubo varios intentos antes de que la luz de la cerilla iluminara levemente el oscuro patio. El borracho acercó su cara al fuego y a duras penas encendió finalmente el cigarrillo. Ni siquiera se percató de que había alguien escondido a escasos centímetros de su cara.

—Bueno, qué... ¿Vamos a estar aquí toda la maldita noche? — se quejó su compañero.

—¡Ya vaaaaa! ¡Eres peor que mi mujer!

Los dos amigos se abrazaron y entonaron una nueva canción entre risas. Continuaron su camino y doblaron la esquina de la calle. La mujer, acobardada, cogió aire. Aquellos segundos se le hicieron una eternidad. Antes de salir del patio echó un último vistazo y sus ojos se encontraron frente a los de una enorme rata que rebuscaba entre la basura. Un pequeño grito se escapó de su garganta; salió del portal y aceleró sus pasos por aquella calle desierta todo lo que sus fuerzas le permitían.

Recorrió atemorizada varias manzanas más hasta llegar a un antiguo edificio de ladrillos rojos con varios balcones de hierro. Se detuvo, introdujo su mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un sucio papel. Se lo acercó a los cansados ojos para comprobar la dirección anotada: calle del Rosal. Miró el nombre de la calle en un gastado baldosín decorado. Por las indicaciones que le habían escrito, aquella debía de ser la casa que estaba buscando.

Se acercó al antiguo portalón de madera y movió con fuerza varias veces una oxidada cadena que el aire balanceaba de un lado a otro de la puerta. Mientras lo hacía, el sonido de una campana se escuchaba en el interior. La mujer pegó su oído contra la fría madera, esperando escuchar algo de actividad.

—Por favor, santa María, que me abran... ¡Te lo suplico! —La joven murmuraba con las manos entrelazadas. Volvió a agitar la cadena y unos pasos se escucharon dentro, acercándose. La voz de una anciana gritó:

—¡Ya va, ya va!...

La muchacha respiró aliviada. Se escuchó el sonido de un pequeño cerrojo y una puertecita se abrió a la altura de sus ojos. Tras las rejas se intuía el rostro de una señora mayor alumbrado por la luz de una vela.

—¿Quién viene a perturbar la paz de este convento?

La joven se acercó para poder ser vista.

—Buenas noches, hermana, necesito asilo. —La muchacha no pudo reprimir las lágrimas.

La anciana aproximó su ojo a la puertecita para escrutar mejor a la desconocida. Observó su barriga abultada.

—¡Virgen santa! ¡Vaya horas..., y con este frío!

Cerró la puertecita y abrió la principal, que chirrió con fuerza. La joven entró tratando de serenarse. Entre sollozos agarró la mano de la pequeña monja que la observaba incrédula y se arrodilló ante ella.

—¡Discúlpeme, hermana, siento molestar tan tarde! —La anciana la ayudo a levantarse. Otra monja, iluminada por la luz de un candil, apareció en la sala.

—¿Qué ocurre, hermana Caridad?

La muchacha se limpiaba las lágrimas.

—Esta joven acaba de llegar al convento. Está asustada y en estado.

La monja más joven se acercó a ella y depositó con suavidad su cálida mano en el vientre frío de la muchacha.

—¿Cuántas faltas has tenido?

—¡Seis, hermana!

—¡Santa Magdalena! Bien, no te preocupes. Ahora te acompañaremos para que descanses. Mañana el secretario de nuestra junta te tomará tu nombre y tus datos, será el único que los conozca. A partir de ese momento vestirás las ropas que te asignaremos y llevarás el rostro tapado, tal y como mandan nuestras ordenanzas. Nadie te preguntará nada y permanecerás entre nosotras hasta que des a luz a ese niño y te encuentres con fuerzas para abandonar el convento.

—Gracias, madre. No sé cómo agradeceréselo.

—No te preocupes, hija. Ya nos lo agradecerá el de allá arriba.

Apenas habían transcurrido unas horas y ya estaban despertando a la joven, que descansaba acurrucada entre varias mantas sobre el jergón de una austera habitación. La muchacha, que dormía profundamente, se quedó petrificada al abrir los ojos y encontrarse frente a la cara de aquella mujer que la zarandeaba, iluminada tan solo con la luz titilante de una vela.



—¡Venga, arriba! ¡Tienes que acompañarme! ¡Nos vamos a rezar a la capilla!

Sentada en el borde de la cama, la muchacha frotó sus ojos. Necesitaba unos segundos para poner orden en su cabeza y recordar dónde se encontraba. A los pies de la cama encontró un hábito oscuro y un velo que tuvo que colocarse para tapar su cara. Destemplada, acompañó a la hermana por los fríos y largos pasillos, mientras otras mujeres con el rostro tapado se iban cruzando en su camino. Observó que algunas, al igual que ella, estaban embarazadas.

A medida que llegaban a la capilla se iban acomodando en los gélidos bancos de madera. La luz del día todavía no traspasaba las vidrieras. Aún debía de ser madrugada. Tras la misa, el desayuno con leche caliente, pan, mantequilla y unos exquisitos dulces azucarados que las propias monjas horneaban. La joven disfrutó con cada bocado.

Una monja puso su mano en el hombro de la recién llegada.

—¿Has terminado?

—Sí, hermana. Muchas gracias. Todo estaba exquisito. Hacía mucho tiempo que no desayunaba tan bien.

La monja no pudo reprimir una leve sonrisa.

—¡Acompáñame, nos esperan!

La religiosa condujo a la joven a través de interminables pasillos hasta un sobrio despacho. Allí la esperaban tres señores trajeados. Eran mayores, todos tenían pelo cano y gesto serio. La observaron de arriba abajo. Uno de ellos se presentó como el secretario de la junta.

—Por favor, diga con voz clara su nombre y apellidos.

—Rosa María Martínez de Escobar —balbuceó la joven algo intimidada.

—¿De dónde es, señora?

—Soy de aquí, de Madrid.

—¿Domicilio?

La joven titubeó nerviosa. Enseguida uno de los ancianos la tranquilizó:

—No se preocupe, no es necesario que nos lo diga.

—¿Edad?

—Veinticuatro años, señor.

El secretario terminó de apuntar. Los tres ancianos comenzaron a charlar entre ellos en voz baja. Uno asentía con la cabeza mientras lo anotaba todo en un cuaderno. A continuación, leyó en voz alta todo lo que habían acordado:

Rosa María Martínez de Escobar, vecina de Madrid, de veinticuatro años de edad, sin domicilio conocido, se presenta ante este tribunal reclamando la tutela de la Santa y Real Hermandad de María Santísima de la Esperanza y Santo Celo por la Salvación de las Almas. Hacemos saber que para limpiar su alma ensuciada con su conducta impura deberá permanecer en esta casa cinco meses, entregando primero el fruto de su pecado a manos más piadosas y consagrándose después al trabajo en bien de la comunidad.

El secretario observó a la joven.

—¿Alguna objeción?

La recién llegada movió a ambos lados su cabeza con resignación.

—Pues... ¡Que se cumplan los designios del Señor! ¡Puede retirarse!

Los días fueron pasando lentamente en el convento de Santa María Magdalena de mujeres arrepentidas, la «Casa del pecado», como vulgarmente era conocido. En él ingresaban mujeres embarazadas que deseaban dar a luz en la más absoluta intimidad. Casi todas las jóvenes que allí se refugiaban o bien eran prostitutas, o bien habían quedado embarazadas tras un desliz y, por temor a las represalias o por vergüenza, no deseaban que se enteraran sus familias. La casa estaba situada en la calle del Rosal desde el año

1800 y junto al convento se construyó un hospital destinado a atender a estas mujeres.

El convento y el hospital fueron muy famosos en la época. No es de extrañar que pronto comenzaran a circular decenas de leyendas escabrosas que relataban las oscuras historias que se vivían en el interior. Se hablaba de fetos emparedados, de pasadizos secretos por los que accedían al convento hombres adinerados para desfogarse con las jóvenes prostitutas que debían estar meses apartadas de la calle y, sobre todo, de una extraña e inquietante cofradía que todas las noches partía del convento con destino a las calles frecuentadas por prostitutas.

Una noche, Rosa María se quedó petrificada al ver cómo se preparaba el grupo para recorrer en procesión las calles. Pudo observar a veinte o treinta hombres encapuchados colocándose ordenadamente en formación. Algunos de ellos portaban candiles iluminados que daban al grupo un aspecto tenebroso. Cuando sonó la campana y comenzaron a recitar aquellas frases tan tremendas se le heló el corazón. La cofradía abandonó el hospital rumbo al barrio donde algunos clientes buscaban amor furtivo ya caída la noche.

—¡Ven, vamos aquí detrás! ¡Nadie podrá vernos tras el muro!

Una prostituta empujaba al primer cliente de la noche, un anciano algo borracho. Intentaba ocultarlo a los ojos de los curiosos y de sus compañeras, y, ya de paso, protegerse del intenso frío que aquella noche la tenía con todo el cuerpo entumecido. Un viento gélido soplaba con fuerza y, para colmo, habían comenzado a caer los primeros copos de nieve.

—¡Quiero esa boca tuya! —decía balbuceando y casi a gritos el anciano.

—¡Psssss! ¡Calle, no nos vayan a descubrir!

—Aquí no hay nadie, picarona... ¡Bésame!

La prostituta intentaba evitar a toda costa cruzarse con la boca apestosa de su cliente. Sus huesudas manos le magreaban todo el

cuerpo. El anciano era mucho más hábil de lo que en principio parecía.

—¡Vamos, no sea malo! ¡Es usted como un niño!

El anciano se había bajado los pantalones, su miembro estaba más congelado que la noche. La prostituta lo agarró con fuerza y comenzó a agitarlo intentando reanimarlo, pero el intenso frío no ayudaba. A lo lejos se escuchaba el murmullo de un grupo de hombres y algunos pasos... De repente, la prostituta se quedó paralizada:

—¿Ha oído usted algo?

El anciano bastante tenía con seguir aguantando la velocidad de su excitado corazón.

—Puede que sea la Ronda del pecado mortal —le susurró la prostituta aterrorizada por las historias que había escuchado sobre la temible procesión. El anciano borracho no entendía nada, pero el murmullo se hacía cada vez más evidente. Eran pequeños cánticos monótonos recitados al compás de una campana.

La prostituta se arregló las ropas como pudo y salió huyendo a través del pequeño campo abandonado que había tras el muro.

—¡Vuelve aquí, zorra!

El anciano intentaba subirse torpemente los pantalones, aterrorizado por el insistente murmullo. De pronto, las luces de unos faroles iluminaron parte del campo donde se encontraba. Se quedó petrificado. Intentó pegarse al muro todo lo posible para que no lo descubrieran. Escuchó cómo un grupo de hombres entonaba pequeñas estrofas acompañadas del sonido de una campanilla; podía distinguir la sombra de sus siluetas, era como si la Santa compañía hubiera salido a reclamar almas. Recitaban en alto:

*Alma que estás en pecado, si esta noche murieras, piensa bien a dónde fueras.*

El anciano intentó huir sin ser descubierto. El sonido de un bote de hojalata que golpeó torpemente en su escapada alertó a los

cofrades. Uno de ellos alumbró con su farol y descubrió al atemorizado hombre, que no se lo pensó dos veces y escapó a la carrera. Daba pasos inseguros e intentaba controlar la respiración, pero sus gastados pulmones apenas le suministraban el aire necesario. La Ronda del pecado fue a su encuentro. Avanzaron tras él en formación a través del campo. Sus voces cortaban el viento gélido.

*¡Esa culpa que cometes, mira atento y considera... que podría ser la postrera!*

Cayó al suelo en varias ocasiones y cada vez le costaba más esfuerzo levantarse. La vista de aquel grupo de hombres iluminados por la luz de los faroles, envueltos en sus túnicas oscuras y con sus rostros tapados con capuchones negros, era angustiada. Parecían salidos del infierno. Siguió corriendo campo a través, pero sus piernas no le respondían y el aire le llegaba a los pulmones con dificultad.

El grupo de encapuchados perseguía incansable al anciano, que ya se iba tambaleando sin apenas fuerzas. Solo aguantaría unos pocos metros más. La tensión y el esfuerzo hicieron que finalmente se desplomara en el suelo helado. Intentaba en vano que un hilo de aire gélido penetrara en sus debilitados pulmones, pero tras varios espasmos violentos se quedó inmóvil. Sus ojos permanecían abiertos, fijos en la nada, y en su cara se dibujó una mueca de terror.

La Ronda le rodeó. A aquellos hombres parecía no importarles que el anciano estuviera tumbado en el suelo, rígido, sin vida. En voz alta comenzaron a rezar un Padre Nuestro. Una vez terminada la oración, se dieron la vuelta y continuaron su caminata en busca de otras almas pecadoras. En formación, y bajo la luz de los faroles, abandonaron el descampado en la quietud de la noche. Los vecinos de las casas cercanas volvieron a escuchar cada vez más lejano el murmullo de sus plegarias.

La oscuridad y el silencio regresaron al campo abandonado, tan solo interrumpidos por el sonido del gélido viento. El cuerpo inerte del anciano permanecía tirado en aquel terreno entre dos barriadas, repleto de basuras y escombros, y los copos de nieve resbalaban por su rostro petrificado. De repente, entre las sombras surgió una figura humana. Era la prostituta, que, desde la lejanía, había sido testigo mudo de lo sucedido. Con rapidez hurgó en los bolsillos del anciano para robarle lo poco de valor que le quedaba y escapó a la carrera.

Al amanecer, una pareja de la Guardia Civil encontró el cuerpo del anciano, al que varias ratas devoraban con ansia. Tuvieron que disparar un tiro al aire para que los roedores desaparecieran asustados por el estruendo. La investigación concluyó que el hombre, borracho, había caído al suelo y, tras perder el conocimiento, seguramente su cuerpo no fue capaz de soportar el intenso frío de la noche.

Aunque las pesquisas oficiales concluyeron sin que se dictaminaran culpables de aquella muerte, los vecinos tenían su propia teoría de lo sucedido la noche anterior. Algunos habían observado desde sus ventanas la extraña procesión de encapuchados. A ninguno le quedaban dudas de que había sido, una vez más, la siniestra cofradía la que había acabado con la vida del anciano. Incluso sospechaban que otras muertes ocurridas en el barrio llevaban el sello de aquellos oscuros cofrades a los cuales las autoridades protegían. Aquella muerte volvió a ponerlos en guardia de nuevo y todos se cuidaban bien de no encontrarse en plena noche frente a la temida Ronda del pecado mortal.

Nuestra historia comienza a principios de 1900, con un Madrid que está cambiando a gran velocidad. Se acometen en la ciudad profundas reformas, surgen nuevos barrios y se proyectan grandes edificios. Se encuentran en obras nuevas estaciones de ferrocarril,

como la de Delicias, y están en marcha muchos hospitales como el del Niño Jesús.

Nuestra protagonista camina una noche gélida rumbo a la casa del pecado mortal, en ese momento situada en la calle del Rosal. Nada de todo aquello queda en pie en la actualidad. Todos los edificios colindantes fueron destruidos para acometer la remodelación de la actual Gran Vía, concretamente el tercer tramo del proyecto. Unas obras que tenían como objetivo mejorar la comunicación y unir dos grandes barrios de la capital: el de Argüelles y el de Salamanca. Se llevó a cabo una intervención faraónica para la cual el Ayuntamiento tuvo que expropiar más de trescientos edificios situados en treinta manzanas diferentes. Fueron cuarenta y ocho las calles en las que hubo que intervenir; treinta y cuatro se reformaron y el resto desaparecieron.

La calle a la que acudía nuestra protagonista en medio de la noche estaría ubicada, más o menos, sobre el número 66 de la Gran Vía, por lo que es posible que la mujer de nuestra historia caminara por lo que hoy en día sería la plaza de los Mostenses.

Para remontarnos en el tiempo a lo que podrían haber sido los orígenes de la casa del pecado mortal tendríamos que retroceder hasta 1587, cuando la congregación de las monjas terciarias franciscanas comenzó a recoger a las mujeres de mala vida arrepentidas en su hospital de peregrinos de la calle Arenal.

Con posterioridad, y dadas las malas condiciones del citado centro de la calle Arenal, se construiría un nuevo convento, el de las «Arrecogidas», que terminaría dependiendo de una hermandad fundada por Felipe V, la Hermandad del Santo Celo de la Salvación de las Almas, que ahora estaría situado en la calle Hortaleza (frente a la sede del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid), en una de las sedes del sindicato de la Unión General de Trabajadores.

Nada tiene que ver el convento antiguo con lo que nos encontramos en nuestros días. El convento fue reformado en varias ocasiones. Una de ellas, en 1897, coincidiría con un cambio de órdenes: las hermanas terciarias franciscanas lo abandonaron

dejando paso a las calatravas cistercienses. El arquitecto Ricardo García remodeló la fachada y la incorporación del ladrillo otorgó un estilo neomudéjar al conjunto.

Pero, como sucedería con muchos conventos madrileños, este también sería quemado durante la Guerra Civil y posteriormente reconstruido, hasta que en 1974 se abandonó definitivamente. No sería hasta el año 1987 cuando fue adquirido por la UGT, que hoy en día lo sigue manteniendo. Como curiosidad, podríamos destacar que este edificio aparece en la película de Pedro Almodóvar *Entre tinieblas*.



## 2 EL CRIMEN DEL CAPITÁN SÁNCHEZ

ABRIL DE 1913

Una joven caminaba con paso indeciso camino del Círculo de Bellas Artes, donde desde hacía unos años se encontraba la sede del casino de la capital. A diario se reunía a jugar en sus barnizadas mesas la burguesía madrileña, un selecto grupo de empresarios, altos funcionarios, políticos y militares. Personas distinguidas que pasaban las horas alrededor de las mesas de madera, apostando su dinero a la ruleta o a las cartas, con juegos de moda, como el *baccarat* o las treinta y cuarenta.

La bella muchacha apretó el puño dentro del bolsillo de su abrigo protegiendo con fuerza una ficha de casino. Si tenía suerte y la cambiaba por dinero, tendría unos meses de desahogo para ella y su familia. Cinco mil pesetas eran casi seis meses de salario en el obrador de plancha en el que trabajaba como oficiala. La joven no paraba de repetir en voz baja la misma letanía que la había acompañado durante el trayecto hasta el casino: «Por favor, Virgen santísima, protégeme y ayúdame para que pueda cambiar esta ficha; si así lo haces, te rezaré cien Ave Marías...».

Abrió la puerta de la entrada al casino. Un botones salió a su encuentro.

—Disculpe, señora, ¿puedo ayudarla en algo?

—Sí, vengo a cambiar esta ficha.

La joven sacó su puño del bolsillo y abrió su mano sudada. El botones pudo ver la ficha roja con el número 5.000 grabado en oro. Miró de arriba abajo a la mujer sin entender nada y, tras unos segundos que a ella le parecieron una eternidad, el botones hizo un gesto con la mano enguantada.

—Acompáñeme. La llevaré a caja.

Este fue el gran error que cometería María Luisa Sánchez, hija del capitán Sánchez. Pero esta es una historia que comienza algunos meses atrás...

—¡Mil pesetas más al 23! —Don Rodrigo García Jalón lanzó la ficha azul sobre la mesa.

—¿Alguien va más?

Nadie más apostó y el crupier hizo girar la ruleta. La bola blanca se detuvo en seco en el 23 y un murmullo se escuchó entre todos los que observaban la jugada.

—23, rojo, impar... ¡Gana!

Los congregados comenzaron a aplaudir y don Rodrigo recogió sus ganancias y se levantó. Iba elegantemente vestido con una levita gris y pantalones a juego, camisa blanca con gemelos de oro, chaleco y corbata gris oscuro. A pesar de rondar los sesenta y de haber enviudado unos años atrás, se conservaba bien y su bigote de puntas levantadas le daba un aspecto de caballero distinguido. Cuando don Rodrigo se dirigió a tomar un café en la sala vecina, una hermosa joven chocó contra él como por casualidad. Sus ojos se encontraron y María Luisa se sonrojó:

—¡Ah..., disculpe!

—Las disculpas deberían de ser más, señorita. Lo siento. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, perfectamente. ¡Muchas gracias! —Don Rodrigo observó de arriba abajo a aquella mujer.

—¿Sería muy osado por mi parte pedirle que se tomara un café conmigo?

María Luisa se tomó su tiempo para contestar.

—Bueno..., no sé...

—Por favor, sería un placer.

Tras unos segundos que al anciano caballero le parecieron interminables, ella accedió.

—De acuerdo... ¡Está bien! ¡Un café rápido!

Don Rodrigo y María Luisa se sentaron en uno de los salones cercanos y rápidamente fueron atendidos por un engominado camarero. La joven levantó la mirada y se encontró con la de un militar que desde la lejanía la observaba con gesto serio, sin perder detalle de lo que hacía. La situación la incomodó, pero intentó sobreponerse y continuar la conversación con su anfitrión.

Pasaron un par de horas entre risas y cafés. Al cabo de ese tiempo, don Rodrigo pidió acompañarla hasta su casa. La joven denegó el ofrecimiento.

—¡Por favor, María Luisa! No permitiré que vaya sola hasta su domicilio. Hay mucha chusma en Madrid.

María Luisa se dejó querer.

Don Rodrigo iba caminando junto a la joven, absorto en la conversación, sin sospechar que a escasos metros les seguía el militar que les había estado observando con atención en el casino. Llegaron a una plaza y María Luisa se paró junto a la puerta de la Escuela Superior de Guerra. El militar también se detuvo.

—¡Ya hemos llegado! Muchas gracias por acompañarme.

—Ha sido un placer. —El caballero cogió la mano de la joven y posó sus labios sobre ella con delicadeza—. ¿Nos volveremos a ver?

María Luisa se volvió a sonrojar.

—Es posible...

Don Rodrigo volvió sobre sus pasos. El militar se escondió para no ser descubierto.

María Luisa entró en su casa, situada en los bajos de la Escuela, donde vivía con su padre, su abuelo y sus cuatro hermanos. Se dirigió a su habitación. A los pocos minutos abrió la puerta de su cuarto el capitán que la había estado vigilando toda la tarde.

—¡Padre! —exclamó ella.

El militar se acercó y le lanzó una sonora bofetada. María Luisa cayó sobre la cama.

—¡Putas! ¡Espero que este viudo no se te escape!

María Luisa se incorporó de la cama y se enfrentó a su padre. Levantó la mano para devolverle el golpe, pero el militar se revolvió y agarró con fuerza el brazo de la muchacha. A continuación comenzó a besarla el cuello.

—¡Déjeme!

—¿Que te deje? Ya sabes muy bien que me vuelvo loco cada vez que conquistas a algún desgraciado.

El capitán siguió apretándola con fuerza. Sus manos empezaron a recorrer todo el cuerpo de su hija. María Luisa dejó de ofrecer resistencia. Él la tumbó sobre la cama y no paró hasta que terminó de poseerla como un animal en celo.

En el barrio ya se murmuraba sobre la extraña atracción que el capitán Manuel Sánchez sentía por su hija María Luisa. De hecho, las malas lenguas aseguraban que dos de los hijos del militar, viudo hacía varios años, eran de su propia hija. El capitán no era muy querido en la barriada, donde se hablaba de que era un hombre excesivamente violento, bebedor y con algunos brotes de locura. Era el encargado de suministrar el rancho a los militares de la Escuela y eso permitía que en su casa no faltara la comida, aunque fueran las sobras de lo que se distribuía en el cuartel. Podrían haber vivido con cierto desahogo, pero su gran afición a la bebida y al juego provocaba que las deudas agobiasen permanentemente a la familia. También se comentaba que el capitán hacía tiempo que utilizaba a su hija María Luisa para conseguir el favor de caballeros

de buena posición social a los que, luego, los dos, sacaban el dinero, a veces gracias a los favores de la joven, otras con robos o chantajes que planeaban juntos.

La relación del viudo don Rodrigo García Jalón y la hija del capitán seguía progresando. Cada día a don Rodrigo se le veía más pendiente de la joven y su deseo iba creciendo por momentos; no dejaba de agasajarla con pequeños regalos y siempre terminaba ofreciéndole algo de dinero para sus hermanos. El capitán Sánchez seguía con atención aquella relación. Seguramente su oscuro cerebro ya maquinaba alguna manera de conseguir el dinero del viudo.

Una tarde, María Luisa regresó a casa después de un paseo con don Rodrigo. Su padre la esperaba en su habitación. Al abrir la puerta lo vio tumbado en su cama.

—Hola, padre. ¿No ha ido al casino?

El padre la observaba de arriba abajo mientras ella se quitaba el abrigo.

—¿Qué tal con el viudo? —preguntó.

—Quiere oficializar la relación. Está empeñado en mantener a esta familia.

El capitán dibujó una sonrisa...

—Mañana vais a quedar aquí en casa, ¿me oyes?

María Luisa temía que algo así ocurriese el día menos pensado.

—¿Y los niños?

—Les prepararemos una cesta con comida y que el abuelo los lleve a la pradera a merendar. Tú te encontrarás aquí con él. Pensaré qué podemos hacer para sacarle algo de dinero.

Al día siguiente, con los niños fuera de la casa, María Luisa y su padre esperaban la llegada de don Rodrigo.

—Lo vas a sentar aquí en esta silla, de espaldas a la puerta. Yo estaré ahí escondido, escuchando la conversación. Intenta sacarle algo de dinero. Si pregunta por mí, dile que estoy de guardia en el cuartel. No debe saber que estoy en la casa. ¡Provócalo!

En aquel mismo momento, en el casino, don Rodrigo consultó la hora de su reloj de bolsillo y se levantó de la mesa de la ruleta.

—Señores... ¡Mañana más!

Antes de marcharse, el señor García Jalón pasó por caja.

—¿Me cambia estas fichas?

—Por supuesto, don Rodrigo.

El cajero contó las fichas:

—¿Todo en dinero?

—Sí. Bueno..., mejor dicho, dame una ficha de cinco mil y el resto en dinero. No quiero llevar tantos billetes encima. —El viudo guardó su dinero y se dirigió con paso enérgico hacia la casa de su amada.

La campanilla de la entrada sonó varias veces. María Luisa se retocó el pelo y se desabrochó un botón de la blusa. Rauda, se acercó a abrir mientras su padre se escondía para no ser descubierto. Al entornar la puerta, María Luisa se encontró con don Rodrigo, que sujetaba un precioso ramo de flores.

—¡Buenos días, querida María Luisa!

—¡Don Rodrigo! Buenos días... Usted siempre tan atento. Pase, por favor.

María Luisa le acompañó al salón, le ayudó a quitarse el abrigo y le invitó a sentarse en la silla que había dispuesto el capitán. Colocó las flores en un jarrón.

—¿Y tu padre?

—Hoy está de guardia en el cuartel. Me temo que no podrá verlo.

—¡Vaya contrariedad! Me habría gustado hablarle de mis propósitos. ¿Y tus hermanos?

—Tampoco están. Se han ido al parque con el abuelo. ¡Estamos solos!

Don Rodrigo tomó la mano de la joven aprovechando la ocasión.

—¿Sabes, María Luisa, que cada día te deseo más?

El capitán escuchaba todo lo que ocurría tras unas cortinas. Jamás pensó que las palabras de aquel hombre pudieran encelarle tanto.

—En cuanto pueda hablaré con tu padre. Quiero oficializar nuestra relación y que vengas a vivir conmigo. Si es necesario, nos casamos.

Don Rodrigo se abalanzó sobre la joven y la abrazó con fuerza.

—¡Bésame, María Luisa!

La muchacha temía la reacción de su padre. Sabía que, cada vez que otro hombre se acercaba a ella, surgía un monstruo violento en su interior. Pero siguiendo las indicaciones del capitán, ella se dejó querer.

El padre de María Luisa se dirigió en silencio hacia la cocina. Bajo la pila guardaba su caja de herramientas, la abrió y observó el interior. Finalmente cogió un enorme martillo y regresó sigilosamente hacia el salón.

Don Rodrigo seguía abrazando a la joven; sus manos agarraban con fuerza el cuerpo de la muchacha y lo recorrían apresuradamente. A empujones, la arrinconó contra la pared. Una de sus manos comenzó a apretar sus pechos. María Luisa se dejaba hacer.

—María Luisa... ¡Te deseo!, ¡tienes que ser mía!

El capitán entró de puntillas en la habitación y, aunque lo intentó, no pudo reprimir su ira. Se acercó por la espalda al viudo. Su hija se quedó petrificada al ver acercarse a su padre con aquella expresión perdida en los ojos y empuñando el martillo en una de sus manos.

Antes de que la muchacha pudiera reaccionar, el capitán golpeó con fuerza la cabeza de don Rodrigo. Se escuchó un mazazo y la sangre caliente salpicó la cara de su hija. El martillo penetró en la cabeza del hombre. El capitán tuvo que tirar con fuerza varias veces para extraerlo. De nuevo levantó aquel instrumento convertido en arma mortal y volvió a estrellarlo en la cabeza del pretendiente de su hija, hundiéndole parte del cráneo.

El rostro ensangrentado de don Rodrigo fue deslizándose lentamente sobre el cuerpo de María Luisa hasta que el hombre quedó de rodillas. La sangre manaba de sus heridas, pero todavía permanecía con vida. El capitán, por su parte, enajenado y sin poder

contener su rabia, le golpeó varias veces más sobre la cabeza hasta desfigurarle por completo. La sangre salpicaba todo alrededor. La joven, horrorizada, intentó aguantar las arcadas, pero el vómito brotó incontrolado. Su padre observaba el cuerpo inerte de don Rodrigo sin dar importancia a la espeluznante matanza que acaba de perpetrar. Aterrorizada por la escena, María Luisa se desprendió como pudo de aquel cuerpo inerte que aún la estrechaba.

El capitán soltó el martillo y comenzó a registrar los bolsillos del viudo. Le quitó la cartera, los anillos, el reloj, los gemelos, algunas monedas y la ficha roja de cinco mil pesetas que precavidamente había guardado en su bolsillo. La cartera apenas tenía cuatrocientas pesetas más. Agarró a don Rodrigo por los pies y lo arrastró hasta la cocina. El cadáver iba dejando a su paso un reguero de sangre. Regresó al salón. Encontró a su hija pálida y temblorosa. Con fuerza, la agarró del pelo.

—¡No hay tiempo ahora para memeces!, ¿me entiendes? Quiero que te pongas a limpiar todo esto antes de que regresen tus hermanos. No puede quedar ni una gota de sangre, ¿estamos? Cuando acabes, cámbiate la ropa y tráemela. Tendremos que deshacernos de ella.

El capitán volvió a la cocina y observó nervioso el cadáver del viudo. No sabía muy bien qué iba a hacer con el cuerpo. Rebuscó de nuevo entre las herramientas de su caja metálica y sacó un hacha y un serrucho oxidado.

Lo primero fue separar la cabeza del cuerpo. Tras varios hachazos en el cuello lo consiguió. Se acercó a la antigua cocina y levantó con un gancho una de las tapas metálicas. Introdujo algunas maderas más en la lumbre. Cuando el fuego creció, sostuvo la cabeza por los pelos y la lanzó a las llamas, junto con la ropa del muerto hecha jirones. A los pocos minutos, un repugnante olor a carne y pelo quemados se extendió por toda la cocina. Mientras, María Luisa fregaba con lejía las manchas de sangre que habían salpicado por todas partes el salón.



El capitán estaba despedazando el cuerpo con total tranquilidad. No parecía afectarle lo más mínimo haber asesinado a un hombre y haberle cortado la cabeza. Sereno, cogió el serrucho y comenzó a cortar las extremidades. Serró los brazos y las piernas. Aquello era una auténtica carnicería.

Su hija entró a cambiar el agua teñida de rojo por otra nueva. Ver aquel esperpento volvió a producirle arcadas, pero apenas quedaba algo en su cuerpo que poder vomitar. Apartando la vista de los trozos de carne esparcidos por el suelo de la habitación, tiró el agua sucia y volvió a llenar el balde, que temblaba entre sus manos.

El capitán Sánchez tenía la ropa empapada en sudor y sangre. Aquel trabajo de carnicero estaba siendo laborioso. Las partes blandas las arrancó con un cuchillo y las redujo a trozos pequeños que arrojó por el sumidero del retrete; la carne magra la fue juntando en un perolo; los restos más grandes, el esqueleto, su ropa y la de su hija los envolvió en una manta y los metió dentro de un saco.

—¡María Luisa! —gritó desde la cocina el capitán. Su hija entró todo lo rápido que pudo—. ¡Limpia todo esto! Voy a esconder lo que queda en el sótano.

El capitán bajó las escaleras con el saco a cuestas. Allí abajo guardaban algunos animales que proveían de leche y en alguna ocasión de carne a los más pequeños de la casa, dos o tres ovejas y otras tantas cabras. Cogió un pico que tenía en uno de los armarios y comenzó a cavar en una de las paredes huecas situadas bajo la escalera. Cuando ya había tirado buena parte del muro, introdujo dentro del hueco el saco y se dispuso a tapar la pared nuevamente. Cuando terminó la obra, colocó algunas balas de paja para camuflar el cemento húmedo.

Cuando los pequeños y el abuelo regresaron ya estaba todo recogido. El capitán había subido a la cocina del cuartel el perolo con la carne y no había ni rastro de lo que allí había sucedido minutos antes.

El abuelo se quedó impresionado cuando vio a su nieta María Luisa: habían pasado tan solo unas cuantas horas desde su partida,

pero parecía que la joven hubiera envejecido quince años. Su pelo se había cubierto de canas y sus ojos estaban como agrietados.

—¡Hija mía! ¿Estás bien? ¿Por qué estás tan desmejorada?

—No se preocupe, abuelo. Me ha sentado mal la comida. Me voy a mi cuarto a descansar.

María Luisa se metió en la cama y durante varios días no se levantó. Tuvo fiebres y escalofríos que le recorrían todo el cuerpo y horribles pesadillas que le hacían gritar y convulsionarse en medio de la noche. En cambio, el capitán quedó durante todos esos días mudo, sombrío. Vagaba de un lado a otro de la habitación de María Luisa con la mirada perdida. No se separaba de la cama de su hija ni un instante. Tan solo se ausentó para empeñar las joyas robadas al difunto.

Los días fueron pasando y las sospechas de que algo le había pasado a don Rodrigo García Jalón eran cada vez más evidentes en el Círculo de Bellas Artes, donde todo el mundo sabía que no había faltado ni un solo día en el último año. Además, hubo gran extrañeza al realizar la contabilidad de la caja y comprobar que había cinco mil pesetas de más y una ficha roja de menos, justo la que se había llevado don Rodrigo.

A las dos semanas, un acontecimiento vino a poner en sospecha al cajero del casino. El botones se acercó con una joven que quería cambiar una ficha roja de cinco mil pesetas.

—Discúlpeme, señorita... ¿En qué la puedo ayudar?

El cajero creía recordar a la joven.

—Verá, señor, quería cambiar esta ficha.

La muchacha sacó de su bolsillo una ficha roja de cinco mil pesetas. El cajero la miró sorprendido.

—¿Y esta ficha?

La joven estaba muy nerviosa. Mostraba la pieza en su mano temblorosa.

—Mi padre la ganó y me ha pedido que la cambie.

—¿La ganó en este casino?

—No sabría decirle...

—¿Y por qué no la cambió él mismo?

—Tampoco lo sé.

—Verá, señorita, en este casino solamente se abonan las fichas a los titulares que acreditan haber cambiado primero el dinero y luego haber ganado la ficha en nuestras instalaciones. No puedo hacerlo, lo siento.

—Por favor, señor... ¡Necesito el dinero! ¡Aunque sea deme tres mil pesetas!

El cajero movía la cabeza de un lado a otro.

—¡Dos mil, por favor!

—¡Botones! ¡Acompaña a la señorita!

María Luisa se marchó llorando. El cajero salió rápidamente en busca del botones.

—¡Antoñito, sigue a la muchacha y averigua dónde va! ¡Sé discreto!

María Luisa caminó un par de manzanas hasta encontrarse con su padre, que, protegido con un abrigo largo, la esperaba ansioso. Las lágrimas de la joven la delataron.

—¿Qué ha pasado?

—¡Nada padre! ¡No me la han querido cambiar! Me ha dicho el cajero que solamente se cambian las fichas a los dueños del dinero.

—¡Hijos de mala madre! ¡Algún día me las van a pagar! ¿Han sospechado algo? ¿Te han preguntado por el viudo?

—¡No, padre!

El capitán abrazó a su hija. Ambos caminaron agarrados hasta su domicilio, seguidos en la distancia por el botones del Círculo, que, tras asegurarse de que entraban en el portal, regresó corriendo al casino. El cajero le observó llegar exhausto.

—¿Adónde ha ido la joven, Antoñito?

Al botones le costaba hablar. Respiraba con dificultad después de la carrera que se había pegado para regresar lo antes posible.

—Señor, la joven creo que es la hija del capitán Sánchez. No lo he reconocido bien porque no llevaba uniforme, pero han ido juntos

hasta la Escuela de Guerra. No me he marchado hasta comprobar que entraban en el portal.

—¡Bien hecho! —El cajero sacó una peseta y se la regaló—. Ahora vete al cuartelillo de la Puerta del Sol, pregunta por el brigada Llamas y dile que, si puede, se pase por el casino.

Una hora más tarde se presentó el brigada con un compañero. El botones había avisado al cajero, que les estaba esperando en la puerta.

—¡Señores!

—¡A la paz de Dios! Nos han hecho llamar... ¿Podemos ayudarle en algo?

—Creo que sí, pero, por favor, acompáñenme y dejen que les invite a un orujito.

Los dos guardias y el cajero se sentaron a una de las mesas de la cafetería. Al instante tenían ante ellos tres vasos y una botella de aguardiente.

—Verán, les he avisado porque desde hace unos días falta del casino don Rodrigo García Jalón.

—¿El viudo?

—Sí, el empresario. Jamás ha faltado una tarde a su cita con la ruleta. Yo estaba bastante preocupado porque el último día que se marchó se llevó una ficha de cinco mil pesetas. Era algo que solía hacer para evitar que algún desalmado le robara el dinero. Pues bien, esta tarde ha venido una joven para intentar cambiar esa ficha. Ordené a Antoñito, el botones, que la siguiera, y dice que cree que es la hija del capitán Sánchez, el de abastecimiento de la Escuela de Guerra.

—Pues usted no se preocupe, que ya nos encargamos de investigarlo. Vamos a hacer unas averiguaciones y le mantendremos informado. Si hay alguna novedad, póngase inmediatamente en contacto con nosotros.

El brigada ordenó visitar el domicilio del señor Jalón para ver qué podían averiguar y, acompañado de varios de sus guardias, se presentó también en casa del capitán en la Escuela de Guerra.

El capitán se quedó helado cuando los vio llegar.

—¿Capitán Sánchez?

No salía de su asombro

—Sí, soy yo. ¿En qué les puedo ayudar?

—¿Está su hija?

—¿Cuál de ellas?

—Creemos que debe de ser la mayor.

—Un momento... ¡María Luisa! —el capitán gritó para que saliera.

—¡Dígame padre! —También la cara de la hija mudó al ver a la Guardia Civil. El brigada se le acercó y le enseñó una ficha roja de casino con el número 5.000 grabado en color dorado, idéntica a la que la joven había intentado cambiar.

—¿Reconoce esta ficha? —El brigada le enseñó una copia que le había entregado el cajero.

María Luisa titubeaba.

—Yo, yo... ¡No me suena!

—¡Antoñito! —El brigada hizo llamar al botones, que esperaba en la puerta con un guardia.

—¡Sí, señor!

—¿Es esta la joven que intentó cambiar la ficha en el casino?

El botones no necesitó mucho tiempo para reconocerla.

—Sí, señor, fue ella. Y el capitán es el señor que la estaba esperando.

—Lo siento, capitán, pero tengo que registrar su vivienda.

El militar intentó ganar algo de tiempo...

—¿Imagino que traerá una orden de registro firmada por un juez?

—No ha hecho falta. Como usted debe conocer, esta es una vivienda militar y solamente necesito el permiso del general de la Academia. Aquí tiene su autorización.

El capitán se apartó de la puerta para que los guardias pasaran. El brigada y sus hombres comenzaron a revolver todas las

habitaciones. Uno de ellos, tras rebuscar en los cajones del escritorio, encontró la ficha de cinco mil pesetas.

—¡Señor! ¡Aquí está la ficha!

El brigada la observó y se la enseñó al capitán y a su hija.

—¿No sabían nada de esta ficha, verdad?

El capitán bajó la mirada. María Luisa lloraba sin contestar.

—¡Señor! ¡Aquí hay una puerta que da a un sótano! —exclamó uno de los guardias para alertar a su superior. El brigada se dirigió al capitán:

—¿Qué hay en el sótano?

—Guardamos algunas cabras para la leche de los pequeños. Allí tengo también algo de paja para su cuidado y algunos trastos.

—¡Bien! ¡Cabo! ¡Y usted, soldado! Vamos a registrar al sótano.

—El brigada observó la habitación iluminada por un par de bombillas.

—¡Muévanlo todo! ¡Abran esos armarios! —Observó las balas de paja junto a una pared— ¡Muevan también esas balas de paja!

Los dos guardias lo escrutaban todo. El cabo que movía las balas se quedó observando la pared:

—¡Mi brigada, aquí hay cemento húmedo! Como si hubieran hecho obra reciente

—Miren a ver si hay algo con lo que podamos tirar abajo el muro. Mi instinto me dice que aquí encontraremos algo.

—¡Aquí tiene un pico, señor!

—¡Bien! ¡Comience a picar! Quiero ver si esconde algo ahí detrás.

El guardia empezó a golpear la pared con el pico. Aquel ruido aterrorizó al capitán y a su hija. Sabían que el final estaba cerca. En uno de los golpes un trozo de pared cedió. El soldado no pudo contener las náuseas y comenzó a vomitar.

—¡Dios! ¡Sale un olor nauseabundo!

Los tres guardias taparon su nariz con pañuelos. El cabo relevó al soldado y siguió picando. A los pocos minutos había hecho un

agujero desde el que se divisaba un saco. El cabo metió su brazo y extrajo el bulto. Su olor a podrido era insoportable.

—¡Abra el saco! —ordenó el brigada.

El cabo, aterrorizado, lo abrió. De allí sacaron despojos humanos y ropas con sangre seca.

—¡Señor, parecen restos humanos! —exclamó. Apenas podía contener la náusea.

El brigada observó de lejos el hallazgo.

—Me temo que sí. ¡Maldita sea!, este hombre es un monstruo... ¡Nos lo llevamos al calabozo! ¡Guarden los restos en algún saco que encuentren! Hay que llevarlos al anatómico forense para que los analicen, aunque me temo que esto es todo lo que queda del pobre viudo.

Padre e hija fueron detenidos y escoltados hasta el calabozo. Las pruebas forenses determinaron que los restos eran de don Rodrigo García Jalón. Los investigadores que siguieron registrando el edificio en busca de más pruebas encontraron también en los sumideros de las cloacas de su vivienda trozos de carne que pertenecían al descuartizado y que el capitán había lanzado por el desagüe de su retrete. Llegaron a circular rumores entre los vecinos que aseguraban que la otra parte del cuerpo del viudo había servido de rancho para la tropa de la Academia de Guerra.

A las pocas semanas, padre e hija fueron juzgados por su crimen. El capitán se arrepintió y exculpó a su hija. A pesar del gesto, María Luisa se encargó de relatar todos los abusos y las amenazas que había recibido por parte de su padre. El tribunal no salía de su asombro. Aquella joven aseguró que sus dos hermanos pequeños eran los hijos que incestuosamente había tenido con el capitán. La justicia fue implacable. Al capitán Sánchez se le condenó a la pena de muerte. De nada sirvieron ni sus condecoraciones ni su hoja de servicios, tampoco la enfermedad mental que según su defensa padecía desde niño y que, según los expertos, era la causa de aquellos brotes violentos. El militar sería llevado ante un pelotón de fusilamiento.

Los jueces no dictaminaron la misma pena para la joven, por entender que María Luisa obraba bajo la coacción que ejercía sobre ella su progenitor. La hija del capitán fue acusada de cómplice y condenada a veinte años de reclusión. Ingresó en una cárcel de mujeres. Perdió la cabeza y durante años, al llegar la noche, se convulsionaba entre terribles pesadillas. Murió a los treinta y tres años.

Nuestra historia comienza en el antiguo Círculo de Bellas Artes, ubicado en el Palacio de la Equitativa, que aún hoy se puede visitar en la bifurcación de las calles de Alcalá y Sevilla. Un palacio que en 1920 fue comprado por el Banco Español de Crédito. El Círculo de Bellas Artes albergaba en aquel entonces la sede del casino de Madrid, a la espera de que finalizaran las obras del nuevo edificio que se construía justo enfrente, en la calle Alcalá número 15.

A principios de 1900 se concentraba en esta zona mucha de la vida social de la capital; de hecho, el tramo de la calle Alcalá que llega hasta Sol recibía la denominación de «calle de los banqueros», y sus alrededores estaban repletos de cafés de tertulia.

Otro de los escenarios importantes de esta historia es la Escuela Superior de Guerra, donde se llevó a cabo el asesinato de don Rodrigo García Jalón. La Escuela estaba situada en el antiguo Palacio de Cárdenas, al que se conocía como la «Casa de los salvajes» debido a que en su fachada había esculpidas en piedra dos figuras masculinas de aspecto inquietante. Se demolió y hoy en día encontramos en su lugar un moderno edificio en la plaza del Conde de Miranda, muy cerca del mercado de San Miguel.



# 3 EL ASESINATO DE HILDEGART

JUNIO DE 1933

La puerta del despacho del diputado se entreabrió. Su secretaria asomó la cabeza después de haber golpeado la puerta con los nudillos.

—Señor Botella, disculpe que le moleste. Doña Aurora Rodríguez desea verle.

—¿Ahora?

—Sí, está esperando en el salón.

El diputado consultó extrañado su reloj. Todavía no eran las nueve de la mañana.

—Está bien, hágala pasar, por favor.

Doña Aurora entró pálida, desencajada. Apenas podía contener las lágrimas.

—Querido Juan, perdona que te moleste a estas horas, pero ha sucedido algo terrible.

—¡Por favor, Aurora... Siéntate!

El diputado pidió a su secretaria un vaso de agua que doña Aurora bebió sosteniéndolo con manos temblorosas. Al político le extrañó ver a su amiga con el abrigo puesto en pleno verano.

Cuando la secretaria abandonó el despacho, la recién llegada comenzó su relato:

—¡No entiendo cómo he podido hacerlo!

—¿Hacer qué? A ver, Aurora, tranquilízate.

—¡La he matado, Juan! ¡He matado a mi hija!

El diputado tuvo que sentarse en el sillón de su despacho.

—¿Cómo que la has matado? ¿A quién, Aurora?

—¡A mi hija!

Se la quedó mirando horrorizado. No entendía nada.

—Pero, Aurora... ¿Estás segura de lo que dices?

—Sí, Juan. No sé qué me ha ocurrido. No podía soportar la idea de que me fuera a abandonar y la he disparado mientras dormía.

—A ver... ¡No nos pongamos nerviosos! ¡Cuéntamelo todo!

Doña Aurora decidió empezar por el principio.

—Tú sabes que yo tenía una relación muy especial con ella, estábamos muy unidas. Había decidido tener a mi hija sin ayuda de ningún hombre; quería inculcarle mis valores y mis ideales, y estaba convencida de que podía educar a una mujer perfecta.

—Y lo es, Aurora. Es una joven excepcional.

El diputado no podía creer que aquella muchacha estuviera ahora muerta y él sentado enfrente de su asesina, su propia madre. Aurora continuó sin apenas oír las palabras del diputado.

—Yo no tuve una infancia feliz. Adoraba a mi padre, pero mi madre nos daba muy mala vida tanto a él como a mí. Yo crecí traumatizada porque apenas me daban cariño y tenía que ver cómo todo se lo consentía a mi hermana mayor, que se convirtió en su favorita. Aquella infancia me marcó mucho. ¿Sabes que una vez descubrí a mi madre besando a otro hombre? Imagina cómo le sienta eso a una niña pequeña. Todo mi mundo se derrumbó.

El diputado asentía con la cabeza mientras prestaba toda la atención posible.

—Mi padre —prosiguió Aurora— era un hombre muy avanzado para su tiempo, un intelectual con una biblioteca impresionante. Con doce o trece años, yo apenas salía de casa, no me interesaban para

nada las chicas de mi edad y menos aún los chicos. No encontraba a ninguno con mis inquietudes, así que con el tiempo libre que tenía me dediqué a devorar todos los libros de filosofía que almacenaba mi padre. Descubrí el pensamiento utópico de los escritores socialistas y mis ideales políticos se fueron forjando con cada libro que leía. Yo creía en un mundo mejor, más justo e igualitario, y pronto comencé a detestar todo lo que me rodeaba. Cuando cumplí los dieciséis años un suceso cambiaría mi vida.

El diputado estaba absorto escuchando aquella historia que parecía sacada de una radionovela. No abrió la boca para que su visita continuara hablando.

—Por aquel entonces yo vivía con mis padres en el Ferrol. De pronto nos enteramos de que mi hermana estaba embarazada... ¡Imagínate, en aquella época! Mi hermana dio a luz y se marchó de allí, pero mis padres decidieron criar al pequeño José, Pepito le llamábamos. Con aquel niño me propuse poner en marcha todo lo aprendido y me volqué en su educación. ¡Quería hacerlo perfecto! Quise convertir a aquel pequeño en un superdotado. A los pocos años ya sabía tocar el piano, era un niño admirable. Pero pronto me lo arrebataron y su pérdida me dejó un hueco que solamente podría suplir un hijo propio. Mejor dicho... ¡Una hija! Quería tener una fémina que fuera un modelo a seguir por otras mujeres, pero para eso tenía que esperar a que mi padre (que ya estaba enfermo) falleciera. No podía dejarlo solo con mi madre; como hija, se lo debía.

—¿Quieres tomar algo, Aurora? —interrumpió el diputado.

—No, muchas gracias. Prefiero seguir hablando.

—Sigue, sigue... ¡Por favor!

—Yo tenía treinta y cinco años cuando murió mi padre de un derrame cerebral; luego, tiempo después, falleció mi madre. A partir de ese momento comencé a pensar en mi hija. Necesitaba a un hombre, pero solamente para que me fecundara. Tenía que ser alguien especial que luego no fuera a reclamarme a mi hija ni me creara problemas. Enseguida pensé en un sacerdote.

—Aurora... —El diputado estaba empezando a sentirse incómodo con la conversación.

—Sí, lo sé, suena mal, pero así fue como sucedió. Encontré a un sacerdote de Lérica. Aquel hombre era de ideas progresistas y estaba en permanente conflicto con sus creencias. Era lo que estaba buscando. Lo hicimos solamente tres veces y yo presentí que estaba embarazada. En cuanto noté que mi hija se desarrollaba en mi interior busqué a una persona que administrara las herencias que me habían dejado mis padres y me marché a Madrid a encargarme de la educación de mi pequeña. Con el dinero que tenía, mi hija y yo podríamos salir adelante desahogadamente.

»Consulté decenas de libros y artículos. Necesitaba estar al día y conocer las técnicas más modernas para que la criatura se desarrollara de la mejor manera posible. Todas las puse en práctica. Me ponía un despertador para levantarme por la noche y cambiar de postura; así evitaba que el feto pasara muchas horas en el mismo lado y favorecía que se desarrollara por igual. No leía nada que pudiera alterarme e impresionar a mi bebé, escuchaba música clásica y solamente salía de casa para pasear. Al poco de instalarme en Madrid me procuré también los servicios de una asistente para no tener que hacer ninguna de las pesadas tareas del hogar.

»Me mudé durante unos meses a una casita junto a la plaza de Cascorro y allí, un 9 de diciembre de 1914, a las nueve y media de la noche, nació mi dulce hija. ¡Sabía que sería una niña! O al menos tenía ese presentimiento. Yo tenía su nombre ya preparado: Hildegart, un nombre alemán que significa jardín de sabiduría.

La secretaria volvió a llamar a la puerta.

—Permiso, señor diputado... ¿Puede salir un momento?

—Disculpa un segundo, Aurora. Enseguida regreso.

El diputado salió del despacho y cerró la puerta.

—¿Qué ocurre, Mercedes?

—Señor, en la radio... Están comentando que han encontrado el cuerpo sin vida de la señorita Hildegart en su cama. Al parecer ha

sido asesinada de cuatro tiros. Es la hija de la señora Aurora, ¿verdad?

El diputado estaba confuso. No sabía muy bien cómo reaccionar.

—Sí, es su madre. No hables con nadie, ¿me oyes? No digas que está aquí doña Aurora. Y, por favor, no nos interrumpas.

Volvió a su despacho e intentó poner cara de normalidad, aunque la situación comenzaba a superarle. Tomó de nuevo asiento.

—Disculpa, Aurora. Me hablabas del nacimiento de tu hija.

—Sí, así es... Nació Hildegart. Yo quería que fuese un espíritu libre y, de hecho, ni la inscribí en el Registro Civil ni la bauticé, aunque meses después lo tuve que hacer. Mi hija necesitaba una identidad o, de lo contrario, tendría problemas en el futuro. Era una niña adorable y muy lista. Con cuatro años ya sabía inglés y mecanografía. Iba a ser una mujer muy preparada. La llevé a un colegio de religiosas para que la educaran mientras yo reforzaba en casa sus estudios. Aprendió varios idiomas y con catorce años conseguí que accediera a la Universidad para estudiar derecho.

—¿Con catorce años?

—Sí, la estaba convirtiendo en un cerebro privilegiado. No me separaba ni un minuto de ella. No quería que mi obra se echara por tierra. La acompañaba a todas partes. Juntas lo pasábamos bien. Ella decidió apuntarse a las Juventudes Socialistas y hacerse sindicalista de la UGT. Daba mítines comprometidos y empezó a escribir buenos artículos. Yo estaba muy orgullosa. Manteníamos debates políticos, comentábamos artículos, leíamos los mismos libros. ¡Las dos nos complementábamos tan bien!... Incluso la nombraron vicepresidenta de las Juventudes Socialistas.

—No entiendo nada, Aurora. Hace unos minutos me has dicho que la has matado. ¿Es eso cierto?

—Sí, no he podido evitarlo. Todo cambió hace unos meses. Hildegart se empezó a distanciar de mí, yo lo notaba. Se dio de baja en el Partido Socialista y se alistó al Partido Federal Democrático. Yo creo que lo hizo para apartarse de mí. Después me enteré de que mantenía una relación amorosa con un joven a mis espaldas.

En las últimas semanas habíamos discutido bastante porque ella se quería marchar; ya era mayor de edad y quería hacer su propia vida. Yo no podía aceptar la idea de que me abandonara, de que mi «obra» fuera a estar en manos de otros. Me compré una pistola. En principio iba a ser para acabar con mi propia vida. El otro día subí a la azotea y disparé un tiro al aire para ver si funcionaba. Quería que todo estuviera dispuesto por si mi hija decidía abandonarme.

—¡Por Dios, Aurora! ¡Qué me estás contando!

—¡La he matado Juan, la he matado! Esta mañana he mandado a la asistenta, a Julia, al parque a sacar a los perritos de mi pequeña Hildegart. Cuando se ha marchado he entrado en la habitación y la he visto dormida, tan dulce... Enseguida han llegado unas voces a mi cabeza... Ha sido horrible, me imaginaba a mi hija seducida por un hombre y no lo he podido evitar. He cogido la pistola y la he disparado. Uno de los tiros se lo he dado en el corazón, el mismo que ella me había destrozado a mí con su comportamiento.

El diputado miraba absorto a aquella mujer bañada en lágrimas.

—Sabes que te tienes que entregar, ¿verdad?

La mujer asintió con la cabeza.

—¡Pues vamos! Te acompaño al juzgado de guardia.

Doña Aurora se cogió del brazo de su amigo el diputado. Juntos llegaron en un taxi a los juzgados de guardia. La noticia había corrido como la pólvora y la policía ya tenía orden de capturarla.

Aurora Rodríguez ingresó en la cárcel de mujeres. Tuvo que ser recluida en una celda de castigo debido a las continuas peleas e insultos que cruzaba con otras presas y cuidadoras. Varios médicos psiquiatras estudiaron el comportamiento de la acusada sin determinar que padeciera ningún síntoma de locura o demencia.

En mayo de 1934 un jurado popular la condenó a veintiséis años de prisión. Cumplió la mayor parte de su pena en el centro psiquiátrico de Ciempozuelos, donde falleció de cáncer en 1955. Su cuerpo fue enterrado en una fosa común.

Hay tres casas en Madrid, de las que se tenga constancia, en las cuales vivió Aurora Rodríguez.

Una está al lado de la plaza de Cascorro, en la calle Juanelo número 3. Allí daría a luz a su hija Hildegart. Otra es la que puso como domicilio cuando inscribió a la niña en el registro, en el barrio de Prosperidad, en la calle Luis Cabrera número 15. Y, por último, el domicilio que Aurora compartía con su hija y en el que la asesinó, en la calle Galileo, en el cuarto piso del número 57. Un cambio posterior de la numeración de la calle hace que en la actualidad el 57 antiguo pueda ser el 51.

El cadáver de Hildegart se expuso al público en la sede del Círculo Federal, en la calle Echegaray número 20. Al funeral acudieron un gran número de políticos, entre los que se encontraba toda la dirección del Partido Federal Democrático al que la joven pertenecía, además de periodistas y feministas seguidoras de sus ideas.

# 4 LOS CRÍMENES DE JARABO

JULIO DE 1958

José María Jarabo o, mejor dicho, el señor Morris, que así era como se le conocía en Madrid, caminaba tambaleándose de un lado a otro de la calle. Había disfrutado de otra noche «movidita», algo habitual en el día a día de este vividor sin oficio conocido en los últimos años.

Jarabo, o Morris, iba siempre impecable, trajeado y con gomina, y con su aspecto físico, su labia y su cartera, era muy difícil que cualquier mujer que se le cruzara en el camino no cayera rendida en sus brazos. Había estado casado en Estados Unidos y tenía un hijo, pero su esposa decidió divorciarse de él, cansada de sus cambios de humor, sus juergas y sus malos tratos. Había perdido todo contacto con ellos.

A Jarabo le gustaba disfrutar de la vida, beber y alternar con mujeres. Había vivido en Estados Unidos, en Cuba, en Puerto Rico, y de más de uno de estos lugares tuvo que escapar por algún lío de faldas. Obviamente, todo aquel despilfarro tenía un coste y Jarabo lo sabía bien: había tenido que hipotecar el chalé familiar de Arturo Soria a espaldas de sus padres, que vivían en Puerto Rico,



ignorantes de la vida de excesos de su hijo. De hecho, estaban convencidos de que la pensión mensual que le enviaban era suficiente para que viviera de manera desahogada. Nada más alejado de la realidad.

Jarabo continuó dando tumbos hasta llegar al portal de la pensión donde se alojaba. En esos momentos palmeó con fuerza sus manos y gritó:

—¡Serenoooo!

Automáticamente, se escuchó el ruido del chuzo golpeando contra la pared, la señal de que el sereno andaba cerca. No tardó ni un minuto en llegar hasta el portal.

—Buenas noches, señor Morris.

—Buenas noches, Bernabé.

—¿Qué tal se ha dado hoy la noche?

El sereno sacó un gran llavero y escogió la del portal. Se conocía, una por una, las más de cien llaves que portaba.

—No se ha dado mal. Hoy ha vuelto a tocar la rubia —confesó, apoyándose en la pared para no caerse.

—¡Vaya semanita!... Tres días con la misma. Tenga cuidado, no se vaya a enamorar. —El sereno ya lo conocía bien. No había noche que no tuviera que acudir a sus insistentes palmadas.

Jarabo lanzó una sonora carcajada.

—Tranquilo, todo está controlado —dijo. Aunque eso no era del todo cierto...

Jarabo se había enamorado de una mujer casada que pertenecía a la alta burguesía. Mantenían un idilio en secreto que le había dejado sin blanca. Había gastado mucho en las últimas semanas en hoteles de lujo, cenas y *champagne*, y la rubia aristocrática siempre creyó las historias que le contaba aquel seductor. Estaba convencida de que Jarabo era hijo del dueño del Banco Exterior y dirigía prósperos negocios.

Jarabo entró como pudo en el portal. Aún le tocaba el duro trabajo de llegar hasta el cuarto piso, donde se encontraba la pensión. El ritmo de vida que llevaba no le permitía un lugar mejor.

Hizo varios intentos para acertar con la llave, sin éxito. Finalmente, la dueña de la pensión, que escuchó sus inútiles tentativas, le tuvo que abrir una vez más.

—Buenas noches, doña Julia.

—¡Vamos, señor Morris...! ¡Menuda semanita lleva! Intente no hacer mucho ruido.

—Es usted un ángel. ¡Deme un beso de buenas noches! —El trato zalamero que tenía Jarabo con su casera hacía que ella le perdonara todo.

—Venga..., es usted como un niño. Que descanse.

Jarabo entró en su habitación y se derrumbó sobre la cama. El sueño se apoderó de él sin darle tiempo siquiera a quitarse la ropa. Al día siguiente se despertó incluso en la misma postura.

—¡Joder! ¿Qué hora es? —Observó su reloj— ¡Las doce y cuarto!

Se quitó la chaqueta para irse a la ducha. Comprobó los bolsillos y encontró algo en uno de ellos que le sorprendió. Lo sacó y lo miró con nostalgia. ¡Casi lo había olvidado! Era un anillo de mujer. Jarabo le había suplicado a Beryl, su amante inglesa, que se lo entregara como prueba de su amor. La excusa era que necesitaba tener un recuerdo de ella, aunque lo cierto era que pensaba empeñarlo al día siguiente para llegar a fin de mes.

Después de aseado y de nuevo con camisa y traje limpios, Jarabo abandonó la pensión. Tenía prisa. Quería llegar a la casa de empeños Jusfer, en la calle Alcalde Sainz de Baranda, antes de que cerraran para comer. Allí lo conocían bien, porque a menudo se pasaba por la tienda para empeñar algún objeto. Los dos dueños, Emilio y Félix, lo saludaron:

—Muy buenas, señor Morris. ¿Qué te trae por aquí?

—¡Pues veros a vosotros seguro que no! —contestó con su chulería habitual.

—Ya lo imaginaba —dijo Emilio—. Pues si no es para vernos, seguro que nos traes alguna pieza irresistible...

—Menos cachondeo. Os traigo una joya muy valiosa, regalo de una *pretendiente*.

Jarabo sacó el anillo del bolsillo. Los dos socios de la tienda lo observaron. Era una sortija de brillantes.

—No está mal, pero ya sabes cómo están las cosas —se quejó Emilio—. Te podemos ofrecer cuatro mil pesetas. ¡Y puedes darte por satisfecho, porque es más de lo que te ofrecerían en cualquier otra casa de empeños!

Jarabo miró repetidamente el anillo y las cuatro mil pesetas puestas sobre el mostrador y, finalmente, lo depositó de mala gana. Cogió el dinero y se marchó dando un portazo. En el fondo odiaba a esos dos usureros que siempre se aprovechaban de su situación. El dinero le serviría para olvidar el enfado y para las siguientes juergas.

Los días fueron pasando entre mujeres y copas. A la semana, recibió una carta a su nombre en la pensión. Era de Beryl Martin Jones, su amante inglesa, reclamándole el anillo. Al parecer había sido un regalo de su marido y no quería que sospechara por la falta de la joya. En la carta también le expresaba su amor y sus ganas de verle. Jarabo se sintió conmovido. Era un sábado 19 de julio. Se puso la chaqueta y se dirigió con urgencia a la casa de empeños. Ni siquiera dio los buenos días cuando entró en la tienda.

—Necesito recuperar el anillo —dijo.

Fue Emilio quien le atendió.

—Buenos días, señor Morris.

—¡Necesito recuperar el anillo! —insistió.

Emilio le miró con mala cara. No le gustaban los modales chulescos de aquel tipo.

—O sea, que quieres recuperar el anillo... Muy bien. Necesitamos una autorización de la dueña de la joya y diez mil pesetas.

Jarabo golpeó el mostrador.

—¿Cómo que una autorización de la dueña? ¿Y cómo que diez mil pesetas?

—Lo que oyes; así lo marca la ley. Solamente podemos devolver las joyas a sus dueños. Eso... o lo discutimos en comisaría, lo que prefieras.

Jarabo intentó tranquilizarse.

—Por ser tú, nos valdrá con una autorización firmada por ella.

—Vamos a ver... —Jarabo no quería perder los nervios y echó mano al bolsillo de su americana—. ¡Mira!, tengo aquí una carta de ella en la que me pide que por favor recupere el anillo, a lo mejor puede servir.

El dependiente cogió la carta y la leyó. No pudo evitar una sonrisa.

—Esto es más que una autorización. En fin... ¡Tienes suerte! Hoy mismo la iba a comprar una mujer para su hija, pero te la devolveremos. ¿Tienes las diez mil pesetas?

A Jarabo le cambió la cara.

—Verás, de eso te quería hablar... No tengo ahora mismo el dinero, pero lo voy a conseguir en unos días. Estoy esperando un giro.

—Si no hay dinero, no hay sortija, ya sabes cómo funciona esto.

Jarabo agarró con fuerza a Emilio por el brazo.

—¡Te lo pido por favor! Para que veas que conseguiré el dinero, te dejo la carta como prenda. Pero, te lo ruego, ¡no vendas la sortija!

—Te doy una semana, Morris. Si en ese tiempo no has traído el dinero, vendo la sortija, ¿estamos?

Jarabo salió golpeando a su paso todo lo que encontraba. Tuvo que tomarse dos coñacs para tranquilizarse. El calor era insoportable aquel día de julio.

—¡Diez mil pesetas...! ¡Usureros! —Jarabo estaba enfurecido—. ¡Quita esas noticias y pon algo de música, hombre!

El camarero le hizo caso para evitar problemas y cambió el dial de la radio hasta que encontró una emisora musical. Jarabo se tranquilizó.

—¡Ponme otro coñac! ¡Y a aquella señorita, lo que guste!

La mujer se le quedó mirando.

—Muchas gracias —respondió.

Jarabo se acercó a ella.

—Gracia, la suya, señorita. Y, por favor, no me mire con esos ojos o terminaré por derretirme.

Después de un rato de flirteo, la joven se marchó y a Jarabo volvieron a agobiarle sus problemas. Necesitaba recuperar a toda costa esa sortija. Encima, en la tienda de empeños se habían quedado con la carta. «Seguro que me quieren hacer chantaje», pensaba para sus adentros.

Su ira iba en aumento. Además de todos los disgustos que le estaba causando la dichosa sortija, su madre le había escrito para decirle que pronto viajarían a Madrid para hacerle una visita. Jarabo estaba angustiado, no sabía cómo le iba a explicar a su familia que se lo había gastado todo, el chalé estaba hipotecado y muchos de los cuadros y adornos valiosos de la casa vendidos.

A eso de las ocho de la noche, y tras varios coñacs, decidió que tenía que conseguir como fuera la sortija y, sobre todo, la carta de amor, que sin duda podría comprometerle ante el marido de su amante. Pasó por la pensión, se cambió de ropa, optó por un traje claro, con camisa azul, corbata y gemelos a juego, y cogió de su armario un revólver, una pistola del 7.65 marca F.N., que guardó en su cintura. Sacó de su cartera la tarjeta de Emilio Fernández, uno de los socios de Jusfer, y observó la dirección: calle Lope de Rueda, 57. Hacia allí encaminaría sus pasos.

Iba preparado para todo. Si no conseguía la carta y la sortija, le haría pagar caro a aquel usurero, dueño de la casa de empeños, todo lo que le estaba haciendo pasar. Se dio prisa por llegar. Necesitaba entrar antes de las diez de la noche, hora en la que los serenos cerraban los portales a los intrusos. Consultó su reloj: eran las nueve y media.

Jarabo entró en el portal y se dirigió al ascensor. Como no llevaba guantes, tocó con uno de sus nudillos el botón de llamada e incluso abrió y cerró las puertas con los codos para evitar que alguna huella quedara marcada. Tenía claro que podía suceder

cualquier cosa y no quería dejar pistas. Subió hasta el cuarto piso, exterior izquierda, donde vivía Emilio Fernández. Pulsó con el nudillo el timbre de la puerta. A los pocos segundos abrió Paulina, la sirvienta de la familia. Al ver a aquel hombre tan apuesto y trajeado no sintió desconfianza.

—Buenas noches.

Jarabo la lanzó una de sus mejores sonrisas.

—Buenas noches, señorita. ¿El señor Emilio Fernández, por favor?

—Ahora mismo no se encuentra en casa, pero no tardará en llegar.

—¿Le importa que le espere dentro? He quedado con él ahora para hablar de algunos asuntos.

Paulina no vio inconveniente en que aquel desconocido pasara al salón y esperara a su jefe.

—¿Desea tomar algo el señor mientras espera?

—No, muchas gracias. ¡Es usted un encanto!

Paulina regresó sonriente a la cocina. Se sentó en la mesa y siguió cortando confiada las judías verdes para la cena. Estaba sentada de espaldas a la puerta sin sospechar que el invitado había entrado en la estancia sigilosamente. Jarabo dio un rápido vistazo buscando algo que le pudiera servir para reducir a la criada. De pronto, observó sobre la mesa una plancha de metal, la cogió y golpeó con fuerza en la cabeza de la sirvienta. Paulina no murió en el acto. Se levantó horrorizada e intentó gritar, pero Jarabo la agarró por el cuello y le tapó la boca. Ella forcejeó con su asesino con las pocas fuerzas que le quedaban. Jarabo siguió apretando con energía su cuello, pero aquello no era suficiente. La mujer pataleaba con furia. Entonces reparó en el cuchillo que ella había utilizado para cortar las judías. Estaba sobre la mesa. Fue la salvación de Jarabo, que, agarrándolo con fuerza, le asestó una puñalada mortal en el pecho que le atravesó el corazón. Paulina, ensangrentada, se fue escurriendo entre sus brazos hasta que cayó al suelo como un saco de patatas.

Jarabo la sujetó como pudo y, a rastras, la llevó hasta una habitación. Allí la tiró sobre la cama. A continuación cerró la puerta de la cocina y se dirigió al salón. Se sentó en un sillón a esperar la llegada de su siguiente víctima. A los pocos minutos escuchó el ruido de la llave girando en la cerradura y el golpe de la puerta de entrada al cerrarse. Emilio apareció en el salón. Se quedó perplejo al ver a Morris allí sentado.

—¿Se puede saber que haces aquí, Morris?

—No te alteres, Emilio, solamente vengo a por lo mío.

—¿A por lo tuyo? ¿Y qué coño es lo tuyo, si se puede saber? ¡Paulina!

—¡Quiero la carta y la sortija!

—¿Y vienes a mi casa a recuperarlas? ¡Tú estás loco! ¿Acaso piensas que traigo aquí lo que la gente empeña? ¡Paulinaaaaa! ¡Lárgate! ¡Pásate el lunes por la tienda y ya hablaremos! Y acuérdate de traer... quince mil pesetas. —Morris le lanzó una mirada desafiante—. ¡Márchate! Imagino que no hace falta que te acompañe; ya sabes dónde está la puerta.

Morris comenzó a recorrer el pasillo para marcharse. Abrió la puerta desde dentro y la volvió a cerrar sin salir de la casa. Se quedó quieto, sin hacer ruido para que no sospecharan que aún seguía allí. Emilio entró en el baño a lavarse la cara para recuperarse de aquel sofoco. Apagó el grifo y, a tientas, buscó la toalla para secarse. De pronto, notó el frío de un metal en su nuca. Abrió los ojos y apenas tuvo unos segundos para ver la cara de Morris reflejada en el espejo. Dos tiros le reventaron la cabeza y su cuerpo quedó tendido en el suelo del cuarto de baño.

Jarabo registró a su víctima. Se quedó con todo lo que llevaba. El reloj, los gemelos, la cartera... Consultó la hora. Eran las diez y media y el portal del edificio estaría ya cerrado. Aunque tenía las llaves de Emilio, no podía arriesgarse a probar una a una; cualquier vecino podría descubrirlo. Tendría que esperar a que el sereno abriera de nuevo a las ocho de la mañana si no quería levantar sospechas. Le esperaba una larga noche por delante. Había que

organizarse: lo primero que necesitaba era beber. Localizó una botella de anís y se sirvió una copa que vació de un trago. Lo siguiente sería rebuscar por toda la casa para ver si, por casualidad, la carta y la sortija se encontraban allí.

Abrió los cajones del salón y comenzó a revisarlo todo. De pronto, el sonido de una llave que intentaba abrir la puerta de la casa lo alertó. Se sentó en el salón. Seguramente sería la mujer de su víctima. Rápidamente pensó en una posible explicación a su presencia.

Amparo, la mujer de Emilio, entró en el salón. Su cara fue de sorpresa. Enseguida Jarabo tomó la palabra.

—¡Doña Amparo, no se asuste! Soy inspector de Hacienda y he venido...

Sacó rápidamente su cartera e hizo amago de enseñarle una identificación.

—¿Y mi marido?

—¡En comisaría! Está prestando declaración por la sustracción de unas joyas y de una cantidad de oro que hemos encontrado. Seguramente él nos puede dar más información de quién ha podido cometer el robo. Ya sabe..., ¡pura rutina!

—¿Y mi sirvienta? ¡Paulina!

—La sirvienta tampoco está. Ha ido a llevarle a comisaría unos papeles que nos ha solicitado.

En ese momento el timbre de la puerta los interrumpió.

—Discúlpeme un instante. Debe de ser el portero que viene a por la basura.

—¿Necesita que la ayude? —Jarabo empezó a mostrar sus encantos.

—No se preocupe, será solo un segundo.

Doña Amparo entró en la cocina sin darse cuenta de lo que allí había sucedido minutos antes. Cogió la basura y se la entregó al portero.

—Aquí la tiene. Buenas noches.



—Buenas noches, doña Amparo. —El portero tampoco observó nada extraño.

La dueña de la casa regresó al salón para continuar la conversación con el funcionario. A Jarabo el sudor le corría por la frente. Pensó que iba a ser descubierto.

—¿Y sabe si mi marido tardará mucho?

Doña Amparo se fijó con detenimiento en el supuesto inspector de Hacienda. Algo no encajaba. De pronto reparó en las manchas de sangre de su traje y de sus zapatos. Los dos se miraron fijamente a los ojos, cada cual sabía lo que el otro pensaba. Un instante antes de que la mujer empezara a gritar, Jarabo la agarró por el cuello y, tapándole la boca, la arrastró hacia una de las habitaciones interiores y la tiró sobre una de las camas. El ruido del disparo no se escuchó fuera de la casa. Doña Amparo murió en el acto. El asesino cogió el brazalete de oro del cadáver, las sortijas y la cadena que llevaba al cuello. Tapó el cuerpo con el edredón de la cama.

Jarabo encajó aquellas muertes sin preocupación aparente. Parecía no ser consciente de que acababa de asesinar a tres inocentes. Regresó al salón, volvió a llenarse la copa de anís y a tomársela de un trago. Después, varias más. «Jarabo, piensa... Jarabo, piensa....», se decía para sus adentros.

Trató de borrar todas las huellas que pudiera haber dejado por la casa y lo dispuso todo para que la policía pensara que, tras una noche de juerga del matrimonio y la criada, aquello finalmente había acabado en tragedia. Puso dos copas más sobre la mesa. Para dejar rastro de mujer, Jarabo se pintó los labios con el carmín de la muerta y marcó dos de las copas. Luego se fue al cuarto donde se encontraba el cadáver de la criada y la colocó sobre la cama con las piernas abiertas, en una postura obscena. Siguió rebuscando por el resto de la casa. Localizó algunas joyas más y algo de dinero, pero ni rastro de su carta ni del anillo de su amada. Se terminó la botella de anís. El alcohol, la fatiga y el sueño le vencieron. Aún tuvo tiempo para dar una cabezada en el salón.

La luz del sol entró por la ventana despertándolo. Fue al cuarto del matrimonio asesinado y cogió una camisa limpia de Emilio. Se la cambió por la suya, que estaba empapada de sangre. Se lavó la cara. Tiró los casquillos usados por el retrete y echó un último vistazo a la casa, cuidándose de no dejar nada que le delatase. Abandonó el piso asegurándose de que ningún vecino lo veía.

Vagó por las calles como ido. Su mente no había asimilado las atrocidades que había cometido aquella noche. Dio un paseo hasta llegar a la calle Carretas. Sus ojos se cerraban del cansancio acumulado. Entró en el cine Carretas, que tenía sesión continua desde las diez de la mañana hasta las doce de la noche. Ni siquiera se interesó en lo que proyectaban. Se quedó dormido durante varias horas en la butaca.

Una vez repuesto, se dedicó a lo que más le gustaba: beber. Recorrió varios bares de la ciudad dando buena cuenta del dinero que había robado a sus víctimas. Todo el domingo lo pasó alternando. Al caer el sol regresó de nuevo tambaleándose a la pensión para descansar. Habían sido dos días muy largos y todavía le quedaba «trabajo» por hacer.

El lunes se despertó muy temprano, se vistió con su mejor traje, se colocó de nuevo el revólver en la cintura y se encaminó a la tienda de empeños, muy cerca del domicilio de sus anteriores víctimas. Su único desayuno fueron dos copas de coñac.

La tienda estaba cerrada, pero tenía un acceso desde el portal. Jarabo sacó el manojito de llaves que le había robado a Emilio y comenzó a probarlas todas hasta que una de ellas encajó y pudo acceder al interior. Serían las ocho y media de la mañana. Una vez dentro, comenzó a buscar como loco su carta y la sortija de su amante. Abrió y registró cada uno de los cajones y armarios sin éxito.

Sobre las diez menos cuarto llegó Félix a la tienda. Se extrañó de ver el cierre todavía echado. «Qué raro... Emilio ya debería haber llegado. Ahora le llamaré a casa», pensó.

Félix abrió el cierre exterior y entró en la tienda. De la oscuridad apareció Jarabo con la pistola ya en la mano y se la puso en la nuca. El dueño de la tienda ni siquiera tuvo la oportunidad de negociar con él. Dos tiros certeros acabaron con la vida de Félix. Rápidamente cerró la puerta y colgó el cartel de «cerrado». Arrastró el cuerpo sin vida al interior de la tienda y, acto seguido, también lo registró, quitándole todo lo que llevaba de valor.

Observó en uno de los espejos de la habitación que su traje estaba empapado de sangre. Rebuscó por la tienda y encontró en un armario un montón de trajes, seguramente también empeñados. Se probó unos cuantos hasta que encontró uno que le favorecía. No parecía tener prisa ni estar apesadumbrado por el nuevo asesinato que había cometido. De hecho, llamó a casa de Félix para hablar con su mujer:

—Buenos días, ¿Félix López?

—En este momento no se encuentra en casa, ¿quién le llama?

—Soy un cliente. He visto que la tienda está cerrada y necesitaba hablar con él.

—Qué raro... ¿La tienda cerrada? Ya deberían estar Emilio y mi marido. Habrán tenido que ir a algún lugar. Espérele un rato. Yo intentaré localizarlos.

—De acuerdo, señora, muchas gracias.

Jarabo colgó. Esperaba que la llamada inquietara a Ángeles, la mujer de Félix, y que se pasara por la tienda para comprobar que todo estaba bien. Pretendía que la mujer del dueño fuera la última víctima, porque era la única persona que podía conocer su vinculación con los asesinatos. De hecho, la estuvo esperando un buen rato, pero ella no actuó como al asesino le habría gustado. Transcurrida una hora, decidió cambiar de planes. Cogió una maleta que encontró en la tienda y metió en ella su traje ensangrentado y la pistola.

Después dedicó la mañana a realizar algunos recados, aprovechando que tenía dinero fresco. Se pasó por una tienda a desmenuar un traje y luego fue a la tintorería de los hermanos

Aguilera, que habitualmente le atendían. Jarabo abrió la maleta y sacó el traje desmenuado, que pidió que le plancharan, y el usado en el último crimen. Uno de los hermanos se quedó mirando extrañado las manchas secas de sangre.

—Ayer me pegué en el Molino Rojo con unos americanos de la base de Torrejón.

—Pues ha tenido suerte... ¡No tiene usted ni un arañazo!

Jarabo sonrió.

—Pues tenías que ver a los americanos... ¡A uno le tendrán que poner una nariz nueva! ¡No veas cómo sangraba el cochino!

—¿Le corre prisa el traje?

—¡Por supuesto! Además... Déjalo como nuevo, que le tengo cariño. ¿Me puedo pasar mañana a por él?

—Está bien, mañana lo tendrá. —Era un buen cliente al que había que cuidar.

—Mira, te dejo aquí esta maleta, si no te importa. Tengo que hacer unos recados y no me la puedo llevar. Mañana la recojo con los trajes.

—No se preocupe, señor Morris. ¡Y tenga cuidado!

—Lo tendré. ¡Que tengáis buena mañana!

Jarabo abandonó el local mientras los dos hermanos se miraban intrigados.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé, pero yo no quiero meterme en líos.

—¿Lo comentamos en la comisaría?

—Sí, yo creo que será lo mejor. ¡A mí nunca me ha dado buena espina este mujeriego!

Los hermanos denunciaron en comisaría la extraña visita. Dijeron que se trataba de un vividor llamado Morris. Aquello alertó a los policías, que ya buscaban al autor del asesinato de un comerciante de una casa de empeños cometido apenas hacía unas horas. Los agentes decidieron acudir a la tintorería y revisar lo que había ocultado Jarabo en la maleta. La sorpresa fue monumental:

allí había guardado la pistola con la que había matado a todas sus víctimas.

Durante aquella mañana Jarabo se dedicó a ir de local en local derrochando con un amigo venezolano todo el dinero que había arrancado de los cuerpos de sus víctimas. Mientras bebía y bebía, la policía forzaba la puerta del domicilio de Emilio, alertada por la mujer de su socio, y se encontraba con los tres cuerpos asesinados desparramados por la casa.

Jarabo despidió a su amigo y siguió la juerga solo por los locales a los que habitualmente acudía, como el cabaret Molino Rojo de la calle Tribulete. Estuvo toda la noche de juerga.

El sol comenzaba de nuevo a iluminar Madrid y Jarabo seguía sin dormir. Había llegado al bar Azul, en la calle San Bernardo, donde conquistó a dos amigas, una de cuarenta y cinco años, llamada Juana, y una más joven, de veintiuno, llamada Amparo. Le siguieron el juego y los tres se marcharon juntos en un taxi en busca de una pensión donde pasar un rato divertido. Deambularon por Madrid, sin encontrar una cama en la que retozar.

—¡Taxista! ¡Llévenos al 49 de la calle Orense! ¡Tengo que recoger unas cosas en la tintorería de unos amigos!

—Lo que usted ordene, doctor —Jarabo siempre presumía entregando una tarjeta de visita en la que había grabado: «Doctor Jaime Martín Valmaseda».

El taxista paró junto a la puerta. Las dos mujeres se quedaron en el taxi y Jarabo bajó para recuperar su maleta y sus trajes. La policía había montado un dispositivo esperando la llegada del asesino. Al entrar, dos agentes se abalanzaron sobre él apuntándole con sus armas.

—¡Manos arriba!

Jarabo no entendía nada.

—¿Pero se han vuelto locos? ¡No se les ocurra tocarme!

Los agentes esposaron al sospechoso, al que enseñaron la maleta y el ensangrentado traje.

—¿Es suyo esto?

—¡Sí! ¿Por qué?

—¡Se lo explicaremos en comisaría!

Los policías interrogaron a las mujeres y al taxista y se llevaron a Jarabo. Al llegar a comisaría y registrarlo, los agentes encontraron las llaves de uno de los dueños de Jusfer asesinados. Había cometido tantos errores que era imposible no condenarlo. Aun así, en los primeros interrogatorios lo negó todo. A las pocas horas le sentaron en una silla y le enseñaron las fotos de los muertos. Jarabo se desvaneció y cayó al suelo. La emoción de lo vivido aquellos dos días y las horas sin dormir le pasaron factura. Terminó confesando los cuatro crímenes y comenzó uno de los juicios más mediáticos de la época.

Los madrileños siguieron con especial interés en las páginas de *El Caso* todo lo que iba sucediendo en el Palacio de Justicia de Madrid. Ocho días duró aquel juicio, que se convirtió en todo un espectáculo al que asistieron centenares de madrileños, incluso famosos como Sara Montiel, toreros, actores... Las colas, sobre todo de mujeres, esperando a la entrada del Palacio de Justicia, llamaban la atención de los viandantes. Mientras en la calle el gentío no paraba de llegar hasta las puertas del tribunal, dentro un ujier gritaba a los allí reunidos:

—¡El señor presidente, los señores magistrados de la Sala! ¡En pie!

Una vez acomodado el tribunal, el presidente gritó:

—¡Que entre el procesado!

Accedió escoltado por varios policías. Uno de los agentes que lo esperaba en la sala se quedó extrañado al verlo llegar trajeado y seductor como un artista de cine. Jarabo se lo quedó mirando y le dijo sonriente:

—Una ocasión así bien merece que se estrene un traje, ¿verdad?

A pesar de que se rumoreó que un tío suyo pertenecía al tribunal y de las muchas amistades influyentes que había conocido en los últimos años, José María Jarabo fue condenado a cuatro penas de

muerte, una por cada asesinato cometido, y a indemnizar a los familiares de las víctimas con doscientas mil pesetas de la época. Franco, el jefe del Estado, dio el visto bueno a la ejecución, que se llevaría a cabo el 4 de julio de 1959 con garrote vil.

Esa mañana, muy temprano, llegó Antonio López a la Prisión Provincial de Madrid. Era su verdugo. Un tipo tímido, de complexión delgada. A pesar de haber realizado con anterioridad aquel trabajo, habían pasado siete años desde la última ejecución y se encontraba nervioso. Lo aislaron en un cuarto en el que había una garrafa de vino; se seguía ese protocolo para que el verdugo no desistiera a última hora de su cometido.

Sentaron y ataron a Jarabo pegado a una columna en la que estaba preparado un garrote móvil. El verdugo quedó impresionado de la musculatura del cuello de aquel asesino vestido con un caro traje hecho a medida. Pensó que no sería tan fácil acabar con su vida. Otra de las cosas que llamaron su atención fue la colonia tan fuerte que usaba el condenado.

El funcionario colocó en el cuello de Jarabo el collarín metálico. Tuvo que realizar varios intentos. Los nervios y la garrafa de vino que se había tomado hacían de aquella operación algo dantesco. Los funcionarios de prisiones, el delegado del Gobierno, los jueces y médicos que iban a ser testigos de la ejecución no salían de su asombro. A Jarabo le habían convencido de que se tapara los ojos para no ver lo que iba sucediendo.

Una vez colocado el collarín, el verdugo miró al magistrado esperando la confirmación. El juez movió la cabeza de arriba abajo en un gesto de aprobación. El verdugo dio dos vueltas al tornillo. En otras ocasiones habría bastado para romper las cervicales y acabar con el condenado, pero en esta ocasión no fue suficiente. El musculoso cuello de Jarabo y la poca fuerza del verdugo consiguieron que el reo se retorciera medio asfixiado. Los asistentes se miraban incrédulos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Quiere dar otra vuelta al tornillo?

Jarabo no dejaba de patalear. El verdugo temblaba confuso mientras el sacerdote rezaba cada vez en tono más alto. Dio una nueva vuelta al tornillo. Los presentes contuvieron la respiración intentando oír el chasquido del cuello, momento en que todo terminaría. Pero tampoco se escuchó, y el reo seguía sufriendo espasmos en una escena espantosa que alcanzó su punto culminante cuando Jarabo se hizo sus necesidades encima.

El delegado del Gobierno, que contenía como podía las arcadas, gritó al verdugo:

—¿Quiere terminar de una maldita vez? ¡Haga lo que sea necesario, pero, por Dios, que acabe ya esto!

El verdugo sudaba, sin entender lo que estaba ocurriendo. Sus fuerzas no daban para más. Intentaba dar vueltas al dispositivo, pero era casi imposible mover aquel tornillo; incluso hizo fuerza con su propio cuello sobre la manivela a la vez que con las dos manos empujaba el otro extremo. Tuvieron que transcurrir quince minutos y cinco vueltas más para que se rompieran las cervicales y la sentencia fuera cumplida. El verdugo se retiró temblando y desconcertado. Iba dando tumbos de un lado a otro. Su camino se interrumpía con paradas en las que se agachaba a vomitar. Los allí presentes no salían de su asombro.

Los testigos levantaron acta de que por fin la sentencia había sido cumplida y los funcionarios de prisiones introdujeron el cadáver de Jarabo en un ataúd. Un coche fúnebre escoltado por varios coches policiales lo trasladó hasta el cementerio de la Almudena. Allí esperaban algunos familiares y curiosos. Al llegar, uno de los comisarios que acompañaba la comitiva escuchó a dos chóferes una conversación que no le gustó nada:

—¿Sabes lo que me han contado? ¡Que dentro del ataúd no está Jarabo!

—¡Tú estás loco!

—¡En serio! Dicen que su familia ha conseguido pagar para que no fuera ejecutado. Al parecer, al que han metido dentro del féretro es a un gitano que se han cargado.



El comisario se acercó rojo de ira y cogió al chófer por el cuello.

—¡Qué coño estás diciendo!

El hombre estaba atemorizado. No entendía la reacción del policía, que sacó su revólver apretándoselo contra la cabeza.

—¡Abre el ataúd!

—¿Pero qué dice? —El comisario le empujó hacia el coche fúnebre.

—¡Te he dicho que abras el ataúd!

El otro chófer le ayudó en la penosa misión. Los tres vieron que, efectivamente, el cadáver que transportaban era el de Jarabo.

—¿Lo has visto ya, rojo de mierda?

El comisario se alejó unos pasos indignado. Los dos chóferes volvieron a cerrar el ataúd y el entierro se llevó a cabo.

Tras la ejecución de Jarabo, se reunió una comisión de médicos para evaluar si el garrote vil era un método correcto para acabar con los condenados a muerte. José María Jarabo fue el último reo ejecutado por un delito común a garrote vil.

Es fácil seguir el rastro de estos famosos crímenes porque todo el proceso se publicó en los periódicos del momento. Los lectores seguían con avidez las noticias de aquellas terribles muertes y de aquel asesino insensible cuyo nombre completo era José María Manuel Pablo de la Cruz Jarabo Pérez Morris.

Los asesinatos tuvieron lugar un sábado 19 de julio de 1958, justo un día después de la fiesta del alzamiento nacional, que en aquellos años se conmemoraba con desfiles y celebraciones. Por esas fechas los españoles estaban pendientes del ciclista Martín Bahamontes, que acababa de ganar el premio de la Montaña en el Tour de Francia. En Madrid se seguía con atención la presentación en Las Ventas de un torero que daría mucho que hablar tiempo después: Curro Romero.

Nuestro «oscuro» paseo podría comenzar por los lugares donde Jarabo llevó a cabo sus asesinatos. Los primeros fueron en el

domicilio particular de Emilio Fernández Díez, uno de los socios de la tienda de empeños Jusfer, en el número 57 de la calle Lope de Rueda. Aún se conserva este edificio de ladrillo visto, junto a la parroquia del Santísimo Sacramento, a espaldas del Retiro.

El siguiente asesinato tuvo lugar en la propia tienda de empeños, situada en la calle del Alcalde Sainz de Baranda número 19, entre Ibiza y Doce de Octubre. Hoy en día nos encontraremos allí una tienda de zapatos.

El recorrido por la vida de Jarabo también nos llevaría a los lugares que habitualmente frecuentaba, por ejemplo el Molino Rojo, que fue primero un teatro y después una sala de fiestas, destino habitual en Madrid para todo aquel que quisiera encontrar compañía femenina, alcohol y música. El Molino se encontraba en el 16 de la calle del Tribulete y ofrecía espectáculos de variedades. Sufrió muchos cambios a lo largo de su historia hasta que en 1993 fue demolido. En su lugar se alza ahora la biblioteca de la UNED.

Otro de los locales por los que Jarabo se dejaba ver, incluso el día antes de su detención, era el Bar Chicote, que todavía se puede visitar en el número 12 de la Gran Vía madrileña. Este emblemático establecimiento perdura desde 1931 y por él ha pasado la flor y nata de la burguesía madrileña. En sus sótanos, en 1947, Chicote inauguró un museo de bebidas y convirtió el bar en un lugar de referencia para actores, políticos y banqueros.

Otro de los bares habituales de Jarabo era el Azul, en la calle de San Bernardo, 40. Ahora hay allí una tienda de productos chinos.

La ruta podría continuar por la calle Escosura número 21. En su cuarto piso, letra C, es donde se encontraba la pensión Julia, donde Jarabo descansó las últimas horas antes de su detención y donde había vivido en los últimos meses. La calle se encuentra muy cerca de la glorieta de Quevedo.

A Jarabo se le detuvo a las puertas de la tintorería Julcán, situada en el número 49 de la calle Orense. En la actualidad encontramos en este emplazamiento un edificio de viviendas y ningún rastro de la antigua tintorería.

Nuestro paseo terminaría en el cementerio municipal de Nuestra Señora de la Almudena de Madrid, donde está enterrado. Sus restos aún se pueden localizar en la meseta segunda, cuartel número dos, manzana, 55, letra A.

# 5 LA CASA DE LAS SIETE CHIMENEAS

SEPTIEMBRE DE 1960

El Banco Urquijo había comprado en 1958 aquel curioso edificio, coronado por siete chimeneas y cargado de historias y leyendas. Los arquitectos José Antonio Domínguez Salazar y Fernando Chueca se habían encargado de realizar los planos de las reformas que se llevarían a cabo en él. Ahora ya solamente quedaban algunas cuadrillas terminando y retocando el interior.

El encargado de las obras se encontraba en una taberna cercana cuando uno de los operarios entró como poseído por el diablo.

—¡Señor, disculpe!

El ingeniero tragó el trozo de queso que masticaba.

—¿Ocurre algo?

—Verá, señor... ¡Hemos encontrado un cadáver emparedado en el sótano!

—¿Qué me dices?

El ingeniero se tomó de un trago el vino que le quedaba y se marchó a toda prisa.

—¡Mariano, apúntame el almuerzo, luego te lo pago!

Llegaron a la carrera y bajaron rápidamente al sótano, allí les esperaban cuatro o cinco obreros que miraban curiosos la pared. El capataz puso orden al ver aparecer al ingeniero.

—¡Venga, señores, a sus puestos! ¡Esto no es un circo!

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó el recién llegado.

El capataz le señaló el muro.

—Estaban picando en esa pared cuando el muro ha cedido y nos hemos encontrado con una parte de este esqueleto asomando.

El ingeniero se quedó perplejo viendo aquel cuerpo momificado que asomaba por el muro.

—¡Vaya por Dios, lo que nos faltaba! A ver... Dejadlo como está. Hay que llamar a las autoridades y que sean ellas las que dictaminen lo que tenemos que hacer.

A la media hora aparecieron por las obras un comisario de policía y un forense. El ingeniero les mostró lo que habían encontrado. El forense hizo una primera identificación.

—Parece el cadáver de un varón, yo diría de unos cincuenta años.

—¿Es un cadáver reciente o lleva tiempo emparedado? —El comisario quería saber si habría que empezar a investigar un delito reciente.

—Por lo que puedo observar creo que lleva aquí más de cien años, al menos. Pero ya sabes que necesito llevármelo para realizar un estudio más profundo.

—Está bien. ¿Qué te hace falta?

—De momento, que un operario me ayude a terminar de desenterrar de la pared el cadáver. Luego ya me encargo yo de transportarlo a mi laboratorio.

El capataz se puso manos a la obra. Con mucho cuidado fue quitando el cemento y la arena que aún tapaban aquellos restos. El forense sacó de su funda de cuero una cámara, una Werlisa star

negra y plateada con la que realizó varias fotografías. También dibujó un croquis a mano alzada de la posición en la que habían encontrado los huesos.

—¡Esto da un poco de angustia! —exclamó el capataz, que no estaba acostumbrado a desenterrar cuerpos.

—Eso ocurre solamente con los cien primeros que ves —contestó con sorna el forense.

Una vez que pudieron extraer el cuerpo, limpió los huesos con un cepillo y los introdujo cuidadosamente en un saco de tela.

—Bueno, creo que ya hemos terminado.

El comisario y el forense se despidieron del capataz.

—Echen un vistazo más a este sótano, no vaya a ser que se encuentren alguna nueva sorpresa —dijo el comisario mientras le entregaba al ingeniero una tarjeta.

—Si hay más novedades, llámenme.

El forense se llevó el cadáver a su laboratorio y comenzó con la investigación. Marcó el número de teléfono de un amigo que era cronista de la villa, quería saber algo más de aquel curioso edificio en el que se habían encontrado los huesos. Conociendo la historia, podría averiguar con más exactitud a quién pertenecía aquella osamenta.

—¿Rafael López?

—¡Al aparato! ¿A quién tengo el gusto de saludar?

—Soy Félix Hernando.

—¡Hombre, Félix! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal van tus cadáveres?

—Cómo eres... Van bien, van bien.

—Dime... ¿En qué puedo ayudarte?

—Pues precisamente te tengo que hablar de un cadáver. —El forense escuchó una risa al otro lado del teléfono—. He encontrado un esqueleto emparedado en el sótano de la casa de las siete chimeneas. Parece ser que la están reformando. ¿Conoces el edificio?

—¡No me ofendas... claro que lo conozco! No vayas a creer que soy cronista de la villa por enchufe. —Ahora el que se reía era el

forense—. Déjame un par de días para rebuscar en mi biblioteca y me paso por tu despacho para hablarte de este edificio cargado de leyendas, seguro que te vas a llevar más de una sorpresa.

—Perfecto, te espero el jueves en mi despacho. Nos tomaremos un café.

—Hasta entonces.

Dos días después apareció en el despacho de Félix su amigo el historiador. El forense tenía depositado sobre una gran mesa cubierta con una tela negra el cadáver recientemente encontrado.

—¿Se puede?

—¡Por supuesto! —Los dos amigos se fundieron en un fuerte abrazo.

—Ya veo que tienes a tu amiguito ahí tumbado.

—Sí, ya ves... ¡No me da ninguna guerra y me come poco! Veo que vienes con una carpeta... ¿Has traído apuntes, o qué?

—¡Desde luego, ya me conoces! Además, es que de esta casa hay mucho que contar. ¿Conoces algo de la historia del edificio?

—No, nada, tan solo los comentarios de algunos obreros, ya sabes, historias de fantasmas... Me contaron que los vecinos aseguran que de vez en cuando se aparece una mujer en los tejados con un camisón blanco...

El historiador soltó una sonora carcajada.

—A eso precisamente me refería. La casa tiene muchas leyendas. Por cierto, ¿sabías que no es el único esqueleto que se ha encontrado emparedado?

—No tenía ni idea. ¡Cuenta, cuenta!

—Esta casa ha tenido infinidad de dueños desde su construcción. En 1881, el inmueble fue adquirido por don Jaime Girona Agrafiel, marqués de Estella para más señas, un financiero catalán que, junto con el marqués de Vinent, había fundado el Banco de Castilla. Compró la casa para instalar allí su sede madrileña. Al igual que ahora, durante las obras de reforma del edificio apareció el esqueleto de una joven emparedada. Cuentan

que se encontró a la momia con un puñal atravesándola y una bolsa con monedas de oro de la época de Felipe II.

—Curioso. Lo investigaré. Seguro que ese esqueleto se conserva en algún hospital. Dices que se encontraron monedas de la época de Felipe II, pero... ¿de cuándo es esta construcción?

—¡Muy antigua! Este edificio es uno de los pocos que quedan en pie de la época de Felipe II. A ver, te cuento..., aquí se mezcla la documentación histórica con la leyenda, pero en algún antiguo libro he leído que esta casa la mandó construir Felipe II como regalo a una de sus amantes.

—¿A una de sus amantes? ¿Qué pasa, tenía varias?

El historiador sonrió:

—Más de una y más de dos. ¡Eran otros tiempos! Bueno... déjame continuar.

—¡Espera! ¿Te apetece que nos suban un café?

—No estaría mal, porque hay mucho que contar.

El forense mandó a su ayudante a la taberna de la esquina para que subiera dos cafés y algunas pastas.

—Como te decía... Al parecer, la rumorología cuenta que Felipe II se enamoró de una bella joven, la hija de uno de sus secretarios. Como premio por sus favores construyó esta casa en 1574. Se dice que hasta el arquitecto Juan de Herrera participó en el diseño del elegante edificio. Aquella relación había que esconderla y el rey presentó a la joven a un apuesto oficial de su ejército, el capitán Zapata, que se casó con ella. El rey quería así disimular. Lo curioso es que a los pocos días llamaron a filas al capitán, que tuvo que partir al frente para combatir en Flandes en la famosa batalla de San Quintín, donde casualmente perdió la vida.

—¿Tú crees que aquella muerte fue planeada?

El cronista de la villa sonrió:

—Yo soy historiador y, como tal, necesito pruebas. En este caso no encontramos ningún documento que hable de conspiración ni de nada parecido.



El joven ayudante entró con los cafés y las pastas, interrumpiendo por unos segundos la conversación. Al poco tiempo los dos amigos volvieron a quedarse solos.

—El rey se las prometía felices, pero con lo que no contaba era con que su joven amante se hubiera enamorado perdidamente del apuesto capitán fallecido. Aquella hermosa mujer jamás perdonó al monarca que apartara de su vida a su marido, y se encerró en casa, atormentada por la reciente pérdida. Dejó de comer y dicen que se volvió loca, que vagaba por la casa en camisón con la mirada perdida. Lo cierto es que una mañana apareció muerta, unos dicen que se suicidó, otros que la asesinaron cumpliendo órdenes de Felipe II. Lo más curioso de todo es que su cadáver desapareció y nunca más se supo de ella.

—¿Crees que es el esqueleto que apareció con las monedas?

—Creo que sí, pero repito, querido amigo, que yo si no lo veo no lo creo. También puede ser que el cadáver que tienes sobre la mesa sea el de su padre, que igualmente desapareció.

—¿Y eso?

—La leyenda cuenta que se suicidó y, como bien sabes, en aquella época a los suicidas no se les enterraba en los cementerios cristianos. Muchos cadáveres han aparecido emparedados precisamente para ocultar una muerte tan indigna.

—Vaya una historia curiosa...

—Sí, por eso, a partir de ese momento, comenzó a extenderse la leyenda de que algunas veces se veía en el tejado a una joven vestida con un camisón blanco, dicen que reclamando venganza. Hay crónicas que aseguran que el primer testigo de la fantasmagórica aparición fue un agricultor que regresaba con su mula del campo cuando ya había anochecido. El hombre se quedó aterrizado con aquella joven en camisón caminando por el tejado.

El forense terminó el café de un trago. La historia le había dejado tan impresionado que no probó las pastas.

—Pero esto no es todo...

—¿Aún hay más?

—Sí, porque la casa fue pasando de mano en mano. La llegó a comprar un curioso personaje llamado Francisco de Sande, que sería gobernador de Filipinas. Como estaba la mayor parte de su tiempo en las Américas, la propiedad se alquiló a numerosas personalidades, entre otros al marqués de Mondéjar, al duque de Maqueda e incluso a Gaspar Alonso de Guzmán, duque de Medina Sidonia. Después llegarían diversos embajadores, hasta que en 1759 acogió a otro de sus inquilinos más famosos: el marqués de Esquilache.

—¡Venga ya...! ¿En serio?

—Todo lo que te estoy contando está documentado. —El historiador comió un par de pastas, terminó el café y se dispuso a continuar—. Como bien sabes, cuando Carlos III llegó a España procedente de Nápoles lo hizo acompañado de varios de sus colaboradores, entre ellos Esquilache, al que nombró secretario de Estado de Hacienda. Esquilache hizo grandes cosas en Madrid, pero también se ganó un buen número de enemigos que consiguieron, tras el célebre motín que lleva su nombre, que el rey lo mandara de regreso a Nápoles. Se cuenta que el pueblo de Madrid se dirigió a su «casa de las siete chimeneas» y que, al no encontrarlo allí, destrozaron todo lo que encontraron a su paso. Lanzaron los muebles y enseres por los balcones y quemaron todo cuanto poseía la familia. Durante la revuelta, siempre según la leyenda, los amotinados asesinaron a uno de sus mayordomos. Es posible que también pudiera ser el esqueleto que estás investigando.

—¡Vaya historia que tiene la famosa casa. No me extraña que hayas tardado dos días en reunir la información! Una pregunta... ¿Lo de las siete chimeneas?

—De nuevo remitiéndonos a la leyenda, se dice que representan los siete pecados capitales. Aunque la primera constancia de las chimeneas no la tenemos hasta 1631. Por cierto, mira este plano que te he traído. —El historiador abrió la carpeta y sacó un plano

bastante gastado—. Es una copia de un plano de Pedro Texeira de 1656 en el que aparece la casa. ¿La ves?

—Sí, qué curioso.

—Mucho más sorprendente es si cuentas las chimeneas dibujadas en el plano. —El forense acercó una lupa al mapa.

—Una, dos, tres... —contó hasta ocho—. ¿Ocho?

—Sí, no se sabe si fue un error del cartógrafo o si, con alguna de las reformas, una de las chimeneas se eliminó.

—¡Estoy realmente impresionado! ¿Ha sido algo más esta famosa casa?

—Ha tenido muchos inquilinos. Ten en cuenta que es uno de los pocos edificios que aún se conservan de la época de Felipe II. En ella, como te he contado, vivieron varios marqueses y embajadores... Por ejemplo, durante la dictadura de Primo de Rivera fue sede de un club denominado Lyceum Club Femenino, con socias tan importantes como María de Maeztu. Después de la Guerra Civil pasaría a manos de la Falange y más tarde llegó a albergar en su interior la fábrica de Maizena, otra de productos de perfumería, y ahora... ¡Un banco!

—Realmente me has dejado impresionado. Ya entiendo por qué eres oficialmente el cronista de la Villa y Corte —el historiador sonrió.

—¿Por fin te das cuenta de que mi cargo no se debe a los enchufes?

—¡Por fin me lo creo! ¿Me permites que te invite a comer? Creo que te lo has merecido.

—¡Por supuesto! ¿Dónde vamos?

—¿Te gustan los callos?

—¿Y se lo preguntas a un madrileño?

—Sí, es verdad, la duda ofende. ¿Conoces Casa Perico, en la calle Ballesta?

—No lo conozco.

—¡Pues vas a saber lo que es bueno. Venga, vámonos antes de que se nos aparezca algún fantasma!

La casa de las siete chimeneas se encuentra en la plaza del Rey, en la bifurcación de las calles Infantas y Barquillo. En la actualidad, el edificio pertenece al Ministerio de Cultura.

# 6 LA CASA DE ANTONIO GRILO

1 DE MAYO DE 1962

Juana se despertó sobresaltada. Los quejidos de su señora la habían arrancado del sueño profundo en el que se encontraba. Miró el reloj. Eran las cinco y veinte de la mañana. Se puso en pie como activada por un resorte y se colocó la bata y las zapatillas. Encendió la luz del pasillo de la casa en la que trabajaba como sirvienta y golpeó con los nudillos la habitación donde dormían sus señores.

—¡Don José María! ¡Doña Dolores! ¿Se encuentran bien?

Tras unos segundos de silencio, el señor de la casa contestó.

—Sí, estamos bien. La señora ha tenido una pesadilla. Vuelva a la cama antes de que se despierten los niños.

Juana servía en la casa de un sastre, en el número 3 de la calle Antonio Grilo. Trabajaba de interna y dormía en un pequeño cuarto al final del domicilio de la familia, formada por los padres y cinco hijos pequeños.

Regresó a su dormitorio e intentó conciliar de nuevo el sueño, ya que no quedaba mucho tiempo para el momento de tener que

preparar los desayunos y empezar con las tareas diarias. No obstante, al ser día festivo —san José Obrero—, la familia se despertaría más tarde.

Apenas había vuelto a cerrar los ojos cuando sonaron unos nudillos en su puerta. De nuevo la mujer se sobresaltó. Miró el reloj: las seis de la mañana.

—¿Sí?

—Juana, haga el favor de acercarse a una farmacia de guardia y compre Insomprol prolongado para la señora. Lo necesita urgentemente. Le dejo el dinero sobre la cómoda.

El sastre arrastró los pies por el pasillo, era un hombre menudo, de cuarenta y cuatro años. Andaba cabizbajo. Los últimos días estaba como confuso, con la cabeza sobrecargada. Es posible que fuera por las obras de construcción de un pequeño chalé familiar en Villalba. A los obreros les tenía locos con los cambios que cada dos o tres días el sastre, José María Ruiz Martínez, les ordenaba. Primero levantar un muro para más tarde tirarlo; luego dibujar tres ventanas nuevas sobre el plano que minutos después les imponía borrar. Tampoco las cosas iban bien en la sastrería de la calle Luna, número 16. Sus empleados le habían notado esos días muy irascible y cualquier pretexto parecía bueno para que el sastre se pusiera a gritar como poseído por el mal.

Aquella mañana, José María no se encontraba bien. Todo se le vino encima y apenas podía pensar con claridad. Solamente quería salvar a su familia de una vida de sufrimientos. Miraba absorto sentado en su sofá del salón cómo la luz de la mañana comenzaba a iluminarlo todo. De pronto escuchó el golpe de la puerta al cerrarse. Juana, la sirvienta, había salido a comprar las medicinas.

Entonces, José María cogió de un bote donde guardaba algunos bolígrafos una pequeña llave con la que abrió el cajón de su escritorio. Allí había ocultado una pistola. La extrajo de su escondite y se la metió en el bolsillo del pijama. Después fue hasta la puerta de la vivienda y la cerró con llave, echando los cerrojos. Ya nadie podría abrirla desde fuera. Se dirigió a la cocina y cogió el cuchillo

más grande que encontró. Antes de salir observó la caja de herramientas; la abrió y empuñó un martillo. El sastre no se reconocía, pero tampoco le importaba. Las voces de su cabeza le ordenaron que protegiera a su familia y se dispuso a hacerlo con una cándida sonrisa.

Se dirigió al dormitorio. Su mujer dormía bajo los efectos de las pastillas que le había hecho tomar hacía un rato. La miró con ternura. Se persignó y comenzó a golpearla sin piedad con el martillo. Ella se despertó y sus gritos fueron escuchados por una vecina. El sastre, salpicado con la sangre de su esposa, se acercó al moisés donde su hija de dos años lloraba angustiada. Cogió el cuchillo y le rebanó el cuello. La sangre caliente de la pequeña formó un pequeño charco en la habitación. De pronto sonó el teléfono de la casa. El sastre contestó como si nada hubiera ocurrido.

—¿Don José María?

—Sí, soy yo.

—Soy Martina, la vecina, ¿va todo bien?

—Sí, no se preocupe. Mi mujer ha tenido una pesadilla, pero ya se ha calmado.

—Ya sabe que si necesitan cualquier cosa no tienen más que llamarme.

—Descuide, así lo haremos.

El sastre volvió al dormitorio y cogió de nuevo el cuchillo. Aún quedaba trabajo por hacer. En ese momento notó que alguien intentaba abrir la puerta de la casa sin conseguirlo. Segundos después, escuchó a la sirvienta golpear con sus nudillos suavemente, para no despertar a los niños.

—¡Don José María! ¡Don José María!

El sastre se acercó a la puerta.

—Juana, vaya también a comprar unas aspirinas, ¡rápido!

La sirvienta no entendía nada, pero no le quedaba más opción que obedecer. Puso de nuevo rumbo a la farmacia. El sastre se dirigió ahora al dormitorio de sus dos hijos, José María, de diez

años, y Juan Carlos, de cinco. Comenzó por el más pequeño. Empuñó con fuerza el cuchillo y le rebanó el cuello. El niño lanzó un quejido que paralizó a su hermano. Fue tal el impacto de ver a su padre asestando cuchilladas al pequeño Juan Carlos que José María se quedó congelado de horror, sin pensar siquiera la posibilidad de escapar de la cama. El sastre sacó la pistola de su bolsillo y le disparó a bocajarro antes de que se moviera.

Entonces, con el ruido de la detonación de la pistola, la mayor de las niñas se despertó. Fue hacia el cuarto de sus hermanos y, al llegar al umbral de la puerta, descubrió horrorizada a su padre con un arma en cada mano y el pijama ensangrentado. También vio los cuerpos de sus hermanos muertos sobre las camas.

—¡No, por favor!

María Dolores salió corriendo para buscar refugio en el baño. Cerró la puerta, pero no había pestillo. Su padre la abrió de una patada, entró y disparó a su hija en el cuello, salpicando las paredes de gotas rojas.

Solo quedaba ya con vida otra de las pequeñas, que dormía plácidamente. Adela, de doce años, a la que también apuñaló sin piedad. Una vez terminado su trabajo, tiró el cuchillo sobre el cuerpo inerte de la niña y se marchó al salón. Allí, aturdido, pasó unos cuantos minutos. De nuevo volvieron a llamar a la puerta. En esta ocasión sonó el timbre. El sastre estaba confuso. Aun así, se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Juana. ¡Ábrame, señor!

—¡No, espera en el portal! ¡Necesito estar solo! ¡Necesito pensar!

—Señor... ¿Seguro que se encuentra bien?

—¡Te he dicho que te largues!

La sirvienta se quedó en el rellano sin saber qué hacer. Una vecina salió a enterarse de lo que estaba sucediendo.

—¿Qué pasa, Juana?



—No lo sé, señora Martina. El señor está muy raro. Me ha mandado dos veces a la farmacia y ahora no me quiere abrir. Dice que quiere estar solo para pensar. No lo entiendo.

—Yo le he llamado por teléfono porque escuché gritar a Dolores y me preocupé, pero José María me ha dicho que habían sido pesadillas. El caso es que he escuchado también llorar a los niños, golpes y batacazos. No sé, estoy segura de que está pasando algo.

La sirvienta bajó al portal a esperar. Preguntó la hora a un señor que pasaba por la calle. Eran las ocho menos veinte de la mañana. El sol ya lucía en la calle Antonio Grilo. En ese momento, el sastre llamó al 091. Un agente contestó a la llamada.

—Dirección General de Seguridad. ¿En qué puedo ayudarle?

Al otro lado del teléfono se escuchó la voz de un varón. Hablaba atropellado, nervioso, y no se le entendía bien.

—¿Puede repetir lo que ha dicho, por favor? ¡Tranquilícese!

—¡He matado a mi mujer, he matado a mis hijos! ¡Todos descansan ya!

—Señor, ¡tranquilícese! Dígame la dirección de su domicilio.

—¡No pienso decirle nada! ¡Dios, he matado a mis hijos!

El agente retuvo todo lo que pudo la llamada, tratando de sacar la máxima información posible. Un compañero observaba expectante. Después de varias preguntas, por fin consiguió lo que buscaba.

—¿Cómo dice que se llama?

—José María Ruiz Martínez.

El agente anotó el nombre en una libreta. Su compañero comenzó a buscar desesperadamente en el listín telefónico. Bajo ese nombre aparecieron dos direcciones: una correspondía a la calle Luna 16, donde el sastre tenía su negocio; la otra a la calle donde vivía, Antonio Grilo 13. Los agentes enviaron un coche patrulla a cada sitio. Cuando llegaron a la puerta de Antonio Grilo, se encontraron con la portera de la finca y con la criada. La portera se quedó impresionada al ver a la policía.

—¿Ocurre algo?

—Aún no lo sabemos, señora. Nos ha llamado un tal José María, dice que ha matado a sus hijos.

—¡Ay, Dios mío! ¡Los niños!

La sirvienta se tapó la cara con las dos manos. Las lágrimas comenzaron a caer a través de los dedos.

—¿Es usted de la familia? —le preguntó un agente.

—Es la sirvienta —contestó la portera.

—Venga, vamos. Acompáñenos a la puerta.

La portera subió con ellos hasta el tercero. Allí los agentes llamaron al timbre.

—¡José María, abra, por favor! ¡Somos de la policía!

Uno de los agentes pegó su oído a la puerta. Se escuchaba a un hombre gritar. Decía palabras incomprensibles. Volvieron a llamar. Al fin el sastre contestó.

—¡Lárguense, no voy a abrir! ¡Les advierto que tengo una pistola y abriré fuego contra el primero que se acerque!

Los agentes se situaron a los lados de la puerta y ordenaron a la portera y a la criada que bajaran al portal.

—¡Abra la puerta, por favor!

—¡Que se larguen! Solamente abriré la puerta a un carmelita, ¿me oyen? No se preocupen por mi familia. Todos descansan felices.

Los policías bajaron al portal. Ya había llegado otro coche patrulla. Les enviaron en busca de un sacerdote carmelita. La portera se conocía cada rincón del barrio.

—Si bajan hasta plaza de España, allí encontrarán el Templo Nacional de Santa Teresa. Allí hay carmelitas —dijo.

Un coche de policía se dirigió a toda velocidad a localizar al sacerdote. A los quince minutos regresaban con el padre Celestino. El religioso estaba perplejo ante la que se estaba preparando en la calle. Algunos agentes empezaron a poner orden y a acordonar la zona. El padre Celestino subió con dos policías hasta el piso de enfrente, se asomó al balcón y llamó a gritos al sastre, pidiéndole

que saliera a la terraza. Ya había varios policías apuntando con sus rifles a la casa del asesino.

—¡José María! ¡José María!

El padre llamaba a gritos al sastre. Los vecinos observaban curiosos desde las ventanas. De repente se escapó un murmullo generalizado. El sastre salió al balcón con el pijama ensangrentando empuñando una pistola.

—¡Hijo mío, soy el padre Celestino! ¿Te puedo ayudar?

—Padre, quiero que me confiese. —El asesino agitó la pistola—. ¡Esto es para mí!

—¿Está bien tu familia?

El sastre entró en la casa y salió de nuevo con uno de los niños al balcón. Al pequeño lo había mutilado y colgaba inerte de sus brazos. Los vecinos y curiosos apenas podían creer lo que estaban viendo.

—¡Hijo mío, arrepíentete!

El sastre entró en la casa y salió de nuevo al balcón; esta vez colgaba de sus brazos el cadáver de la más pequeña. El sacerdote lo observaba aterrorizado.

—Quiero que venga a mi casa, ¿me oye? Necesito que me confiese, aunque Dios no me lo tendrá en cuenta.

—José María, voy a ir a tu casa —accedió el religioso.

—Venga solo, ¿de acuerdo? Voy a vigilar por la mirilla... ¡Como vea a alguien más me lo cargo! ¡Los he matado por no matar a otros canallas!

Los policías aconsejaron al sacerdote que mejor hablara primero con él por teléfono. Entraron en la portería y marcaron el número del sastre. El cura y el asesino conversaron durante varios minutos. Hasta el lugar se acercó también un camión de bomberos. Comenzaron a montar un par de lonas por si aquel loco se lanzaba desde el balcón. De pronto, el sastre colgó. Los policías miraron expectantes al sacerdote.

—Este hombre está completamente enajenado. Me ha dicho que ha matado a su mujer y a sus cinco hijos. —El sacerdote no pudo

reprimir las lágrimas—. ¡Pobrecitos...! Dice que tiene cinco hijos y que a todos los ha matado. Me ha dicho que ha preferido matarlos a ellos antes que a otros canallas. No he entendido muy bien a qué se refería.

De pronto se escuchó un disparo.

Los agentes se lanzaron escaleras arriba. Con una piqueta de los bomberos forzaron la puerta y entraron a la casa. La visión era dantesca. En el dormitorio principal encontraron el cadáver de la mujer, tumbada junto a la cama. En la misma habitación descubrieron horrorizados el cuerpo de la pequeña de dos años, degollada. Llegaron al salón: en el suelo, con un tiro en la sien, se debatía entre la vida y la muerte el asesino. Los sanitarios lo cargaron en una camilla y lo sacaron de la vivienda, mientras, a su lado, el padre Celestino le iba administrando la extremaunción.

Los agentes siguieron con el macabro recorrido. En el baño estaba el cuerpo tumbado de la hija de catorce años con un tiro en el cuello; en otra de las habitaciones, la hermana de doce, apuñalada, y, por último, en la habitación que daba a la calle, los dos hermanos varones: el de diez años con un tiro en el pecho y el de cinco degollado y horriblemente mutilado. La visión de aquella casa impresionó hasta al policía más curtido. Era una situación macabra que solo podía haber ideado un loco sin escrúpulos.

José María Ruiz Martínez ingresó cadáver en el hospital. Ninguno de los que conocía a la familia podía encontrar una explicación, aunque al día siguiente, el diario *ABC* publicó una entrevista que pudo esclarecer algo el comportamiento del «sastre asesino», que fue como se le bautizó.

El periódico localizó al psiquiatra al que el sastre había acudido un año antes, el jefe del servicio de Neuropsiquiatría del Instituto Nacional de Medicina, Higiene y Seguridad Social en el Trabajo, el doctor Fernández Armayor. Según contó al periodista, había diagnosticado al paciente como un auténtico ciclotímico que padecía una psicosis maniaco-depresiva, una perturbación mental caracterizada por alternativas de excitación y depresión de ánimo.

Una enfermedad que consiguió perturbarle y confundirle hasta hacerle provocar una auténtica masacre.

La casa donde el sastre acabó con la vida de su familia se encuentra en la calle Antonio Grilo, número 3-3ºD, casi esquina con San Bernardo. Es una antigua puerta de madera pintada en marrón, flanqueada por un restaurante peruano y una peluquería latina.

Pero las crónicas relatan muchos otros acontecimientos luctuosos en esa misma dirección. El primer suceso ocurrió en noviembre de 1945, en el primero derecha. Allí la policía descubrió el cuerpo sin vida de Felipe de la Breña, un camisero de Toledo que tenía en esa casa su vivienda. El hombre fue golpeado hasta la muerte con un candelabro. Las investigaciones concluyeron que probablemente el móvil del crimen fue el robo. Tres años después, en el mismo edificio encontraron el cuerpo inerte de otro vecino. Lo más terrible es que lo hallaron con la parte trasera de la cabeza destrozada por los golpes que le habían propinado. Aunque no se encontraron culpables, la policía determinó que el asesinato pudo ser debido a un ajuste de cuentas.

Por si estas muertes no fueran suficientes, dos años después de los asesinatos del sastre, en el mismo edificio, un vecino, Rufino Márquez, se quedó horrorizado al abrir su armario y encontrarse colgado de una de las perchas un bebé estrangulado. Las investigaciones concluyeron que la novia del propio Rufino le había ocultado el embarazo. Dio a luz ella sola en la casa y sufrió un brote psicótico que la llevó a asfixiar al bebé y a esconderlo.

Todas estas muertes han convertido en este edificio en uno de los que atesora más sucesos funestos tras sus paredes.

# 7 EL BAÚL DEL MONJE

FEBRERO DE 1986

Un bombero accedió al portal blandiendo una enorme maza. Dos de sus compañeros le esperaban junto a la puerta de madera de la entrada, uno de ellos aguantando la manguera que pronto les ayudaría a aplacar las llamas. Los demás ya trataban de controlar el incendio desde las ventanas de esa vivienda situada en el bajo de la calle Marqués de Monasterio para evitar que se propagara a los pisos superiores. Los vecinos habían alertado a los bomberos al observar el intenso humo que salía por debajo de la puerta y ahora los tres bomberos iban a entrar en el piso. La portera fue la que les comunicó que el propietario, un abogado mayor, no aparecía por ningún lado.

—¡Vamos, apartad!

Los dos compañeros se alejaron. El recién llegado lanzó varios mazazos al marco que fijaba la puerta a las paredes, que no tardó en ceder, haciendo que aquella se derrumbase hecha añicos.

—¡Rápido! ¡Mirad en todas las habitaciones!

El equipo iba provisto de máscaras de oxígeno, vitales para poder respirar allí dentro, y potentes linternas que iluminaban

atravesando el intenso humo. La temperatura hacía que el trabajo se convirtiera en un esfuerzo titánico. El que llevaba la manguera apagó las llamas que aún quedaban, mientras otro se dirigía a comprobar que los plomos de la vivienda habían saltado, algo que solía suceder habitualmente. El tercer bombero entró en cada una de las habitaciones buscando posibles supervivientes, aunque con aquel humo espeso parecía imposible que fuera a encontrar a alguien vivo en ese infierno.

—¡Aquí hay un cadáver! —gritó uno de ellos desde el dormitorio principal. Los compañeros, después de comprobar que no había nadie más, acudieron en su ayuda. Las tres linternas alumbraban el cuerpo calcinado de una persona. Estaba tumbada en la cama.

—¡Dios mío, pobre! ¡Ya nada se puede hacer por él!

Uno de ellos sacó del traje ignífugo un *walkie-talkie*. Apretó el botón de comunicación.

—Equipo uno para mando.

A los pocos segundos el oficial le contestó.

—Adelante, equipo uno.

—Hemos localizado el cuerpo de una persona adulta, tumbada en la cama, con heridas incompatibles con la vida. Todo parece indicar que el fuego se ha iniciado desde este dormitorio. ¡Cambio!

—¿Necesitan ambulancia? ¡Cambio!

—Me temo que no hace falta. ¡Cambio y corto!

Los tres bomberos echaron un último vistazo a la vivienda y la abandonaron cabizbajos. Al salir, ya esperaban en la puerta varios agentes municipales.

—Ya podéis haceros cargo. Hemos avisado para que venga un forense a levantar acta. Hemos encontrado el cadáver calcinado de un individuo tumbado en una de las camas.

—Bien; ahora mismo activamos la vigilancia.

—Enseguida vendrá un técnico nuestro para evaluar la causa del incendio, aunque por mi experiencia me da que este pobre se ha quedado durmiendo con un cigarro encendido. Ya sé que no hace

falta que os lo diga, pero... ¡Por favor, intentad tocar lo menos posible!

—Sí, sí... No os preocupéis. Buen trabajo.

Los bomberos se dirigieron hacia su camión. Una de las vecinas les abordó:

—¿Han encontrado al abogado? Aún no ha aparecido.

—Hemos localizado un fallecido sobre la cama. Me temo que puede ser su vecino. Lo siento.

La mujer se quedó impresionada. Enseguida otros vecinos vinieron a su encuentro...

—¿Y dicen ustedes que quieren montar aquí una almoneda?

El agente de la inmobiliaria les estaba enseñando el bajo quemado tiempo atrás.

—Sí, es nuestra idea. —El matrimonio observaba todas las habitaciones, analizando las posibilidades de la vivienda.

—El piso está francamente bien de precio —les aseguraba el vendedor—. Es de los sobrinos de un abogado que falleció hace unos años sin descendencia directa. Después de muchas disputas por la herencia, al fin se han puesto de acuerdo y ahora les urge venderlo.

Noel apartó a Ángela de los oídos del vendedor:

—¿Qué hacemos?, ¿nos animamos?

—Yo creo que sí. Está en buena zona. Es un bajo y está bien de precio. Creo que es lo que estamos buscando. ¿Tú cómo lo ves?

—Creo que es una buena oportunidad.

—¿Notas algo raro? —Ángela miró a su marido fijamente.

—No, todo parece en orden.

—Bien, me quedo más tranquila.

Noel y Ángela hicieron su sueño realidad y montaron su negocio de almoneda. Pronto los armarios antiguos, los aparadores, las sillas y las mesas comenzaron a llenar la vivienda. El matrimonio utilizó una de las habitaciones para montar un pequeño taller donde



daban clases de restauración. Los primeros meses del negocio transcurrieron con total tranquilidad, pero aquella paz se rompió una tarde de improviso:

—Noel, ¿has dejado tirado tú esto?

Ángela se acercó a él con la cabeza de una muñeca de porcelana.

—No, qué va. ¡Es horrible!

La cabeza de muñeca tenía la frente abollada y el pelo chamuscado.

—Estaba en el suelo de la habitación.

—Pues te repito que yo no la he dejado ahí. Es más, es la primera vez que la veo.

—¡Noel, no empecemos!... Estamos tú y yo solos, y yo tampoco la he dejado ahí en medio.

—Pues qué quieres que te diga... ¡Habrá sido un fantasma!

En ese momento, una llave que estaba dentro de la cerradura de la puerta se cayó al suelo sin que nadie la tocara. Ángela y Noel se quedaron petrificados.

—¿Qué tal si nos vamos ya?

—Sí, mucho mejor.

Los dos salieron de la tienda sin entender muy bien lo que había sucedido aquella tarde. Ángela tiró la cabeza de la muñeca en el cubo de basura de la puerta.

Una semana después, Ángela estaba en la tienda limpiando uno de los muebles antiguos que acababan de comprar para venderlo cuando un ruido la alertó.

—¿Noel, estás ahí?

El sonido provenía de la cocina.

—¡Noel! ¿Eres tú?

Ángela se armó con un pesado candelabro de bronce y se dirigió atemorizada a la cocina. En el suelo había una lágrima de cristal, debía de ser de una de las lámparas que colgaban expuestas. La recogió intrigada. Miró a su alrededor y no descubrió nada más. La puerta de la almoneda se cerró de golpe. Ángela, temblorosa, se

encaminó paso a paso hacia la puerta levantando el candelabro amenazadoramente. Noel, desde la entrada, miró a su mujer con cara de sorpresa.

—¿Se puede saber qué haces?

Ángela bajó el candelabro. Se sentía ridícula.

—¡Qué susto me has dado, Noel!

Su marido la abrazó.

—¿Qué sucede, cariño?

—No lo sé. Últimamente no estoy muy tranquila en la tienda. Vuelven a suceder cosas raras. Oigo ruidos extraños. Encuentro algunas cosas cambiadas de sitio. ¡Mira lo que me he encontrado en el centro de la cocina! —Ángela abrió su mano y enseñó la pieza de cristal.

—Bueno, eso es de alguna de las lámparas. Se habrá caído y alguien le habrá dado una patada. ¡Venga, no nos obsesionemos! — Noel secó las lágrimas de su mujer. Tuvo que calmarla durante un buen rato.

El día continuó con relativa tranquilidad. Cuando ya caía la noche, Noel se puso a repasar los armarios antiguos que tenían a la venta, comprobando que abrieran y cerraran sin problemas. A todos les iba poniendo aceite en las bisagras. De pronto, abrió uno de los aparadores y encontró en su interior el busto de un carnero tallado en madera; era realmente inquietante. Noel cogió aquella terrorífica imagen y se la enseñó a su mujer.

—Ángela, ¿habías visto antes este busto de carnero?

—No, ¿dónde lo has encontrado? ¡Qué mal rollo da!

—Sí, tienes razón. No sé qué hacía dentro de un armario. Lo voy a tirar a la basura.

El matrimonio abandonó la tienda. Al día siguiente, un escalofrío los recorrió de arriba abajo a los dos cuando vieron apoyada contra la puerta de la tienda la cabeza de carnero.

—¿Y esto?

—¡Joder, joder... qué mal rollo! Alguien lo encontraría ayer en la basura y seguro que pensó que sería nuestro.

Ángela miró a su marido.

—¿Qué hacemos?

—Yo lo tengo claro... ¡Volver a tirarlo!

Pero deshacerse de aquella cabeza de carnero no iba a ser tarea fácil. Después de tirarla, inexplicablemente, al poco tiempo siempre aparecía de nuevo en la tienda. La sucesión de ruidos, movimientos de objetos extraños, apariciones y desapariciones de piezas continuó, hasta el punto de que llegó a ser algo habitual para los alumnos del curso de restauración que se impartía en la almoneda, a los que no les extrañaba que en medio de una clase saltara por los aires algún objeto o reventara cualquier pieza de cristal.

La situación, no obstante, llegó a hacerse tan angustiosa que un amigo recomendó a los propietarios que avisaran al grupo de investigación Hepta, especializado en el estudio de casos semejantes. A pesar de que Noel y su mujer eran escépticos, necesitaban dar algún tipo de explicación a todo lo que allí sucedía. Al local acudió el grupo entero. Entre aquellas paredes vivirían una de las experiencias más impresionantes que recuerdan.

En aquella vivienda grabaron pequeños objetos que se materializaban, como salidos de la nada, y caían a toda velocidad desde el techo ante la atenta mirada de unos dueños aterrorizados. Contemplaron muebles que se desplazaban sin que nadie los empujara, o bombillas que saltaban de los casquillos y caían al suelo rotas en mil pedazos. Fotografiaron la cabeza de la muñeca de porcelana con la frente abollada que, de pronto, se volvió a materializar en medio de una sala; el busto del carnero que aparecía una y otra vez... En una ocasión, un cristo que había colgado de la pared se estrelló contra el suelo produciendo un gran estruendo. Los investigadores observaron que la imagen, tirada sobre las baldosas, había perdido un brazo por la violencia de la caída. Incluso los físicos del grupo encontraron en sus mediciones resultados que desafiaban todas las leyes lógicas conocidas.

Los informes que realizaron hablaban de fenómenos *poltergeist*, de aportes (objetos que surgen de la nada a gran velocidad) a los que no se encontraba ninguna explicación. Era posible que la terrible muerte ocurrida allí varios años antes hubiera impregnado la vivienda de una energía negativa, o que Noel, el dueño de la almoneda, que reconocería ante el equipo haber vivido fenómenos de ese tipo en ocasiones anteriores, estuviera generando inconscientemente los extraños sucesos.

Lo cierto es que el grupo Hepta concluyó sus investigaciones y la tienda siguió abierta tan solo unos pocos meses más. Ángela y Noel decidieron poner el piso a la venta y marcharse a otro local, muy lejos de aquel. Los nuevos inquilinos no notaron nada extraño en aquella vivienda y el tiempo fue pasando sin que se conociera ningún otro suceso paranormal.

La almoneda del Baúl del monje se encontraba en Marqués de Monasterio, número 10, una pequeña calle situada entre Almirante y Bárbara de Braganza, cerca del Paseo de Recoletos y de la plaza de Colón. Hoy en día no queda rastro de la tienda de antigüedades.

## 8 EL LOBO FERROZ

AGOSTO DE 1987

La anciana abrió intrigada la habitación de su hijo. Le extrañó que a las diez de la mañana aún no estuviera levantado. Entró en el cuarto y levantó la persiana. Allí estaba Santiago, tirado sobre la cama, aún vestido con la ropa del día anterior. La mujer no se lo pensó dos veces, se fue a la cocina y llenó una jarra de agua fría. Regresó al dormitorio y se la vació sobre la cabeza. Daba igual que aquel hombre tuviera treinta y un años y que fuera alto, fuerte y exlegionario.

Santiago se levantó de un brinco. Su corazón latía violentamente tras la impresión.

—¿Qué hace, madre? ¿Se ha vuelto loca?

—¿Loca? —La madre se quitó la zapatilla y comenzó a golpear a su hijo.

—¡Eres un vago! ¡La deshonra de la familia! ¿Cómo se te ocurre estar a estas horas tirado en la cama con el bar cerrado? Seguro que anoche te volviste a emborrachar. ¡Golfo! ¡Qué vergüenza, con la edad que tienes! ¡Lárgate ahora mismo a trabajar!

Santiago se defendía de los golpes de su madre como podía. No le quedó más opción que salir corriendo y abrir el bar que desde hacía unos meses había arrendado gracias a la amistad de su madre con el dueño del inmueble, un subcomisario de policía que tiempo atrás lo tuvo abierto como local de alterne.

Subió el cierre y encendió las luces. Sin poder resistir la furia acumulada, la emprendió a patadas con todo lo que encontró a su paso. Las sillas y las mesas volaban en todas direcciones.

—¡Mierda de vida, joder! ¡Estoy hasta los huevos! ¡Un día de estos mato a esta puta vieja!

La vida de Santiago San José Pardo —ese era su nombre completo— no había sido muy generosa con él hasta el momento. Al nacer, sus padres ya tenían un hijo y la primera decepción fue que él no fuese la niña esperada. A esa mala suerte se unió que su hermano mayor fuera el favorito de sus progenitores; todos los mimos iban para él, todas las recompensas, todos los halagos...

No duró mucho tiempo en el colegio, justo hasta la edad de poder empezar a trabajar de botones en una empresa de Oviedo y, más tarde, de aprendiz en un taller de delineación. Aprendió el oficio de delineante, pero la mili interrumpió todos sus sueños. Al volver no quedaba nada de la empresa familiar en la que había empezado, y en aquella pequeña ciudad en la que vivía no se necesitaban más delineantes. Terminó enrolándose en la Legión. La vida en el tercio era muy dura y aquella presión acabó por erosionar su cerebro y, tras unos cuantos meses, fue expulsando del cuerpo debido a sus trastornos psíquicos.

Santiago tuvo que regresar al hogar materno, en Madrid, cargando con la deshonra de que le hubieran expulsado por «loco». Su madre le acogió, pero la relación entre ellos no era fácil. La anciana le recriminaba constantemente su actitud y su incompetencia, poniendo siempre como ejemplo de trabajo y esfuerzo a su hermano mayor. Esto hacía que él cada día bebiera más, agravando sus problemas. Para colmo, sus relaciones con las mujeres tampoco funcionaban. No encontraba pareja y sus deseos

sexuales los colmaba con prostitutas, aunque el alcohol le había convertido casi en impotente. A veces la violencia le procuraba el alivio que el sexo no le aportaba.

Santiago entró en la barra y se sirvió una copa de coñac que se bebió casi de un tirón. Un cliente entró en el local.

—¿Qué ha pasado, legionario? ¿Ha habido un terremoto?

Santiago cayó en la cuenta de que todo estaba tirado por los suelos.

—¡Casi! Ahora mismo lo recojo. ¿Lo de siempre?

—¡Por favor!

Le puso una copa de coñac a su cliente y se sirvió él otra. Recogió las sillas y las mesas. Pasó bastante tiempo hasta que entró un nuevo cliente. Sus malos modos y su dejadez habían llevado a la ruina aquel negocio, solamente visitado ahora por unos cuantos borrachines del barrio.

—¡Ponme un vino, legionario!

Santiago miró al cliente con cara de pocos amigos.

—¡Te he dicho mil veces que me llamo Santiago!

—Bueno, hombre, ¡qué mal te sienta el calor!

El cliente se tomó de un trago el vino, dejó el dinero sobre la mesa y se dispuso a marcharse. No quería pasar más tiempo con aquel tipo tan desagradable.

—Pues nada, que pases un buen día... ¡Santiago!

El legionario le hizo un gesto de despedida con la cabeza. Ni siquiera pronunció palabra. Encendió la radio. Buscó una emisora musical y subió el volumen. Esperaba que aquello le ayudase a sobrellevar aquel pegajoso día de verano. A media mañana el calor era insoportable. Intentó calmarlo a base de cerveza fría y ventilador. Ya animado, decidió pasar la tarde con cubalibres de ron con limón.

La jornada no mejoró. Con el calor de agosto había pocos clientes por la calle. Cuando se hizo evidente que nadie más entraría en el bar, el legionario abrió la caja y cogió el poco dinero recaudado en todo el día.

—¡Suficiente para buscar una guarrilla! —se dijo a modo de consuelo.

Cerró el bar y recorrió la calle Toledo rumbo a la de la Cruz, mientras la luz del día se escapaba. Allí esperaba encontrar compañía y pasar un buen rato. No tardó en ser abordado.

—Hola, amigo... ¿Necesitas de mis servicios? ¡Soy enfermera diplomada!

Santiago miró de arriba abajo a la joven que le sonreía.

—Es posible que algo necesite... ¿Cuánto?

—A ti por muy poco...

—¿Cinco mil pesetas?

La joven le miró sin responder. Aún no estaba convencida.

—¡Venga, ánimo y te invito a unos cubatas!

—¡Eres mi hombre!

La muchacha agarró del brazo a Santiago. Juntos se dirigieron al bar del legionario, curiosamente llamado El lobo feroz. Entraron por el portal para no tener que levantar el cierre.

—¡Venga, pasa! Espera, que enciendo las luces.

—¡Un bar solo para nosotros! ¡Qué bien lo vamos a pasar! ¡Ponme un cubata, que la casa invita! —La prostituta presentía que se iban a correr una buena juerga.

Santiago le sirvió un cubalibre bien cargado. Él también se sirvió otro, aunque había perdido la cuenta de los que llevaba bebidos. La joven se quitó la falda. Se acercó a él insinuante, con la ropa interior desgastada por el uso.

—¡Ven aquí...! ¡A ver qué escondes!

La prostituta quitó el cinturón del pantalón de Santiago y desabrochó el botón. Bajó la bragueta y metió sus dos manos por dentro del calzoncillo. Allí dentro estaba todo muerto.

—¡Eyyy! ¿Qué pasa por aquí abajo?

La joven agarró con más fuerza el miembro del legionario, esperando que reaccionase con sus movimientos rítmicos. Santiago la agarró con fuerza del pelo y comenzó a besarla. Ella se quejó.

—¡Suéltame el pelo, cabrón!



Aquello parecía excitar a Santiago. Le tiró de la melena con más fuerza. Ella se revolvió como pudo.

—¡Que me sueltes, hostias!

Santiago le soltó un manotazo.

—¡Eres un cabrón perverso! ¿Quieres que juguemos? —dijo. Y le soltó una bofetada al legionario.

Aquello provocó que a Santiago le hirviera la sangre. Volvió a agarrar del pelo a la joven, hasta que consiguió que se arrodillara ante él. Empezó a restregar la cara de la prostituta contra su miembro, que comenzaba a despertarse.

—¿Qué es lo que querías, guarra? ¿Esto?

La joven empezaba a asustarse de aquella violenta situación. Santiago estaba fuera de sí. Sus ojos estaban inyectados en sangre y cada vez la apretaba con más fuerza.

—¡Cómetela!

Asustada, intentó escabullirse de su captor, pero lo único que consiguió fue enfurecer más a Santiago, que la golpeó contra la barra produciéndole una brecha en la cabeza. La prostituta trataba de defenderse; la sangre resbalaba por su cara y aquello excitó aún más a Santiago, que agarró del mostrador un cuchillo jamonero y comenzó a asestarle puñaladas hasta que la vida de la mujer se apagó. Los ruidos no inquietaron a los vecinos, acostumbrados al jaleo habitual del bar.

Santiago no era muy consciente de lo que había hecho. Únicamente cambió su camisa ensangrentada por ropa de trabajo que guardaba tras el mostrador, como si nada hubiera pasado, se bebió su cubalibre y el de la prostituta y se marchó a dormir a casa. Al día siguiente se levantó temprano para no enfadar a su madre. Tenía una vaga noción sobre lo que había sucedido horas antes. Entró al bar por la puerta del portal para no abrir aún los cierres. Encendió la luz con la esperanza de que lo que a duras penas recordaba de la noche anterior hubiera sido un sueño, pero allí estaba ella, tirada en el suelo con la mirada perdida y un gran

charco de sangre a su alrededor. El hedor a cadáver era insoportable.

El legionario bajó al sótano y cogió un saco grande de plástico. Metió dentro el cuerpo de la prostituta y lo arrastró como pudo hasta la bodega. Subió con una fregona y comenzó a limpiarlo todo. Una vez adecentado el local, colocó el bulto en un rincón del sótano. Cogió dos sacos de yeso que habían sobrado de una obra antigua y esparció el contenido sobre el cadáver. Lo cubrió con sacos de esparto vacíos y algunas cajas de cerveza. Allí quedaría oculto.

Subió al bar, abrió como si nada hubiera sucedido y continuó con su trabajo habitual. Dejó las puertas abiertas un buen rato para ventilar. Tuvo la suerte de que nadie pasó por allí durante toda la mañana.

Procuró pasar las siguientes semanas sin levantar sospechas, intentando controlar el demonio que llevaba dentro. Lo aguantó un par de meses hasta que una noche de octubre, embriagado por el alcohol, regresó a la calle de la Cruz. Esta vez se le cruzó en el camino una prostituta más mayor, de unos cuarenta años. El legionario volvió a actuar del mismo modo que con la anterior, incluso asesinó a la mujer con el mismo cuchillo que había utilizado con su compañera meses atrás. También arrastró el cadáver hasta el sótano. Habilitó el hueco de la escalera y escondió allí los dos cadáveres. Después lo tapió todo con un pequeño murete hecho con unos baldosines comprados en una tienda de materiales del barrio.

Y la vida continuó. Y pasó un mes, y otro, y llegó diciembre...

—¡No has decorado el bar con adornos navideños! ¡No te van a traer nada los Reyes Magos! —bromeó uno de los clientes habituales.

—¡Putá Navidad! ¡Hace mucho tiempo que los cabrones de los Reyes no me traen nada!

—¿Pero has escrito la carta?

Santiago lanzó al cliente una mirada amenazadora.

—¿Sabes que los putos Reyes jamás me trajeron lo que les pedí? ¿Que los mejores juguetes se los daban a mi hermano?

El cliente puso la moneda de su consumición sobre la mesa. Sabía por experiencia que no era bueno cabrear al legionario.

—¿Te he contado alguna vez que con siete años les pedí un tren eléctrico a los putos Reyes y me trajeron una muñeca? ¿Te lo he contado alguna vez?

Santiago cogió un vaso de la barra y lo estampó contra la pared. Los cristales volaron con fuerza hechos añicos por todo el local. El cliente saltó de la banqueta como un resorte y se alejó hacia la puerta a toda velocidad.

—Bueno, lo dicho... ¡Feliz Navidad!

Santiago se sirvió un nuevo cubalibre y se lo bebió casi de un trago. El demonio estaba llamando a su puerta. «Creo que hoy me voy a dar una vueltecita por la calle de la Cruz».

En la radio se escuchaban dedicatorias y villancicos. El legionario terminaría la tarde tomándose unos cuantos cubalibres más y dirigiéndose a la calle de las prostitutas. El frío era intenso en Madrid en esa noche invernal. Casi no había gente por la calle.

Se le ofrecieron dos prostitutas mayores que le piropearon a su paso, pero él ya había echado el ojo a una más joven que había visto en la esquina. Allí se dirigió.

—¡Hola guapa! ¡Vas a coger frío!

—¡No creo, yo llevo el fuego dentro! ¿Quieres compañía?

—Eso depende... ¿Cuánto?

—Hoy, por ser casi Navidad, precio especial: cinco mil pesetas y el taxi de vuelta.

Santiago la desnudó con la mirada. Lo que veía le gustaba. Era la más joven de toda la calle.

—¿Cómo te llamas?

—Araceli. ¿Te gusta?

—Me encanta. ¡Venga, vámonos!

Caminaron hasta el bar, donde parecía repetirse la misma operación que con las anteriores: primero el cubalibre, luego el

calentamiento y después...

—¿Dónde vas ahora? —le preguntó la prostituta— ¡Ven aquí a terminar lo que has empezado!

—Santiago entró en la barra y agarró el cuchillo jamonero. La prostituta lo miró horrorizada.

—¿Qué haces, puto loco?

Él lanzó una puñalada, pero Araceli esquivó la embestida agarrando el cuchillo con su mano. Sus gritos de dolor alertaron a los vecinos.

—¡Socorroooooo, socorroooooo!

Santiago intentó sujetar a su víctima para que callara, pero ella se revolvía gritando y esquivando las puñaladas del enfurecido legionario. Él la agarró de los pelos. La chica cogió una botella de cerveza vacía de la barra y le golpeó sin llegar a producirle ni una herida. A los pocos minutos, en medio de la batalla campal, apareció una pareja de la policía nacional.

—¿Qué pasa aquí? —Los agentes los separaron—. ¿Se puede saber qué está sucediendo?

Santiago se quejó a los policías.

—¡Esta golfa, que ha entrado en el bar para robarme!

—¡Mentira! ¡Eres un puto loco! ¡Has querido matarme!

Los dos agentes se llevaron detenidos a ambos. Santiago permaneció una semana en la celda de la comisaría, y tuvo tiempo de reflexionar. Aquel incidente hizo que se pensara bien las cosas; decidió dar un giro a su vida y desaparecer. Cerró el bar y abandonó la casa de su madre.

Los meses siguientes fueron duros. Trabajó de vigilante algunas semanas e incluso de delineante, su antiguo oficio. Al poco tiempo, un inquilino arrendó el viejo bar. Arrancó el cartel de El lobo feroz y comenzó las obras de reforma en el local.

Los obreros que trabajaban en las tareas de acondicionamiento se quedaron horrorizados cuando, tras una falsa pared de baldosines, encontraron los huesos de dos cadáveres momificados. La policía solicitó la ayuda de uno de los forenses más expertos del

momento, el profesor Reverte Coma. Durante algunas semanas el doctor analizó los dos cuerpos encontrados. Mientras tanto, la policía localizó la tienda de materiales de construcción donde habían sido adquiridos el yeso y los baldosines. Uno de los que había comprado material en los últimos meses fue identificado como Santiago, precisamente el dueño de aquel bar.

El profesor Reverte Coma pudo aclarar que los dos cuerpos encontrados eran de mujeres. Que tenían desnuda la parte inferior de su cuerpo y que habían sido asesinadas con un arma blanca, seguramente un cuchillo de grandes dimensiones. Trazó el perfil psicológico del asesino: alcohólico, con entrenamiento militar a tenor de las huellas encontradas en los cuerpos y, posiblemente, con un odio tremendo hacia las mujeres. Con toda seguridad habría sido un niño maltratado en la infancia por su madre. Todo parecía encajar.

La policía emitió una orden de busca y captura a nombre de Santiago San José Pardo, que sería detenido a los pocos días y terminaría confesando sus crímenes. Cumplió condena en la prisión de Herrera de la Mancha (Ciudad Real) y en el año 2004 fue puesto en libertad, después de ver reducidos sus años de reclusión por buena conducta.

En la actualidad, ya reinsertado, vive en el sur de España y nadie ha vuelto a saber nada del que fuera bautizado como «el asesino de El lobo feroz».

El edificio donde se encontraba el mesón El lobo feroz continúa igual. Para localizarlo nos tendríamos que acercarnos hasta la calle Lucientes, número 9, muy cerca de la Plaza de Oriente. Ahora mismo permanece cerrado y no queda ni rastro del bar. En la puerta de al lado han abierto un taller de costura, ajenos a cualquier recuerdo de lo que allí ocurrió años atrás.

# 9 LA CASA DE VALLECAS

MARZO DE 1990

Estefanía no prestaba atención a las explicaciones de la profesora. Su cuerpo estaba en el pupitre, frente a ella, pero su mente vagaba pensando en el tiempo de recreo. Estaba impaciente por correr junto a sus amigas hasta el gimnasio. Allí jugarían a la ouija. Aunque no demostraba temor ante sus compañeras, sentía un pequeño cosquilleo en la boca del estómago, era una sensación algo angustiosa. Había leído algunos libros de fantasmas y apariciones, de espíritus que desean comunicarse con los vivos, y todo aquello le infundía un gran respeto.

El timbre avisó de que el recreo comenzaba y los estudiantes no esperaron siquiera a que la profesora terminara la frase que había empezado. Como una marabunta se lanzaron a la puerta en busca de la ansiada libertad que ofrecían el patio o la cafetería. Estefanía esperó a sus cuatro amigas en el pasillo. Una de ellas llevaba una mochila.

—¿Has traído la tabla? —le preguntó en voz baja.

—¡Aquí está! —contestó, mostrándole la espalda.

—¡Venga, vámonos! ¡Tenemos poco tiempo!

Las cinco amigas corrieron hacia el gimnasio. Allí no habría nadie que las molestara. Todos sus compañeros estarían, sin duda, en la cafetería. Con diecisiete años, el bar era la mejor elección para los escasos treinta minutos de asueto.

Abrieron la puerta del gimnasio. Atravesaron a toda prisa el parque de la pista de baloncesto y se adentraron por un oscuro pasillo hasta que llegaron a una de las salas de baile donde pensaban esconderse.

—¿Qué ha sonado? —Todas se miraron nerviosas. Una de ella se asomó a la puerta de la sala.

—¡No seáis cagonas! ¡Aquí no hay nadie! ¡Relajaos!

Las cinco se sentaron en el suelo y sacaron la tabla ouija. Era de madera grabada con caracteres antiguos. Llevaba impresas en mayúsculas todas las letras del abecedario. También los números del 0 al 9. En las esquinas había un «SÍ» y un «NO» y, bajo los números, un «ADIÓS». La misma chica que sacó la tabla cogió de su mochila un vaso de cristal que puso boca abajo sobre la ouija.

—¿Estáis preparadas?

Estefanía tenía el miedo incrustado en el estómago, pero intentaba disimular para que sus amigas no se rieran de ella.

—¡Espera! —Una de ellas sacó una vela del bolso y un mechero.

—¡Vamos a poner un poco más de emoción!

Encendió la vela y apagó la luz de la sala.

—¡Uuuhhhh! —susurró otra para meter miedo.

—¡Venga, deja ya de hacer el tonto! —se quejó Estefanía—. Solo nos quedan veinte minutos ¡Hay que empezar!

Iluminadas tan solo por la luz de la vela, se pusieron en círculo alrededor de la tabla y se cogieron de las manos.

—Respiremos. Hay que invocar solamente a los espíritus buenos.

Las amigas cerraron los ojos y comenzaron a respirar pausadamente. A Estefanía le sudaban las manos. Estaba agobiada y a punto de levantarse y marcharse, pero decidió aguantar un poco más. Entreabrió un poco los ojos para observar a sus compañeras.

Todas tenían los ojos cerrados y respiraban profundamente. Parecía que era lo único que se tomaban en serio.

Realizadas varias respiraciones, se soltaron las manos y colocaron su dedo índice sobre el vaso inmóvil en el centro de la tabla. La dueña de la tabla habló en voz alta:

—¡Espíritu!, ¿estás ahí?

Estefanía respiraba con dificultad. Sin poder evitarlo, su dedo índice comenzó a temblar nervioso. Su compañera gritó con más fuerza:

—¡Espíritu!, ¿estás ahí?

El silencio era sepulcral. Estefanía podía escuchar el latido acompasado de su corazón a punto de escaparse del pecho.

—¡Espíritu!, ¿estás ahí?

Su amiga cada vez preguntaba con más energía, subiendo el tono de voz.

El vaso se movió a toda velocidad sobre el «SÍ» y volvió al centro de la tabla. A Estefanía se le escapó un pequeño grito. Las demás también parecían nerviosas. El tiempo para las bromas había terminado. De repente, se escuchó un ruido lejano en el gimnasio. Estefanía dio un brinco e intentó levantarse. Sus amigas la agarraron sin soltar el vaso.

—¡No se te ocurra soltar el vaso! ¡Ninguna pueda abandonar la sesión sin pedir permiso a los espíritus o lo pagaremos caro!

Estefanía aguantó atemorizada. Volvió a poner su dedo sobre el vaso. La amiga continuó haciendo preguntas:

—Espíritu, ¿eres una mujer?

Nada se movió.

—Espíritu, ¿eres una mujer?

De nuevo el vaso sujetado por las jóvenes se movió a gran velocidad hacia el «SÍ» y allí se quedó. Todas se miraron aterrorizadas. En ese momento, las luces de la sala se encendieron y la profesora gritó desde la puerta:

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?



Las amigas soltaron un grito y se levantaron de un salto. La profesora les había dado un susto de muerte. El tablero saltó por los aires y el vaso se rompió, liberando un humillo blanco del que Estefanía, que aún no se había puesto en pie, inhaló sin poder evitarlo.

—¿Qué estáis haciendo? —La profesora estaba realmente enfadada—. ¡Recoged todo! ¡Os espero en cinco minutos en la sala de profesores!

La maestra abandonó el gimnasio. Las chicas escucharon sus tacones golpeando el parqué de la cancha de baloncesto y luego un gran portazo al cerrar la puerta metálica.

—¡La que nos va a caer!

Sabían que habría represalias.

—Estefanía, ¿estás bien?

La joven permanecía aún en el suelo. Se encontraba algo mareada. Ni siquiera contestaba. Entre todas la pusieron en pie. Estefanía tosió varias veces. Era como si el humo que había respirado le hubiera quemado los pulmones. Tuvo que relajarse y respirar hondo varias veces.

—Tranquilas, ya estoy mejor.

Sus amigas seguían preocupadas:

—¿Qué te pasa?, te has quedado pálida...

—¡Ufff, no sé...! He aspirado sin querer un humo blanco que ha salido del vaso. ¡Puaj!, ¡casi me ahogo! Pero no pasa nada, ya me encuentro mejor.

Más de diez minutos estuvieron en el despacho con la profesora. Finalmente consiguieron que no informara a sus padres de lo sucedido, pero a cambio tendrían que hacer un trabajo sobre el papel de las ONG en el Tercer Mundo.

—¿Qué te pasa, Estefanía? —Su madre la había estado observando durante toda la cena. No le cuadraba que su hija apenas hubiera probado los macarrones, su plato favorito.

—Nada, mamá, estoy cansada, ha sido un día muy largo.

La joven tardó poco en acostarse aquella noche. Se abrazó con fuerza a su peluche favorito y dejó la luz de la mesilla encendida. No podía conciliar el sueño. En su cabeza solamente había hueco para las imágenes del vaso en movimiento, el humo penetrando en su nariz, la angustia de observar el vidrio desplazándose a toda velocidad a la luz de la vela. Finalmente se dejó vencer por el cansancio.

Los padres de Estefanía dormían en la habitación de al lado cuando un grito sobrehumano los despertó. El sonido provenía de la habitación de su hija. Los dos se levantaron asustados y corrieron para ver qué pasaba.

—¡Estefanía! ¿Estás bien? —La madre encendió la luz del cuarto. Su hija se convulsionaba violentamente en la cama. La agarró con fuerza. La joven no volvía en sí y comenzó a lanzar una especie de rugido. De su garganta salía una voz ronca...

—¡Míralos! ¡Míralos!

Fue terrible escuchar esas voces saliendo del cuerpo de su hija. El padre también sujetaba los espasmos de su cuerpo sin poder hacer nada más. Observó aterrorizado cómo una espuma blanca caía de la comisura del labio de su pequeña. Entre gritos y convulsiones pasó Estefanía los siguientes minutos. Por fin volvió en sí. Su cuerpo se relajó y de nuevo fue ella.

—¿Qué ha pasado, mamá?

Los padres lloraban junto a ella, intentando asimilar lo que habían visto.

—Has tenido una pesadilla.

—Sí, ha sido horrible. Veía cómo unas mujeres en camisón me miraban desde el borde de la cama. Sus caras me daban miedo... ¡Eran cadavéricas!

La madre le secaba el sudor de la frente.

—Ya ha pasado, tranquila. ¡Máximo, trae un vaso de agua a la niña!

El padre regresó con el vaso que apenas podía sujetar. Su mano temblaba sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Toma, bebe un poco, mi amor.

La madre se quedó junto a su hija toda la noche. El padre fue a tranquilizar a sus dos hijas pequeñas, que dormían en otro cuarto y se habían despertado con los gritos.

—¿Qué le pasa a Estefanía, papá?

—Nada, nada... Venga, vamos a dormir. Vuestra hermana ha tenido una pesadilla.

A partir de entonces, los violentos episodios siguieron sucediéndose y cada vez fueron más frecuentes y más violentos. Estefanía comenzó a sufrir también extraños ataques y desvanecimientos, algunos le sorprendieron en el metro, otros en el instituto... Madre e hija visitaron decenas de consultas médicas en las que a Estefanía se le practicaban pruebas y más pruebas sin encontrar el origen de aquel mal que tenía sumida a la familia en la desesperación.

Estefanía terminó confesando a su madre lo que había pasado aquella mañana en el instituto, todo lo que había ocurrido con la ouija. Le habló del humo blanco que había inhalado, de cómo había apartado el dedo del vaso de cristal, pero Concepción no entendía nada, jamás había oído hablar de aquel juego ni de sus consecuencias. Pensó que eran chiquilladas y, por supuesto, jamás imaginó que los males de su hija pudieran estar relacionados con aquel juego extraño.

Concepción sufría casi tanto como su hija, cuyas noches se habían convertido en un verdadero infierno de gritos, llantos y convulsiones. La joven llegaba a veces a adoptar posturas extrañas e inverosímiles; su cuerpo se arqueaba como el de un contorsionista, otras lanzaba una repugnante espuma blanca por la boca. Una noche, en medio del silencio, la madre escuchó cómo su hija volvía a gritar con aquella voz ronca. Eran palabras angustiosas.

—¡Me llevan! ¡Me llevan! ¡Me están arrastrando!

La madre despertó de un empujón a su marido y tan rápido como sus piernas se lo permitieron se dirigió al cuarto de su hija. Se oían

golpes, como si estuvieran moviendo la cama con furia entre varias personas.

Concepción y Máximo agarraron con fuerza el cuerpo de Estefanía, que se convulsionaba con un ímpetu desconocido hasta entonces. Expulsaba espuma blanca y no paraba de hablar con la inquietante voz ronca. Dos horas estuvieron intentando controlar aquellas sacudidas demoníacas. Los dos se pusieron a rezar, con la esperanza de que sus oraciones ayudaran en algo a su desdichada hija, pero nada parecía calmarla. De pronto, la niña se quedó arqueada, inmóvil, con los ojos abiertos perdidos en el infinito y con una cara de terror, reflejo de lo que debieron de ser sus últimos instantes en este mundo.

Máximo abrazó a su mujer entre sollozos. Ninguno de los dos entendía lo que había podido pasar en el transcurso de aquellos angustiosos días. Pusieron la mano en el pecho de su pequeña para ver si respiraba, para ver si su corazón seguía latiendo, pero su cuerpo estaba inerte. Su hija había fallecido.

Los análisis forenses que le practicaron no sacaron de dudas a la familia: «muerte por parada cardiorrespiratoria. Defunción sospechosa». Las investigaciones posteriores que se realizaron tampoco respondieron sus preguntas. Los padres quedaron sumidos en la más absoluta tristeza y aquella casa de Vallecas jamás volvió a ser la misma.

Concepción, Máximo y sus dos hijas pequeñas pasaron algunos días relativamente tranquilos, siempre con el recuerdo presente de Estefanía. Pero una noche todo volvió a cambiar. El matrimonio dormía en su cuarto cuando empezaron a escuchar unos gritos, gemidos roncós, angustiosos... Era como si una voz los llamara. Los dos se levantaron de un brinco. Corrieron una vez más al cuarto de Estefanía, pues de allí parecían salir aquellos sonidos inquietantes. Al abrir la puerta y encender la luz los ruidos cesaron instantáneamente. Los padres estaban aterrorizados. Tras cerrar la puerta del cuarto, pudieron escuchar dentro de la habitación lo que parecía ser un cajón que se cerraba violentamente. Volvieron a

entrar, pero todo estaba de nuevo en calma. Parecía como si alguien les estuviera haciendo una broma macabra. Las pequeñas comenzaron a llorar en su cuarto. Los padres corrieron hacia su habitación.

—¿Qué ocurre?

Las niñas se abrazaron a su madre entre lágrimas.

—¡Una sombra! Se arrastraba por el cuarto. ¡Tenemos miedo!

Máximo miró por todos los rincones, asegurándose de que no había nada ni nadie escondido. Toda la familia durmió junta aquella noche, sin entender qué podía estar sucediendo.

Aquellos terroríficos e inquietantes episodios siguieron repitiéndose durante las siguientes semanas: luces que se encendían y apagaban solas sin explicación aparente, puertas que se cerraban sin que hubiera corriente alguna, vasos que estallaban repentinamente, sombras que recorrían la casa, voces que les llamaban desde el cuarto de baño, lloros... Algunas noches, mientras Concepción dormía, tuvo la sensación de que alguien la zarandeaba, una mujer en camión que al encender la luz de la mesilla de noche desaparecía como si jamás hubiera existido. Los sonidos y los movimientos nocturnos tampoco cesaron. Máximo, aconsejado por el marido de su hija mayor, colocó en los pasillos varios detectores de movimiento. Tuvieron que desactivarlos porque cada noche se disparaban sin motivo aparente, algunas madrugadas hasta diez o doce veces.

Una noche, Concepción preparaba la cena a sus hijas mientras Máximo leía junto a ellas el periódico. En el salón, la televisión comenzó a funcionar sola. Los dos se miraron. Sabían que de nuevo tendrían una noche de terror. Máximo se fue al salón y apagó la tele. Mientras lo hacía, escuchó cómo se ponía en marcha la cisterna en el baño vacío. Abrió la puerta y comprobó que todo estaba en orden. Concepción acudió al salón para ver si su marido estaba bien. Se quedó mirando una mesita de mármol y su rostro cambió de color.

—¡Máximo! ¿Dónde está la foto de la niña?

Sobre la mesita se encontraba un marco vacío donde había estado colocada la foto de Estefanía. El marco y el cristal estaban intactos, pero ya no estaba el retrato de la niña. Asunción lo encontró tirado en el suelo. La foto estaba quemada. La puerta del pasillo se cerró sola. Máximo colocó un sillón para que no se volviera a abrir, pero una fuerza sobrenatural desplazó el tresillo, consiguiendo que la puerta se abriera varios centímetros.

El padre no pudo más con la tensión:

—¡Voy a llamar a la policía!

Máximo cogió el teléfono, sus dedos temblorosos apenas acertaron a marcar el 091.

—Comisaría de Vallecas, ¿dígame?

Máximo tragó saliva.

—Muy buenas noches, señor agente. Le llamo porque en nuestro domicilio de la calle Luis Marín están sucediendo cosas extrañas.

—¿Cosas extrañas? ¿Podría ser más concreto?

El agente estaba acostumbrado a recibir llamadas de lo más variopintas y no se alteró lo más mínimo.

—Las puertas se cierran solas. Las luces se encienden y se apagan sin que nadie esté en las habitaciones. Escuchamos sonidos extraños. Algunos vasos y platos se han roto solos. Por favor, necesitamos su ayuda, mi mujer y yo estamos desesperados.

El policía tomó incrédulo los datos del denunciante, aunque escuchar el llanto de Máximo y saber que en la casa había niños pequeños hizo que se tomara algo más en serio la denuncia. Parecían palabras sinceras de un padre de familia en apuros.

—Bien, se lo comunico al inspector y que él decida. Si ocurre algo más y no ha llegado la patrulla, vuelva a ponerse en contacto con nosotros. Buenas noches.

El policía explicó lo que acababa de oír a su superior. La noche estaba tranquila y el inspector José Pedro Negri decidió acercarse al domicilio para tranquilizar a la familia. Era una fría madrugada de noviembre. Dos coches pusieron rumbo a la casa de la familia

Gutiérrez Lázaro. El inspector se hizo acompañar de tres agentes. Al llegar al domicilio encontraron al matrimonio y a sus hijas aterrorizados. A pesar del frío, les estaban esperando en la calle, vestidos solamente con sus pijamas y sus batas. No se atrevían a subir al piso.

Al ver a los agentes se animaron a regresar al interior de la vivienda. Dos policías se quedaron cuidando de Concepción y de las niñas en la cocina, mientras Máximo acompañaba hasta la habitación de su difunta hija al inspector y a otro de sus hombres. Los dos agentes inspeccionaron el dormitorio de Estefanía sin encontrar nada que les llamara la atención. Los tres aguardaron sentados en la cama de la joven fallecida. Esperaron en silencio para ver si los fenómenos se repetían nuevamente. De pronto, un sonido como de una piedra arrastrándose por la terraza alertó a los dos policías y a Máximo. El inspector saltó y se dirigió a abrir la puerta de la terraza que había en el cuarto de Estefanía. Fuera no había nada ni nadie que pudiera haber producido aquel ruido. En ese mismo momento, un crucifijo que estaba pegado a la puerta se cayó al suelo con violencia. Un póster que había tras la pared quedó rasgado como por un zarpazo.

Al mismo tiempo, un fuerte golpe se produjo en el salón. Los agentes y Máximo corrieron hacia allí. Observaron atónitos cómo una de las puertas del armario del comedor se abría y cerraba con violencia. El inspector no podía comprender lo que estaba ocurriendo. Registró la puerta intentando buscar una explicación a aquel fenómeno, pero todo parecía normal, no encontró ninguna manipulación visible. Los dos agentes que estaban en la cocina también acudieron al salón al escuchar los portazos. La situación les estaba sobrepasando, tanto que decidieron pedir permiso a su superior y marcharse de aquella casa endemoniada. Esperarían en el portal la salida de sus compañeros.

El inspector siguió inspeccionando el resto de la casa. Se dirigió, lleno de curiosidad, a uno de los baños. Máximo le había explicado que desde la muerte de su pequeña no lo habían vuelto a utilizar. Al

parecer, se escuchaban todo tipo de voces, golpes y aullidos procedentes de su interior. El policía se quedó sorprendido al notar que la temperatura comenzaba a bajar a gran velocidad y sintió de pronto un frío intenso. De su boca comenzó a salir vaho, como si estuviera en plena calle en mitad del invierno. No quiso seguir allí más tiempo y se marchó a toda velocidad, asegurándose de dejar la puerta bien cerrada.

Eso fue todo. Los dos policías permanecieron un rato más tranquilizando a la familia, pero sin poder ofrecerles ninguna explicación coherente para los sucesos de los que esa noche habían sido testigos. Para ellos también fue una experiencia paranormal y así lo reflejó el inspector en el informe que rellenó al llegar a comisaría, convirtiéndose este incidente en el primer caso de fenómenos extraños documentado en un informe oficial.

Tiempo después la familia Gutiérrez Lázaro consiguió vender la vivienda y mudarse a una nueva casa. Ya no volvieron a escuchar ruidos extraños ni a vivir sucesos inexplicables. Tampoco la nueva familia que habita hoy en día el misterioso piso ha observado nada raro en su domicilio. Ya solamente nos quedan los testimonios de los padres y las hermanas de Estefanía, y un informe policial donde se describe una gran cantidad de fenómenos extraños vividos en el domicilio de una familia humilde, en lo que se ha bautizado como «El caso Vallecas».

El edificio donde vivía Estefanía con su familia aún sigue en pie, aunque hoy en día está habitado por otros inquilinos. Se encuentra en el barrio de Vallecas, en el número 8 de la calle Luis Marín. Los hechos descritos en este capítulo han sido relatados en diversas ocasiones por Concepción y Máximo, y todavía se conserva el informe policial.



# 10 LOS FANTASMAS DEL PALACIO DE LINARES

ABRIL DE 1990

Los obreros trabajaban sin descanso en la remodelación de aquel increíble palacete recién comprado al empresario Emiliano Revilla. El Ayuntamiento de Madrid quería convertirlo en la sede de la futura Casa de América y, tras arduas negociaciones, había conseguido recuperar el histórico edificio a cambio de varios terrenos muy cercanos a la M-30. La operación se tasaba en más de tres mil millones de pesetas, pero los dirigentes municipales estaban satisfechos porque aquel edificio, frente a la plaza de Cibeles, podía convertirse en un emblema cultural de la ciudad.

—¡A ver, tened un poco más de cuidado, por favor!

El técnico del Ayuntamiento que vigilaba las obras se quejaba a varios operarios que picaban una de las paredes en los sótanos del palacete. En esos momentos el sonido de un fuerte golpe que provenía de una sala cercana requirió su atención. Hacia allí se dirigió con urgencia.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

Dos obreros miraban asombrados una pared a la que, sin querer, habían hecho un gran agujero. Uno de ellos estaba blanco solo de pensar en la bronca que le iba a caer.

—¿Y esto? —El técnico miraba asombrado aquel desastre.

—Verá, señor. Iba a torcer con la carretilla cargada de ladrillos y se me ha ido la rueda. Sin querer le he dado un golpe al murete y se ha hecho este agujero.

—Pero, ¿cómo coño se ha podido caer por un solo golpe?

—Mírelo usted mismo. Es una especie de falso murete. No tiene apenas consistencia.

—A ver, apartaos un momento.

El técnico encendió su potente linterna e iluminó el destrozo. De pronto descubrió, al otro lado, una especie de cofre metálico oxidado.

—Necesito que me dejéis un momento, tengo que hacer una llamada. ¡Id a echar una mano al piso de arriba!

Los dos obreros se marcharon sin entender muy bien lo que estaba pasando. El técnico cerró la puerta y se acercó de nuevo al agujero. Cogió de entre las herramientas una maza y rompió un poco más el murete. No le hizo falta golpearlo con mucha fuerza, porque enseguida cedió. Metió su brazo en el interior y sacó el extraño cofre metálico.

—¡Joder! ¿Qué coño será esto?

Cogió una piqueta y le dio un golpe a la caja para abrirla. Se hizo un agujero del que salió un olor nauseabundo. «¡Puaj! ¡Qué asco! ¿Qué mierda es esto?». Alumbró el interior del cofre con la linterna y pudo ver una mezcla extraña de barro y huesos pequeños. «¡Dios! ¡Parece el cadáver de un bebé!».

Soltó el cofre y pensó durante unos segundos qué convenía hacer. No le llevó mucho tiempo decidir que era mejor dejarlo todo como lo había encontrado. Confesar a sus superiores que habían encontrado un cadáver emparedado paralizaría las obras y él tendría que dar muchas explicaciones. Además, no convenía que el resto de la cuadrilla se enterara del macabro hallazgo; bastantes

historias ya se rumoreaban de sonidos extraños y presencias paranormales que algunos obreros aseguraban haber visto y oído.

Salió de la sala y, a gritos, llamó a su capataz:

—¡Marciaaaa! ¡Marcial!

Apareció a los pocos segundos.

—¿Ocurre algo?

—Sí, necesito que me hagas un favor. Busca cemento y unos pocos ladrillos. Tengo que tapar un hueco en este murete.

—¿Quién, tú? —El capataz lanzó una sonrisa al ver al técnico vestido con su traje caqui impoluto—. No te preocupes, ahora mando a algún *paleta* para que lo tape.

—¡No! Prefiero hacerlo yo mismo. Y no hagas preguntas, ya te lo explicaré.

A los pocos minutos, el murete, con el cofre en su interior, estaba tapado por el técnico como si nada hubiera ocurrido. El capataz remató la tarea dando cemento a toda la pared con una llana para igualarlo.

Un obrero se presentó en la sala.

—¡Señor Gil! Hay una señora que pregunta en la entrada por usted!

—Muy bien, gracias, enseguida salgo. ¿Quién demonios será ahora?

Antes de salir echó un último vistazo: todo parecía solucionado y solamente él conocía que tras ese muro se escondía el cadáver de un bebé. Antonio Gil se dirigió a la puerta del palacio. Se quitó el casco blanco de plástico y con los dedos se ordenó el cabello. Una señora de unos cincuenta años le esperaba.

—¿Señor Gil?

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy Carmen Sánchez de Castro. —La señora le ofreció una mano que fue estrechada con suavidad por el técnico—. He venido a visitarle porque estaba muy interesada en realizar algunas investigaciones históricas en el edificio.

El técnico observó con desconfianza a la recién llegada.

—¿Investigaciones?

—Sí, estoy escribiendo un libro sobre la historia del palacio y me gustaría poder visitarlo y realizar algunas fotografías y demás...

—Pues me temo que yo no soy el más indicado para darle ese permiso. Tendrá que hacer una solicitud oficial en el Ayuntamiento y que sean ellos quienes la autoricen. Siento no poder serle de mucha ayuda.

—¡Ah, bueno, no se preocupe! Mañana mismo voy al Ayuntamiento y me entero de qué permisos tengo que solicitar. Muchas gracias.

Se volvieron a dar la mano y la mujer abandonó el palacete.

El resto del día transcurrió con normalidad. Una sirena anunció el fin de la jornada. Los obreros comenzaron a cambiarse, la cerveza fría les esperaba. Los dos vigilantes los iban despidiendo según salían.

—¡Vamos, gandules! ¡Hasta mañana!

—¡A ver qué tal se os da hoy! ¡Esperemos que no haya muchos ruidos! —les gritaron los últimos que abandonaban el edificio. Entre la cuadrilla se hablaba de sonidos extraños, de quejidos y lamentos. Algunos aseguraban que les cambiaban las herramientas de sitio, incluso llegaron a desplazarse sin explicación montones de ladrillos.

—Sí, esperemos que los fantasmas estén hoy tranquilitos...

Los vigilantes echaron la llave al portalón metálico. Tocaba enfrentarse a una nueva jornada.

—¿Sabes que ayer los perros no quisieron entrar?

—Sí, ya me lo comentaron. Ya te digo yo que en este palacio hay muy mal rollo. A ver si nos cambian pronto de destino porque esto es un asco. La otra noche escuché como un gemido que me dejó helado... ¡Y eso que no creo en fantasmas!

—Yo también he escuchado cosas extrañas. Y luego, acuérdate..., están los cabrones de los niñatos que vienen aquí a investigar sobre cosas paranormales e intentan colarse por cada ventana del puto palacio. El otro día tuvieron que echar a dos que

en medio de la noche se habían metido y se habían puesto a hacer una ouija. ¡Menudos hijos de puta!

—¡Vaya susto se debieron de llevar los compañeros! Si los pillo yo, los frío a hostias...

—Venga, vamos a comprobar todas las ventanas y las puertas.

Los dos vigilantes acabaron el turno. La noche había sido más o menos tranquila. Escucharon algunos pasos, vieron dos o tres sombras, pero no fue de las peores jornadas.

Los días transcurrían en relativa calma, las obras iban avanzando y ya quedaba menos para terminar la primera fase. El técnico del Ayuntamiento recibió una mañana una curiosa llamada.

—¿Dígame?.. Sí, soy Antonio... ¿Quién eres? —Al otro lado del teléfono le saludaba un funcionario de patrimonio.

—Hola, Antonio, soy Carbajal, de patrimonio.

—¡Ah!, dime.

—Te llamo porque luego se acercará por allí una tal Carmen Sánchez de Castro. Es una investigadora que está realizando un estudio sobre el palacio y ha sido autorizada para estar unos días con su equipo...

—¡Venga, hombre, no me jodas! ¡Solamente me faltaba un grupo de bichos raros tocando las narices todo el día!

—Lo siento, Antonio, son órdenes de arriba. Procura que se lleven una buena impresión y facilítales lo que te pidan.

—¡Joder...! Está bien, un abrazo.

—Adiós.

Casi no había colgado y ya le venían a avisar de que un grupito de personas estaba en la puerta preguntando por él.

—Hola, señor Gil.

—Buenos días.

—No sé si le han avisado de nuestra visita.

Allí estaba la mujer que semanas atrás se había presentado en la obra diciendo que quería investigar en el palacio. Venía con una carpeta bajo el brazo y acompañada de otros tres individuos de pinta extraña.

—Sí, me acaban de llamar. ¿En qué puedo ayudarles?

—No se preocupe. Vamos a intentar darle el menor trabajo posible. Si le parece, vamos a hacer hoy una visita rápida con estos compañeros historiadores y arquitectos, y lo que haremos es volver por las tardes, después de las seis, que es cuando se marchan los obreros, y así molestaremos menos y estaremos más tranquilos nosotros y ustedes.

—Como deseen. —El técnico estaba feliz de quitárselos de en medio—. Pues... ¡Están en su casa! ¿Necesitan que los acompañe?

—¡No, por favor! Ya nos organizamos nosotros, no le queremos quitar más tiempo. Muchas gracias.

El técnico volvió a su trabajo y el grupito de cuatro personas comenzó a echar un vistazo al palacete. Iban siguiendo unos planos antiguos. Lo recorrieron haciendo algunas anotaciones y regresaron a las seis y cuarto, cuando ya solamente estaban los vigilantes. Entonces fueron paseando en silencio por las estancias. Todavía se conservaban la mayoría de los enseres del antiguo palacio. De pronto escucharon el sonido difuminado de un órgano. Parecía que llegaba de una sala de la planta superior. Todos se miraron extrañados y decidieron subir a ver de dónde venía la tétrica música. El órgano se escuchaba cada vez más fuerte. Eran notas veloces, como si surgieran de las manos de un virtuoso.

Llegaron a una habitación y el sonido cesó de repente. La enorme puerta de la sala se cerró de golpe.

—¡Dios mío, qué susto! —Carmen estaba inquieta. Miró a sus compañeros, que también estaban alterados.

—Según el plano, esta es la habitación de José y Raimunda —dijo el historiador.

—¿Perdón? —Carmen le miró preocupada.

—Como bien sabéis, este palacete fue comprado por Mateo de Murga. Un potentado hombre de negocios, liberal, que durante muchos años había tenido empresas en Cuba, donde se labró una impresionante fortuna. Pues bien, este caballero tuvo un hijo, José, que se casó con Raimunda, la hija de una cigarrera. Una hermosa

joven que conquistó su corazón. En aquellos tiempos no estaba bien visto que una persona pudiente se mezclara con gente de clase social baja, pero José, conociendo el talante liberal de su padre, decidió no escuchar a aquellos que le decían que aquel idilio era una locura y se dejó guiar por sus sentimientos.

—Parece una bonita historia de amor.

De repente, un grito angustioso estremeció al grupo. Parecía venir del interior de la chimenea. Unos pasos se escucharon en el pasillo. La puerta se abrió. Todos gritaron. Las linternas de los vigilantes los alumbraron.

—¿Todo bien por aquí?

—¡Por favor..., qué susto nos han dado! —Se quejó Carmen.

—¡Lo siento! Hemos escuchado unos ruidos extraños y hemos querido comprobar que todo estaba en orden.

—¿Ruidos? Hemos escuchado un órgano, se nos ha cerrado la puerta de golpe y un grito angustioso ha salido de la chimenea.

—Sí, esta es la habitación más inquietante —se quejó el vigilante.

—¡Ah...!, ¿pero ustedes también han escuchado sonidos extraños? —preguntó Carmen.

—¿Sonidos extraños? —El guardia lanzó una carcajada—. Aquí hemos escuchado y visto de todo, señora. De hecho, hay muchos compañeros que se niegan a venir... ¡Incluso los perros, la otra noche, no quisieron entrar en el palacete!

El fuerte golpe de una ventana al cerrarse los puso en guardia.

—Hoy creo que va a ser una noche movidita. Nos vamos a dar una vuelta por aquí. Sí necesitan algo... ¡Griten!

El grupo no salía de su asombro.

—No entiendo nada... Se supone que este tipo de cosas suceden en lugares donde han ocurrido tragedias —comentó Carmen.

—¡Es que aún no me habéis dejado contar la historia completa! —dijo el historiador—. Veréis... El joven marqués seguía su relación con aquella muchacha. Un día, Mateo, el padre de José, regresó de

Cuba para pasar unos días con su hijo. Cuando conoció a la novia del joven pareció enloquecer. La obligó a marcharse de su casa y a su hijo lo envió a estudiar a Londres, donde permaneció unos cuantos años.

—Ya veo, la historia se empieza a complicar —añadió la investigadora.

—Sí. A pesar de la distancia, el joven marqués siguió sin poder quitarse de la cabeza a la hermosa joven. Años después el padre murió, José regresó de Londres y, obviamente, a los pocos meses organizó la boda con la mujer que tanto amaba. Finalmente se casó con la hija de la cigarrera y tuvo con ella una hija, a la que también llamaron Raimunda. Una tarde, rebuscando en los cajones del escritorio, José encontró una carta lacrada que su padre le había dejado. La abrió y comenzó a leerla.

Mi querido y amado hijo. Mi corazón está destrozado al verte partir tan lejos, pero con el tiempo comprenderás mi difícil decisión. No te pude explicar nada en su momento por vergüenza, pero espero que algún día comprendas el porqué de mis actos. Hace muchos años tuve como amante a una cigarrera; como ves, al igual que tú, caí en los brazos de una mujer sin importarme su clase social. Con ella tuve una hija muy hermosa, no le faltó de nada, pero tuve que mantenerla en secreto para no ir contra las estrictas leyes morales con que nos toca vivir. Esa hija que yo tuve era la joven de la que te habías enamorado. De ahí mi reacción y la necesidad de alejaros para poner fin a esa incestuosa relación entre hermanos que jamás habría podido permitir.

Espero que con el tiempo me perdones, hijo mío.

Te quiero.

El grupo entero miraba impresionado al historiador. Una voz desgarradora, como de ultratumba, se volvió a escuchar por la chimenea...

*¡Mi madre! ¿Dónde está mi madre?*



Todos se quedaron aterrorizados.

—¿Lo habéis oído?

—Creo que sí. ¿Nos marchamos?

—Yo, por lo menos, sí. No aguanto más esto —respondió la asustada investigadora.

Abandonaron a paso raudo el edificio. Los vigilantes lanzaron una sonrisa cuando los vieron salir apresurados. El grupo decidió ir a tomar un café a un bar cercano; todavía quedaba algo más por escuchar. Sentados en el café, algo más tranquilos, pidieron al historiador que les contara el final de aquella intriga.

—Pues bien... Imaginaos qué cara se le puso al joven marqués al terminar la carta de su padre. No solamente había mantenido una relación con su hermana, sino que fruto de todo aquello había nacido una hija. La leyenda cuenta —continuó— que el marqués se volvió medio loco. Que repudió a su mujer y que una noche, mientras la madre dormía, cogió a la pequeña Raimunda y la asfixió con una almohada en su cuna. La metió en un cofre y algunos aseguran que la ocultó en algún lugar del palacete. Desde esa noche dicen que el espíritu de la pequeña Raimunda vaga por la casa buscando a su madre y hay decenas de testigos que aseguran que se escuchan voces de la pequeña, que se ven sombras y siluetas por las salas del palacio.

Carmen Sánchez se quedó impresionada con aquella historia y con los sucesos extraños que habían vivido aquella noche. Decidió cambiar su investigación original, más encaminada a la historia y a la arquitectura del famoso palacete, por otra dirigida a intentar descubrir qué fenómenos extraños sucedían en aquel edificio. Qué experiencias sobrenaturales y parapsicológicas encerraban aquellas habitaciones palaciegas.

Los días siguientes Carmen siguió visitando el palacio, pero con otro tipo de investigadores. Se dedicó a realizar fotografías de todas las salas que después analizaba concienzudamente buscando alguna presencia extraña, alguna sombra. También hizo varias

psicofonías. Colocó durante algunas noches una grabadora dentro de la chimenea. Cuando comprobó las cintas se quedó horrorizada. Pudo distinguir una voz ronca que gritaba: «¡Yo tuve una hija, yo tuve una hija!». Escuchar aquellos quejidos producía escalofrío: «¡Mamá, mamá, yo no tengo mamá, mamá!»... Tuvo que hacer un gran esfuerzo para seguir escuchándolas. La última de las voces suplicaba entre aullidos: «¡Fuera, fuera. No, no, aquí no!».

La investigadora enseguida pensó que con todo lo vivido en el palacete sería posible, sin duda, escribir un libro. Si además lo acompañaba de las grabaciones realizadas, las ventas serían millonarias.

Una periodista de radio seguía desde hacía unos días el rastro de Carmen Sánchez de Castro. Un funcionario del Ayuntamiento había filtrado la noticia de que un grupo de expertos investigaba en el Palacio de Linares. La periodista se pasó por la zona y entrevistó a algunos obreros y vigilantes. Poco a poco fue atando cabos hasta que localizó a la investigadora.

Carmen debió de pensar que, si entregaba las cintas y eran escuchadas en un medio de difusión importante, su trabajo sería mucho más valorado y enseguida le caerían ofertas millonarias por el libro. ¡Un gran error!

Efectivamente, las cintas con aquellas voces susurrantes provenientes del «Más Allá» fueron escuchadas en la Cadena Ser y, a partir de ese momento, todo se disparó. Empezaron a acudir investigadores de lo paranormal de toda España, y muy pronto a las puertas del palacete se agolpó una multitud de periodistas y curiosos. Se realizaron programas de radio, de televisión, se escribieron centenares de páginas en los periódicos sobre el fantasma de Raimundita. El Ayuntamiento, desbordado, tuvo que dar cerrojazo semanas después al palacio y prohibir la entrada a todo el mundo.

Las investigaciones posteriores que se realizaron no descubrieron que dentro del edificio sucediera nada extraño. Con el tiempo se supo que las cintas que Carmen había presentado a los

medios eran un montaje de aquella investigadora, que pensó que un libro del Palacio de Linares podría ser un buen negocio, sin tener en cuenta que tiraría por los suelos su reputación.

Más aún, a los pocos días de que estallara la noticia fue detenida por presunta falsificación de cheques. Sobre la «doctora Sánchez», como se hacía llamar, pesaba desde hacía diez años una orden de busca y captura. Un comisario la reconoció en la televisión. Su detención fue lo más comentado por los medios aquellos días. Todo el mundo hablaba del fraude de los fantasmas del Palacio de Linares.

También se descubrió tiempo después que Carmen Sánchez de Castro no estaba colegiada en Psiquiatría ni en Psicología, por lo que no podía ejercer aquellas labores profesionales. Hay quien dice que todo aquello fue simplemente una venganza de la pequeña Raimunda.

El Palacio de Linares se alza majestuoso frente a la plaza de Cibeles y el antiguo Palacio de Telecomunicaciones, hoy sede del Ayuntamiento de Madrid. Su construcción se la debemos al marqués de Linares, que edificó este emblemático palacete sobre los terrenos de un antiguo almacén donde el Ayuntamiento hacía acopio de cereales, en previsión de algún momento de hambruna. Corría el año 1877.

Las obras fueron dirigidas por el arquitecto municipal Carlos Colubí, que siguió los diseños que le marcaba el francés Adolf Ombrecht, quien ya había construido otros palacetes como el de Portugalete, que le fue encargado por los duques de Bailén. Las obras terminaron a principios de 1900.

Pronto el palacio fue el foco de atención de todos los madrileños de principios del siglo XX. Ya por entonces se empezaban a contar historias del fantasma que habitaba en su capilla y que por las noches asustaba a todo aquel que se acercaba.

Al fallecer los marqueses de Linares sin descendientes directos, heredó la propiedad la condesa de Villapadierna, ahijada de los marqueses e hija de su administrador, curiosamente también llamada Raimunda. Aunque esta familia lo intentó vender en varias ocasiones, no lo consiguió, y el edificio, en el que ya no habitaba nadie, se fue deteriorando, sobre todo durante la Guerra Civil.

El palacio fue pasando de mano en mano. Lo compró primero la naviera Transmediterránea; más tarde, la Confederación Española de Cajas de Ahorro, a la que se lo compraría el empresario Emiliano Revilla, que llegaría a un acuerdo con el Ayuntamiento de Madrid, el cual se lo cambiaría por terrenos valorados en más de tres mil millones de pesetas, como queda dicho.

En 1976 el Palacio de Linares fue declarado Monumento Histórico Artístico y en 1992, coincidiendo con el aniversario del Quinto Centenario de la llegada al Nuevo Mundo, el conjunto se abriría como la Casa de América, una nueva sede destinada al intercambio cultural entre España y los países Iberoamericanos.

En la actualidad alberga numerosas exposiciones, conferencias, debates, conciertos y encuentros culturales que nos acercan a nuestros vecinos americanos, y aún hoy en día el palacio se puede visitar. En el recorrido no falta el relato de leyendas e historias que sobrevivirán por toda la eternidad.

# 11 EL MATAMENDIGOS

21 DE DICIEMBRE DE 1993

El tráfico era intenso aquella tarde en la carretera de Colmenar Viejo. En la radio del coche sonaban villancicos y Manuel iba pensando en el décimo que acababa de comprar. Al día siguiente se celebraba el sorteo de la lotería de Navidad e iba absorto pensando en cómo solucionaría su vida cuando en la radio anunciaran su número como el ganador del sorteo. Se veía dando botes de alegría agarrado a una botella de champán.

De pronto, sin tiempo apenas para reaccionar, un hombre se lanzó sobre su Seat 127. Manuel pisó a fondo el pedal del freno, pero el coche, con el asfalto mojado, se desplazó patinando unos metros antes de detenerse. A Manuel le iba a estallar el corazón. Tardó unos segundos en recuperarse. Salió de su coche para socorrer a aquel loco que había saltado sobre su vehículo.

Varios conductores pararon para auxiliarle. En el suelo se encontró tirado a un hombre de unos cuarenta años, vestido con ropas gastadas y con un fuerte olor a alcohol. Se quejaba solamente de su pierna. Era impresionante que, tras un golpe así, no se hubiera matado.

Justo en ese momento se detuvo junto a ellos un coche de la Guardia Civil que casualmente pasaba por la zona. Uno de los agentes comenzó a organizar el tráfico detenido, mientras el otro intentaba clarificar todo aquello.

—¿Qué ha ocurrido?

Manuel se acercó aún conmocionado a los agentes.

—¡Este hombre! ¡Se ha lanzado contra mi coche!

—¡Sí, es verdad agente! —dijo uno de los testigos.

—Yo iba conduciendo detrás de él y he visto cómo este loco ha salido del arcén y se ha tirado a la carretera.

Uno de los guardias ayudó al herido a entrar en el vehículo de la policía para su traslado urgente al hospital. El otro tomó nota de todos los testigos, de las matrículas y levantó atestado de lo ocurrido. Con toda celeridad, trasladaron a aquel hombre al hospital Ramón y Cajal, donde fue ingresado tan solo con fractura de una pierna.

—¿Ramón Carrero?

—Sí, soy yo. —El abogado llegaba a su domicilio justo cuando sonaba el teléfono.

—Don Ramón, perdone que le moleste. Le llamo del Colegio de Abogados de Madrid para comunicarle que mañana tiene que acudir a las nueve de la mañana a la enfermería de la cárcel de Carabanchel para un interrogatorio solicitado en turno de oficio.

—¡Vaya, mal día! Dígame... ¿Cómo se llama mi cliente?

—Francisco García Escalero. Al parecer, ayer fue atropellado. Se le trasladó al hospital, donde le atendieron de una fractura en la pierna. Nos cuentan que el hombre estaba fuera de sí y pidió a las enfermeras que le encerraran porque no quería cometer más crímenes. La policía lo ha trasladado a la enfermería de Carabanchel y mañana será el interrogatorio. Al parecer, acababa de fugarse de un psiquiátrico.

—Bueno, pues nada... No me quedará otra que estar allí. Gracias por la llamada.

—Muchas gracias a usted, y ¡suerte!

A las nueve menos cuarto, el abogado Ramón Carrero se acreditaba a la entrada de la prisión de Carabanchel. Cuando llegó a la enfermería le estaban esperando un psiquiatra, dos inspectores de paisano pertenecientes al grupo de homicidios de la policía y un funcionario que se encargaría de levantar acta de todo lo que allí sucediera.

Los cinco accedieron a una pequeña sala con una mesa de madera. En un lado, con la pierna escayolada y esposado, estaba sentado Francisco García Escalero. Vestía el pijama de la enfermería. Miraba hacia el suelo y no se atrevía a levantar su rostro. El abogado comenzó a mirar por su cliente.

—¿Sería posible quitarle las esposas?

Los policías se miraron y uno de ellos hizo un gesto de aceptación con la cabeza. El otro le quitó las esposas al detenido.

—Francisco, soy Ramón, su abogado. Estoy aquí para ayudarle. ¿Necesita usted algo? —El preso no levantó siquiera la cabeza.

—Solamente que me curen.

Uno de los policías sacó un informe y le entregó una copia al abogado. A continuación se encendió un cigarrillo. Ofreció tabaco al resto, pero nadie más quiso.

—Francisco García Escalero se escapó junto a su compañero Víctor Luis Criado, de treinta y cuatro años, del hospital psiquiátrico Alonso Vega de Madrid. Ayer apareció el cadáver de su compañero, calcinado junto al cementerio de la Almudena. Tenía el cráneo hundido.

Sin que nadie se hubiera dirigido a él, Francisco comenzó a gritar:

—¡Sí, he sido yo! ¡Yo le aplasté la cabeza con una piedra y luego lo quemé! ¡Soy un asesino, no merezco el perdón!

Todos los allí presentes tenían que prestar mucha atención para comprenderle. Francisco balbuceaba cabizbajo sin que apenas se

entendieran sus palabras. El abogado estaba impresionado.

—¿Cómo lo mató, Francisco? —El policía intentaba presionar al detenido.

—Estuve con Víctor todo el día en el cementerio. A mí me gusta la muerte. Disfruto viendo entierros y oliendo los cuerpos muertos. Las mujeres muertas son buenas, no te juzgan, a mí me atraen.

El psiquiatra, asombrado con lo que estaba escuchando, tomaba nota también de todo lo que el detenido confesaba.

—Francisco, no hace falta que reconozca nada si no está seguro —le sugirió el abogado.

—¡Sí que lo estoy! ¡Necesito ayuda! ¡No quiero matar más!

Aquella espontánea confesión llamó la atención de uno de los inspectores, que decidió seguir por esa línea.

—Francisco, es bueno que reconozca sus faltas para que le podamos ayudar —el inspector hacía de poli bueno—, pero para eso es necesario que nos hable de los otros delitos, los otros asesinatos que cometió.

El abogado lanzó al comisario una mirada de desaprobación. Pero antes de que pudiera actuar, Francisco confesaba un nuevo asesinato.

—He matado también a varios mendigos.

El inspector lanzó una sonrisa a su compañero mientras se encendía un nuevo cigarro.

—Los lancé por un pozo en la cuesta de los Sagrados Corazones. ¡Lo siento mucho, de verdad! Yo me sentaba con ellos y pedíamos limosna. Sacábamos unos buenos dineros para alcohol. Yo a veces los mezclaba con medicamentos que robaba.

—Si lo pasaba bien con ellos, ¿por qué los mataba?

El psiquiatra iba realizando sobre la marcha el informe de aquel asesino enajenado.

—A Ángel lo maté porque quería quitarme mi sitio en la entrada de la iglesia. Casi le arranqué la cabeza con un trozo de cristal. Se quedó mirándome con media cabeza colgando. Yo me asusté, pero las voces me ordenaron que siguiera hundiendo el cristal en su



cuerpo. La sangre estaba caliente y a mí me gustaba. Las voces me dijeron que le cortara las yemas de los dedos para que la policía no supiera quién era. Quemé su cuerpo con cartones y periódicos junto al pozo y luego lo lancé dentro. Me gustaba el sonido que se escuchaba cuando el cuerpo se golpeaba contra el suelo.

El abogado estaba aterrorizado. Solicitó parar aquellas confesiones macabras, pero el inspector obligó al detenido a continuar.

—¿Dice que escuchaba voces? —preguntó el psiquiatra.

—Sí, ellas a veces me mandan. Cuando he bebido y he tomado medicinas. Entonces se me aparecen y me ordenan cosas horribles.

—Francisco, nos habías dicho que había varios cuerpos en el pozo. —El inspector estaba determinado a no marcharse de allí hasta que aquel asesino confesara todos sus crímenes.

—También lancé allí a Julio. Aquel cerdo quería aprovecharse de otra mendiga. Primero lo maté a él y luego a ella. Las voces me avisaron de que aquel cabrón no era bueno. Lo cosí a puñaladas. Luego le arranqué la polla con el cuchillo y me la comí. Después lo quemé y lo arrojé al pozo.

El abogado pidió autorización para salir cinco minutos; no podía aguantar más aquel relato macabro. El asesino las confesaba como si no tuvieran importancia. Era nauseabundo. Los inspectores seguían tomando nota de la declaración.

—A ella la asesiné días más tarde. Recuerdo que fue un anochecer que el cielo estaba rojizo, parecía sangriento. Las voces me dijeron que alguien tenía que morir aquella noche y ella se lo merecía. No era buena. Esa tarde se había bebido sola un cartón de vino, sin decirme nada, sin compartirlo. La llevé hacia el pozo con la promesa de regalarle dos litros de vino. Para eso si que se vino la muy zorra. Al llegar la golpeé con un ladrillo en la cabeza. La debía de tener muy floja porque su cabeza se hundió a la primera. Cayó al suelo empapada en sangre. Me encantaba su olor. Las voces me dijeron que me estaba esperando. Allí mismo la violé. Me encantaba mirar su cara dormida.

—¿Recuerda a cuántas personas ha asesinado en total? —Era evidente que estaban ante uno de los psicópatas más importantes de la historia.

—No, no recuerdo todos. Me acuerdo, por ejemplo, de la primera. Era una prostituta que se llamaba Paula. La recogí en una furgoneta y la llevé a un descampado al final de la calle Alcalá. — Mientras relataba el crimen, Francisco ponía cara de felicidad, como si recordar todo aquello le resultara placentero.

»En la parte de atrás de la furgoneta la maté con mis propias manos. Me parecía increíble cómo se iba apagando su vida mientras apretaba con fuerza su cuello. Luego la decapité con un hacha que llevaba en la caja de herramientas. Recuerdo que me volví medio loco; no podía parar de darle hachazos. Fue cuando aparecieron las voces. Allí me ordenaron quemarla. Incendí la furgoneta y me marché con su cabeza en una bolsa. Pasé la noche en el cementerio de la Almudena. El único lugar donde me siento a gusto. Los muertos me respetan.

En ese momento el abogado volvió a entrar en la habitación, continuaba blanco. El psiquiatra seguía preguntado entusiasmado.

—¿Qué hizo con la cabeza de aquella pobre?

—La tuve dos o tres días conmigo. Me gustaba oler la bolsa en la que la guardaba, pero la gente se quejaba de la peste y tuve que tirarla a un pozo.

—¿Iba con frecuencia al cementerio?

—Sí. Nací junto al cementerio y ya de pequeño pasaba allí horas y horas. Me colaba en los velatorios. Me gustaba ver las caras de los muertos, y su olor. La muerte huele muy bien. Ya de mayor seguía pasándome de vez en cuando por el cementerio. Me enteraba de las mujeres que acaban de sepultar y las desenterraba para después violarlas o masturbarme con ellas.

Uno de los policías no pudo aguantar más, se abalanzó sobre el asesino y comenzó a golpearlo.

—¡Eres un puto cerdo!

Su compañero lo separó rápidamente y lo sacó de la sala. Francisco lloraba como un niño inocente, acurrucado en el suelo. El abogado protestó ante el inspector, pero en el fondo disculpaba al agente. Él mismo, si hubiera podido, lo habría golpeado con todas sus fuerzas. Aquel ser era repugnante.

El psiquiatra calmó a aquel monstruo. Le dieron un ansiolítico para que estuviera tranquilo. Los dos agentes volvieron a pasar. El que había golpeado al asesino se quedó un poco apartado. Pidió perdón al psiquiatra y al abogado.

—Vamos a seguir, Francisco. Te pido perdón en nombre de mi compañero —dijo el poli bueno.

—No importa, me lo merezco.

—¿Has desenterrado a muchas mujeres más?

Francisco no contestó. Solamente movió su cabeza afirmativamente. El psiquiatra intentó cambiar de tema para que el asesino no dejara de cooperar.

—¿Y esos tatuajes?

El psiquiatra se había fijado en los brazos de Francisco. El preso se levantó la manga del pijama y se los enseñó. El abogado se quedó perplejo cuando leyó las palabras tatuadas: «Naciste para sufrir».

—Me los hice en prisión.

—¿Por qué estuviste en la cárcel?

—Violé a una mujer delante de su novio, con unos amigos. El muy cabrón la estaba manoseando junto a la tapia del cementerio. Eso nos puso a todos muy cachondos. No pudimos resistirlo. Nos pillaron y me cayeron doce años. Allí me hice los tatuajes. —Se levantó la chaquetilla del pijama. Tenía todo el cuerpo tatuado.

—¿Recuerdas algún asesinato más?

Todos los que estaban en el interrogatorio habían perdido la cuenta de los muertos que ya había reconocido.

—Sí, maté a un par de mendigos. Comíamos juntos en el comedor de la beneficencia. Los asesiné a golpes y luego los quemé junto a la tapia del cementerio.

De pronto pareció como si Francisco se adormeciera.

—Cuéntenos cómo los mataste.

—Las voces me han dicho que no hable más.

—¿Las estás escuchando ahora? —preguntó intrigado el psiquiatra.

Francisco no volvió a decir palabra y se dio por concluido el interrogatorio. Unos agentes se llevaron de nuevo al detenido a una celda del hospital. El abogado se acercó al inspector.

—¿Me invita a un cigarro?

—¡Por supuesto! —El abogado se encendió el pitillo y aspiró con intensidad.

—¡Hace cinco años que no fumo, pero lo de hoy bien se merece uno!

Los presentes estaban aterrados con la confesión de aquel monstruo.

Francisco García Escalero sería juzgado en 1995. Un juicio que conmocionó a la opinión pública, que lo bautizó como «el matamendigos». Los informes forenses no ofrecían duda que Francisco no era responsable de sus actos violentos. Padecía enajenación mental provocada por el alcoholismo y la esquizofrenia.

Fue condenado a treinta años de prisión por sus quince asesinatos y recluido en un centro psiquiátrico, en el penitenciario de Foncalent de Alicante, donde todavía hoy sigue cumpliendo condena.

La casa familiar del matamendigos fue un destartalado chamizo cuyo emplazamiento lo ocupa hoy un edificio de ladrillo de la calle Marcelino Roa Vázquez. La vivienda estaría a la altura del número 36, donde hoy encontramos una zapatería. El barrio se encuentra a unos doscientos metros del cementerio de la Almudena, donde pasó su infancia y juventud.

# 12 EL CRIMEN DEL ROL

30 DE ABRIL DE 1994

Javier miraba fijamente a sus tres compañeros. Estaban sentados alrededor de la mesa de su cuarto. En el centro había un tablero de cartón diseñado por él sobre el que aparecían varias figuritas de plástico. Cada una representaba a un personaje. Javier agitaba el puño en el que guardaba dos dados con números. Sus tres amigos tenían abiertas sus agendas, en las que iban apuntando cada avance en el juego de rol que Javier había inventado y al que había bautizado como «Razas». Cada uno de ellos anotaba las características de sus víctimas ficticias, cómo y cuándo debían morir y el tiempo que les quedaba de vida. Cada asesinato dentro del juego les iba dando puntos, vidas y experiencia. Javier lanzó los dados.

—¡Ocho!

Avanzó su muñeco por los recuadros del juego. Sacó una tarjeta con la descripción de la próxima víctima:

—Calvo, bajito y rechoncho. ¡Creo que te va a ser fácil cargártelo! Ahora tira para ver bajo qué personaje lo tendrás que matar.

Javier tiró de nuevo los dados...

—¡Once!

Consultó su cuaderno.

—¡Seré Lucer!

—¿Con qué arma lo vas a matar?

—Sacó una nueva carta.

—Con un cuchillo de cocina.

Javier miró con cara de loco a sus compañeros.

—¿Y por qué no jugamos hasta el final? ¿Por qué no hacemos un juego real, con víctimas reales?

Sus amigos pensaban que se trataba de una broma.

—¡Tú estás loco! —le contestó Enrique, uno de los amigos. En ese instante consultó su reloj—. ¡Joder, qué horas! ¡Yo me las piro! ¿Se viene alguien?

Jacobo aprovechó para levantarse al mismo tiempo.

—Yo también me tengo que ir, ya es tarde.

En la mesa quedaron sentados Javier y Félix.

—¡No seáis cobardes! Hoy mis padres trabajan y tenemos la casa para nosotros.

—Lo siento, nos vemos mañana.

Los dos amigos se marcharon ignorantes de lo que sucedería aquella noche.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Javier a Félix, el más joven de los amigos. Tenía tan solo diecisiete años.

—¿De qué?

—¿De qué va a ser? ¡Joder! De la idea de llevar el juego hasta el final. De asesinar de verdad a alguien.

Félix tenía miedo de defraudar a su amigo Javier, de veinte años. Estaba acostumbrado a obedecer en todo a su colega mayor.

—No estaría mal.

—¿No estaría mal? —Javier lo miró con desprecio.

—Bueno, sí... ¡Sería la hostia! —Javier sonrió.

—¡Con dos cojones. Tienes más huevos que esos dos maricones que se han marchado! ¡Claro que sí!

Javier se levantó de la mesa.

—Voy a ver si puedo robar algo de beber.

Miró por la casa. Se acercó al mueble del salón donde guardaban las botellas. Eligió una que estaba algo escondida. Al joven le dio la impresión de que sus padres no notarían que habían bebido parte del contenido. Regresó a su dormitorio con una botella de pacharán. Todavía le quedaba más de la mitad.

—¡Venga, vamos a darle!

Por turnos, los dos amigos fueron bebiendo de la botella hasta que la dejaron con menos de un cuarto.

—¡Hasta aquí! Voy a devolverla a su sitio. Estoy seguro de que no lo van a notar. ¿Nos vamos? —Javier se levantó— ¡Sí, pero antes vamos a cambiarnos! Voy a ver qué ropa vieja tengo por ahí, no quiero que nos manchemos estas de sangre.

Eran las doce de la noche. Los amigos compraron en un chino un tetra brick de vino peleón y unos guantes de látex en una farmacia de guardia. No tenían dinero para más. Se sentaron en un banco del parque. A pesar de que hacía frío, se calentaron a base de alcohol.

—Mira lo que he traído. —Javier enseñó a Félix dos cuchillos. Uno era bastante grande, de cocina; el otro, algo más manejable.

—¿Cuál es para mí? —preguntó Félix.

—¡Para mi amigo el mejor, el más grande! A ver... ¿A quién quieres matar?

—Yo quiero acabar con una mujer. Me encantaría verla sufrir y escucharla suplicarme llena de lágrimas.

—¡Joder, tío! ¡Me vas a poner cachondo! —El alcohol había comenzado a hacer efecto—. Sea lo que sea, hay que hacerlo esta misma noche.

Una pareja pasó a lo lejos, seguramente de regreso a su casa. Los jóvenes los siguieron con la mirada desde el banco.

—¿Y si nos cargamos a esa?

—No, tiene que ser una víctima solitaria. Si no, nos costará más.

Una hora más tarde divisaron a una joven morena en una esquina cercana.

—¡Vamos a por ella!

Se levantaron del banco y se dirigieron hacia la muchacha, pero segundos antes un coche se paró junto a ella. La chica entró en el vehículo y se marchó, sin saber que escapaba a una muerte segura. Transcurrieron varias horas sin que apenas pasara nadie. Eran ya las cuatro de la madrugada y Javier comenzaba a impacientarse.

—¡Joder, tío..., aquí no pasa ni Dios! ¡Vamos a buscar a nuestra víctima! ¡A tomar por el culo! ¡El primero al que nos encontremos nos lo cargamos!

Abandonaron el parque y comenzaron a andar por el barrio desierto. A lo lejos vieron a un hombre esperando en la parada del autobús. Un varón de unos cincuenta años que regresaba a su casa después de acabar su jornada en una empresa de limpieza.

—¡Mira, joder! ¡Estamos de suerte! ¿Cómo era el tipo que me había tocado matar a mí con la carta que saqué?

—Calvo, bajito y rechoncho. ¡Joder, parece que te lo han puesto ahí aposta!

Los dos amigos se pusieron los guantes de látex y se aproximaron al hombre, que fumaba en la parada esperando el autobús. Félix se le acercó.

—¿Tiene fuego?

Aquel empleado de limpieza, Carlos Moreno, les miró desconfiado, pero intentó evitar problemas. Acababa de cobrar aquella noche y llevaba el salario del mes en uno de sus bolsillos. Javier le rodeó para situarse a su espalda, mientras su amigo se quedaba frente a él. El hombre echó mano a su bolsillo, pero en ese momento los dos se abalanzaron presionándolo con los cuchillos.

—¡Venga, cerdo, danos la pasta!

—Coged lo que queráis, pero, por favor, no me hagáis daño...

Demasiado tarde. Javier le agarró por la espalda y le rajó el cuello. La sangre comenzó a manar. Félix hundió su cuchillo varias veces en la barriga de su víctima. El hombre empezó a insultarlos.



—¡Hijos de puta, no me matéis!

Se intentó zafar de ellos a pesar de las heridas. Los amigos le empujaron contra un terraplén. El hombre cayó rodando algunos metros. Ambos le siguieron, deseosos de más sangre, aunque Félix perdió el equilibrio y también cayó por la pendiente golpeándose la cabeza. Estuvo varios segundos noqueado. Se incorporó y volvió junto a su compañero para terminar lo que habían empezado. Siguieron apuñalándole, pero no terminaba de morir.

—¡Este hijo de puta no se muere! ¡Qué asco de tío!

La víctima se revolvía. En una ocasión agarró de los pelos a uno de ellos, incluso llegó a morder el dedo del mayor. El pobre hombre intentaba gritar, pero sus palabras apenas se escuchaban, tan solo emitía una especie de gorgojeo. De su estómago empezó a asomar una bolsa blanquecina. Javier metió sus dedos en la raja que su víctima tenía en el cuello y arrancó sus cuerdas vocales.

—¡Cállate ya, hostias! ¡No puedo escucharte más! ¡Córtale el cuello a este cabrón!

Félix lo intentó, pero el hueso estaba demasiado duro. Siguieron apuñalándolo hasta que la vida de Carlos se consumió. Los dos amigos miraron el cuerpo inerte de aquel hombre bajo la luz de la luna, con una gran sonrisa. Durante unos segundos admiraron su obra.

—¡Es la hostia lo que tarda en morir un idiota!

Los jóvenes se estrecharon en un abrazo. Los dos se habían puestos perdidos de sangre.

—Venga, vámonos antes de que nos descubran. Tenemos que cambiarnos rápidamente para que no nos vean. Qué pena no haber traído una cámara de fotos, ¡joder! ¡Este momento tendríamos que haberlo inmortalizado!

Llegaron a casa de Javier antes de que sus padres hubieran regresado de sus trabajos. Se cambiaron las ropas ensangrentadas, que escondieron dentro de una bolsa, y se acostaron como si no hubiera pasado nada.

A la mañana siguiente comían en casa con los padres de Javier cuando el telediario daba la noticia:

Esta mañana, un conductor de la EMT ha descubierto el cadáver de un hombre brutalmente asesinado a puñaladas. Se trata de Carlos Moreno, de cincuenta y dos años, un empleado de limpiezas que regresaba de trabajar...

Los dos amigos se miraron con cara de satisfacción. Javier estaba convencido de que aquel sería el crimen perfecto. Nadie jamás podría relacionarlos con la víctima. Quería que este fuera el inicio de una gran carrera de asesinatos. Para ellos era un juego. El informativo continuaba:

La policía continúa investigando las razones del crimen, aunque en principio se descarta el robo, ya que la víctima llevaba en uno de sus bolsillos sesenta mil pesetas que acababa de cobrar esa misma noche. En el lugar los forenses han encontrado un trozo de guante de látex y un reloj. La policía no descarta dar con el autor o autores en breves horas.

—Félix, ¿nos bajamos a la calle?

Los dos amigos se levantaron de la mesa.

—Mamá, ¿me das doscientas pesetas? Tengo que comprar unos cuadernos.

Bajaron con el dinero. Javier estaba obsesionado con comprar el periódico.

—¡Sesenta mil pesetas llevaba el muy hijo de puta! Tendríamos que haberle registrado... ¡Joder!

—Sabes que el reloj que han encontrado es el mío, ¿verdad?; se me debió de caer mientras forcejeaba con ese cerdo —reconoció Félix.

—No te preocupes, jamás nos encontrarán. No tienen nuestras huellas y era un reloj muy normal. No nos localizarán, tranquilo.

Se dirigieron orgullosos al quiosco, pero la prensa del día aún no recogía su crimen. Tendrían que esperar aún a la mañana siguiente. Javier apareció en el instituto con el periódico y se lo enseñó a sus tres compañeros de rol.

—¿Habéis visto?

Javier les mostró la noticia del asesinato.

—¿Y?

—¿Cómo que y? ¿Quién te crees que se ha cargado a este hijo de puta?

Los amigos los miraban incrédulos.

—Míralo bien: calvo, bajito y rechoncho. Mi personaje os lleva ventaja. ¡Soy el puto amo! Mañana quedamos en casa. El juego debe continuar. ¡Necesitamos más sangre!

El timbre del patio devolvió a cada uno a su clase. Al día siguiente volvían a estar reunidos alrededor de la mesa en el cuarto de Javier.

—¡Venga, tira los dados para escoger personaje!

Enrique lanzó los dados.

—Elijo ser Parker, el profesor asesino. —El resto lanzó una carcajada.

—No está mal, ¿con qué arma vas a matar?

Enrique miró las cartas que tenía y lanzó una que tenía dibujado un bate de béisbol.

—Creo que con esto.

—¡Bien! Tira los dados para elegir tu víctima; Ya no hay marcha atrás.

Enrique lanzó de nuevo los dados. Salió un siete.

—A ver... Una chica, morena, delgada y joven. No está mal. En una semana quedamos para organizarlo todo. —Javier se levantó de la mesa y acercó su cara a la de su amigo—, pero esta vez tendrás que cargártela como hemos hecho nosotros, ¿me oyes?

Enrique puso una excusa para marcharse. Aquella historia ya empezaba a preocuparle ¿Y si sus amigos no mentían y habían

asesinado de verdad a aquel hombre? Pasaron algunos días hasta que Enrique recibió una llamada de Javier.

—¿Enrique?

—Sí, soy yo. ¿Qué pasa, Javier?

—Mañana será el gran día. Busca una excusa, no sé..., dile a tus padres que te vienes a mi casa a dormir. Vístete con ropa vieja y trae en una bolsa ropa limpia y el bate de béisbol. Vas a tener que demostrar la valentía de tu personaje.

A Enrique le cambió la cara. No podía creer que realmente sus amigos se hubieran cargado a aquel tipo. ¡Estaban locos! Un sudor frío le recorrió todo el cuerpo y comenzó a sufrir un ataque de ansiedad. No pudo con la presión y terminó confesando a sus padres su sospecha. A los pocos minutos estaban telefoneando a la policía.

Javier y Félix bebían un litro de cerveza en el banco del parque cuando vieron aparecer dos coches patrulla. Apenas les dio tiempo a reaccionar.

—¿Sois Javier Rosado y Félix Martínez?

En pocos segundos eran esposados y llevados a comisaría. Dos agentes subieron al domicilio de Javier para hacer un registro. Allí encontrarían los cuchillos, las ropas ensangrentadas, el famoso tablero y las cartas del juego de rol, así como un diario en el que Javier había ido anotando cada detalle. Había incluso un relato en el que había apuntado pormenorizadamente cómo transcurrieron las horas y los minutos durante aquella noche macabra en la que disfrutaron de aquel sangriento homenaje.

Todas las pruebas les inculparon. Finalmente, en febrero de 1997, a Javier Rosado, de veintiún años, le cayeron cuarenta y dos años y dos meses de prisión, por delitos de asesinato, robo y conspiración para el asesinato. A Félix Martínez, de diecisiete años, le condenaron a doce años y nueve meses de reclusión menor por los mismos delitos, aunque su corta edad propició que el juez le considerara un gregario de su amigo sin poder de decisión. Los medios de comunicación los bautizaron como «los asesinos del rol».

La parada de autobús donde Javier y Félix asesinaron a Carlos Moreno se encuentra en el barrio de Manoteras. Fue en la marquesina de las líneas 7 y 129 de la calle de Bacares, una zona rodeada de parques. A pocos metros encontramos ahora la estación de metro de Manoteras, inaugurada años después, en 2007.

Los dos amigos ya se encuentran en libertad. El primero en conseguirla fue Félix Martínez, en 1999. Al parecer, se marchó a vivir a Berlín (Alemania) para alejarse de los medios de comunicación.

Javier Rosado tardó unos cuantos años más en salir. En la prisión de Soto del Real trabajó como auxiliar de biblioteca y terminaría acabando tres carreras: Químicas, Matemáticas e Ingeniería Técnica Informática. La Audiencia Provincial de Madrid le concedió el tercer grado penitenciario en enero de 2008 para, finalmente, quedar en libertad en 2010 con tan solo trece años de condena cumplida. A la salida de la cárcel le esperaba Félix. Algunas informaciones apuntan a que los dos amigos viven juntos en la actualidad.

# 13 LOS FANTASMAS DEL REINA SOFÍA

MARZO DE 1998

—¿Qué ha sido eso?

Los dos guardias jurados que hacían la vigilancia nocturna en el museo Reina Sofía corrieron preocupados hacia los ascensores. Las luces de sus linternas iluminaban los oscuros pasillos que cada noche recorrían decenas de veces.

—¡Joder, otra noche movidita! ¿Desconectaste los ascensores?

—Sí, como cada noche.

Llegaron al final del pasillo donde se encontraban los ascensores. Uno de ellos acababa de pararse.

—No entiendo nada. ¿Seguro que los desconectaste?

—¡Qué sí, hombre! ¡Ni que fuera la primera vez que nos pasa!

—Venga, vamos al cuarto de contadores a revisarlos.

Los dos vigilantes bajaron al cuarto donde se encontraba el cuadro de mandos de toda la instalación eléctrica del edificio. Cada noche desconectaban los ascensores para evitar problemas. Estaban hartos de escucharlos funcionar en medio de la noche sin

motivo aparente, lo que les obligaba a realizar interminables rondas. Por eso la dirección del museo les permitía desconectarlos cada noche para evitar problemas.

—¿Lo ves? Desconectados.

—¡Joder, no entiendo nada! Venga, vamos a dar una vuelta por si hay alguien por ahí.

Los dos vigilantes estuvieron toda la noche recorriendo el edificio sin encontrar explicación a lo que allí ocurría. Obviamente no eran ajenos a los rumores de los famosos fantasmas del edificio, pero no querían creerse esas historias peregrinas que sus compañeros contaban acerca de espíritus, monjas y muertos.

La guardia terminó. Los dos vigilantes pasaron por la mesa de Raquel, la conserje de una de las alas del edificio.

—Hasta mañana, Raquel.

—Hasta mañana, ¿cómo ha ido la noche?

Los vigilantes ni siquiera se pararon a hablar, deseaban llegar a sus casas tras la intensa noche. Mientras alcanzaban la puerta, uno de ellos respondió:

—Bueno, ya sabes... Hemos tenido movimiento de ascensores. ¡Otra noche movidita! Nos vamos, que estamos agotados. Adiós.

Raquel se persignó. No sabía explicar con exactitud qué era lo que le sucedía desde hacía unas semanas; lo único que podía asegurar era que no se encontraba bien. Su estado de ánimo había cambiado últimamente. Tenía miedo de todo. Intentaba no ir al cuarto de baño sola y procuraba pasar el mayor tiempo posible acompañada. Además, había algunas salas del museo que le daban malas vibraciones e intentaba evitar. Que sus compañeros le comentaran lo del movimiento nocturno de ascensores tampoco la ayudó esa mañana.

Continuó haciendo crucigramas e intentando que su mente estuviera distraída. De pronto, notó una pequeña corriente de aire en su cuello, como si alguien estuviera soplando a su espalda. Se giró rápidamente, pero allí no había nadie. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Escuchó un susurro.

—¿Hola?

Nadie contestó. Intentó continuar como si nada hubiera pasado, pero de nuevo notó como si alguien le soplara en la nuca. Raquel se levantó sobresaltada y recorrió los pasillos cercanos, pero no había nadie en el museo. Marcó el teléfono de una de sus compañeras.

—¿Raquel? —escuchó.

La conserje se quedó extrañada de que su compañera hubiera adivinado quién era.

—¿Cómo sabes que soy yo?

Se escucharon unas cuantas risas al otro lado del teléfono.

—Estoy viendo tu número de extensión en el teléfono. Aún no tengo poderes adivinatorios.

—Sí, tienes razón, perdona, ¡qué tonta soy! Oye... ¿Te has encontrado con los vigilantes esta mañana?

—Sí, los he visto hace un rato. Ya me han contado que han tenido una noche movidita.

—¿Y tú? ¿Has notado algo?

—¿Yo? Ya sabes que intento desconectar de esas cosas. Pero algo raro hay...

—¡Yo estoy aterrorizada! ¡He sentido como si me soplaran en el cuello...! ¡También escucho susurros, tengo el cuerpo agarrotado! Hace un rato he notado como si algo extraño se apoderara de mi cuerpo... ¡Y te juro que no estoy loca!

—¡Dios mío, Raquel! ¿Por qué no hablas con la jefa y te tomas un par de días libres? Eso te ayudará.

—Sí, tienes razón. Creo que los necesito. Este sitio me tiene angustiada. Gracias, María... ¡Te veo luego en el desayuno!

—Vale..., pero si notas algo raro, ¡llámame!, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, luego te veo.

Raquel hizo caso a su compañera y solicitó a su jefa unos días libres. La primera mañana de vacaciones la aprovechó para acercarse hasta la Cuesta de Moyano. Tenía interés por conocer algo más sobre aquel siniestro edificio en el que trabajaba, y seguro que en aquella calle repleta de libros antiguos localizaría alguno que



le sirviera. Rebuscó hasta que encontró un par de títulos. Uno de historias de Madrid, y el otro, de leyendas madrileñas.

Aunque la mañana era fría, decidió dar un paseo junto al Jardín Botánico. Antes de llegar al Museo del Prado, haciendo esquina, localizó una cuca cafetería y decidió sentarse a tomar un café. No podía esperar a llegar a casa para consultar aquellos libros, así que comenzó a leer allí mismo. A medida que leía las primeras páginas del libro de historia se iba quedando perpleja. «¿O sea, que el museo era antes un albergue de mendigos?», pensó para sus adentros. Raquel estaba intrigada y continuó devorando las siguientes líneas.

El terreno donde se ubica el museo Reina Sofía en la actualidad era lo que en tiempos se llamó el Olivar de Atocha. Allí Felipe II ordenó poner la primera piedra de lo que sería un albergue de mendigos. Hasta aquel edificio llegaban todos los desahuciados de la Villa y Corte. Según se contaba en aquellas páginas, en el patio del albergue se enterraban los cuerpos de los que allí fallecían y no tenían medios para costearse un entierro digno. Raquel no salía de su asombro. «¡Joder..., el museo está sobre un puñetero cementerio de mendigos!». Siguió devorando el libro.

Más tarde, el edificio se remodeló y se construyó lo que se llamó el Hospital de San Carlos, un encargo de Carlos III a los arquitectos José de Hermosilla y Francisco Sabatini, aunque este último sería el que realizaría la mayoría del trabajo. Se proyectó una impresionante obra que a la muerte del soberano se pararía por la falta de recursos. Solamente queda terminado un edificio destinado a albergar más de mil quinientas camas. También en los terrenos aledaños eran enterrados algunos de los enfermos fallecidos en el hospital, e incluso se hablaba de que, de igual forma, iban a parar allí los restos de los cadáveres descuartizados que los estudiantes de medicina utilizaban para sus estudios.

Raquel tuvo que parar un rato; todo lo que estaba leyendo no hacía más que incrementar su inquietud. Tampoco le ayudó conocer que durante la Guerra Civil el edificio se convirtió en Hospital de

Sangre. Allí se sepultaron muchos cadáveres de los caídos en el frente. También leyó que en sus muros se había ejecutado a un gran número de enemigos y clérigos a los que también se dio acomodo bajo las tierras colindantes.

—¿Necesita algo más? —El camarero dio un susto de muerte a Raquel, que casi tiró su vaso de agua.

—Estooo, sí, sí... Tráigame una tila, por favor.

Raquel continuó absorta en la lectura. Fue así como se enteró de que el hospital perdió su uso definitivo en 1965 y se convirtió en el terreno con mayor concentración de gatos de Madrid. No se sabía a ciencia cierta lo que los atraía, aunque la leyenda hablaba de que podría tratarse de los restos humanos allí enterrados. El edificio se declaró Monumento Histórico-Artístico en 1977 y tiempo después comenzaron las obras de restauración para albergar el nuevo museo de arte contemporáneo.

Raquel no salía de su asombro. Cambió de libro y cogió el de leyendas. También venía la historia del antiguo Hospital de San Carlos. Se hacía referencia a los extraños sucesos que, según el autor, se habían vivido en aquel edificio. Se hablaba de los restos humanos encontrados, de los aullidos que decían provenir de aquella zona en los tiempos de abandono del edificio, de los cadáveres incorruptos de tres monjas que se encontraron al realizar las obras de reforma del museo, de las apariciones, de las torturas a religiosos durante la Guerra Civil.

Raquel terminó la taza de tila que había pedido y se marchó a su casa. No podía parar de pensar en los acontecimientos que habían sucedido en el lugar en el que trabajaba. Al llegar a su casa se sentó frente al ordenador y comenzó a buscar más información en la red.

En Internet pudo comprobar que otros trabajadores ya habían sentido «presencias» extrañas. Descubrió que, tiempo atrás, el denominado grupo Hepta, integrado por parapsicólogos, había emprendido dos investigaciones. Tecleó rápidamente el nombre en el buscador y enseguida encontró su página web. Estuvo leyendo

acerca de estos trabajos en el museo Reina Sofía. Cuanto más leía más le costaba creer la información que tenía delante. Pulsó la pestaña de «Contacto» y observó el número de teléfono. Tras pensárselo durante varios minutos se armó de valor y marcó con su móvil. La voz de una mujer contestó al otro lado

—¿Dígame?

—Hola, buenos días... Disculpe que la moleste, verá... Yo quería localizar a alguna persona del grupo Hepta.

—Pues yo misma. Me llamo Sol ¿En qué puedo ayudarte?

—Hola, yo soy Raquel... Necesitaría tomar un café con usted. Soy trabajadora del museo Reina Sofía y... En fin..., estoy un poco alterada. Últimamente estoy notando cosas muy extrañas y he leído que ustedes habían realizado allí investigaciones.

Sol no se lo pensó dos veces y quedó con la joven en una cafetería. Raquel la reconoció enseguida, pues había visto varias fotos de ella.

—¿Es usted Sol?

—¿Y tú eres Raquel?

Se sentaron en una mesa junto a la ventana. Las gotas de lluvia golpeaban contra el cristal. Raquel narró a Sol todo lo que había vivido en el museo durante aquellos días y le pidió que le explicara lo que ellos habían investigado en el edificio del Reina Sofía.

—Verás, Raquel... A lo mejor lo que te voy a contar no te va a ayudar mucho con tu problema, pero creo que es importante que conozcas toda la verdad. Nosotros hicimos dos investigaciones. La primera fue en el año 1992. Al parecer, al igual que tú, varias personas habían observado fenómenos extraños en el edificio. Los ascensores se ponían a funcionar solos...

Raquel la interrumpió:

—¡Igual que está pasando ahora! Hace unos días dos compañeros me aseguraron que los ascensores funcionaron varias veces por la noche... ¡Y estaban desconectados!

—¡Vaya, veo que los fantasmas vuelven a estar ocupados! Bueno, como te iba diciendo, allí nos presentamos una noche varios

del equipo. Recuerdo que venía Paloma Navarrete, la sensitiva del grupo, y estaba también nuestro jefe, el padre Pilón, y el físico que habitualmente nos acompaña. Lo primero que hicimos fue comprobar la instalación eléctrica de los ascensores para ver si estaba todo en orden o alguien la había manipulado. No encontramos nada extraño. Lo único que Paloma pudo sentir fue la presencia de algunos espectros. Nos dijo que tenían el aspecto de varias monjas. También percibió como si alguna de ellas estuviera moviendo un rosario. Aquello te aseguro que también lo escuché yo.

A Raquel no le estaba gustando nada conocer todo aquello. Cada vez estaba más angustiada.

—Después regresamos en el año 1995. Acudimos porque nos llamaron de parte del director del museo, en aquel entonces José Guirao. De nuevo había trabajadores que se quejaban de fenómenos extraños. De hecho, algunos se habían cogido la baja al no aguantar aquella tensión. Recuerdo que regresamos una noche, de nuevo el mismo equipo de 1992. Volvimos a situar sensores por todos los rincones para medir campos eléctricos, tomamos fotografías y distribuimos varias grabadoras para realizar psicofonías. Todo aparentaba normalidad hasta que, paseando por los sótanos del museo, Paloma nos detuvo aterrorizada. Su respiración era más enérgica y sus ojos se encontraban perdidos en el infinito. De repente nos gritó: «¡Aquí hay muertos!». Todos nos quedamos paralizados. «¡Detrás de esa pared hay dos cadáveres. Los estoy viendo. Están asomados mirándonos. Están muy enfadados!». Los vigilantes que nos acompañaban no salían de su asombro. «¿Cómo lo ha sabido?», le preguntó uno de ellos. «Los estoy viendo», gritó Paloma.

Raquel seguía absorta la historia que Sol le contaba.

—Uno de los guardias nos reconoció que tras esa pared de pladur había tres féretros. Los habían encontrado durante las reformas del edificio y, como no sabían qué hacer con ellos, decidieron ocultarlos tras un muro.

»Les rogamos que hicieran un agujero para que pudiéramos observar lo que había allí escondido. Uno de los vigilantes golpeó la pared y abrió un gran boquete por el que pudimos contemplar los tres féretros negros, con letras doradas grabadas en ellos. ¡Nos quedamos impresionados!

»Después de aquel descubrimiento, los guardias empezaron a tomarse más en serio nuestro trabajo de investigación. De nuevo les cambió la cara cuando, en otro de nuestros recorridos por los sótanos, Paloma se volvió a parar. Estábamos en una sala circular. Paloma nos aseguró sobrecogida que estaba viendo a un hombre medio desnudo atado con grilletes a la pared. Su carcelero se había lanzado sobre él y le estaba mordiendo la cara. Los trozos de carne que le arrancaba los escupía con fuerza al suelo. ¡Imagínate! Salimos a la carrera de aquella galería.

»A las doce de la noche pedimos a los vigilantes que nos dejaran solos; queríamos hacer una sesión de ouija en los sótanos. Apagamos las luces y encendimos varias velas. Nos sentamos sobre el suelo y colocamos el tablero...

Raquel se tomó un vaso de agua. Su mano temblaba.

—¿Sucedió algo? —preguntó inquieta.

—¡A nosotros siempre nos sucede algo! —contestó Sol con una sonrisa, y prosiguió—. Invocamos a los espíritus y aparecieron varios. Primero una joven, se llamaba Male. Pudimos saber que era judía y que había fallecido en esa zona en 1594.

Raquel la escuchaba atónita.

—Después otra mujer, de nombre Aldonza de los Ángeles, nos comunicó que había sido priora en 1750. Debió de pertenecer a la congregación de monjas que cuidaban de los enfermos. Dijo estar buscando a una chica joven llamada Blanca. Al parecer, se había fugado del hospital. Ella era su tutora y se sentía responsable de aquella pérdida.

Sol iba relatando aquellos encuentros con espíritus con total normalidad, como si estuviera hablando de personas vivas.

—El último que apareció estaba realmente furioso. Dijo llamarse Ata y haber asesinado a cinco personas. Al parecer, estaba recluido en el hospital. Era muy violento y tuvimos que dar por finalizada la sesión.

Raquel estaba atónita. Ahora se planteaba si algún día regresaría a su puesto de trabajo. Sol la miró con gesto serio.

—Siento que lo que te he contado no vaya a arreglar tu situación ni a curar tu angustia. Lo único que te puedo asegurar es que la mayoría de los espíritus son buenos y que no deberías temerlos. Trabaja con normalidad y no te alteres por los ruidos o las corrientes de aire, esas que me contabas. Si estás tranquila, a los pocos días desaparecerán.

Raquel no pudo conciliar el sueño esa noche. Aquellas monjas fantasmales se le aparecían, pesadilla tras pesadilla. El día que tuvo que reincorporarse a su puesto de trabajo fue terrible para ella. Los sudores fríos no dejaron de acompañarla durante toda la jornada. Mientras estaba sentada en su puesto, sintió como si una fuerza extraña se apoderara de ella impidiéndole cualquier movimiento. Así estuvo con la mirada perdida varios segundos. Al recuperarse, se levantó y a la carrera se dirigió al baño a lavarse la cara. Cuando se fue a secar el rostro pudo ver, reflejada en el espejo, la silueta de una monja situada detrás de ella. Su cadavérica cara no tenía ojos. Raquel soltó un grito y salió corriendo. Una compañera se la encontró y, tras calmarla, la llevó hasta el despacho de la directora.

La acompañaron a un centro de salud y, poco después, pidió la baja por depresión. A partir de entonces Raquel intentó por todos los medios que las instituciones realizaran una investigación para conocer con exactitud todo lo que estaba sucediendo en el edificio del museo. Puso una demanda ante la Oficina de Atención al Ciudadano de la Comunidad de Madrid y a los pocos días recibió respuesta oficial: ellos no tenían competencias para investigar fenómenos paranormales. Más tarde pondría una denuncia ante el Ministerio de Trabajo, aportando su baja médica y los informes que hablaban de un claro cuadro de síntomas relacionados con la

ansiedad como pruebas. Nada de esto tuvo efecto y Raquel jamás volvió a reincorporarse a su puesto de trabajo.

El tiempo ha pasado y nada se ha vuelto a saber de aquella truculenta historia que, durante algunos meses, tuvo pendientes a todos los medios de comunicación, que publicaron extensos reportajes. En los años posteriores no se han vuelto a tener noticias de más incidentes paranormales en el museo Reina Sofía, aunque algunos trabajadores aseguran que los espíritus y los sonidos extraños de vez en cuando se siguen manifestando.

El museo Reina Sofía se encuentra ubicado en la calle de Santa Isabel, 52. Muy cerca de la plaza de Atocha.

# 14 EL ASESINO DE LA BARAJA

MAYO DE 2003

El inspector jefe estaba reunido con varios de los policías responsables del grupo de homicidios de la Brigada Provincial. Había un silencio profundo en la sala. El inspector andaba muy cabreado y volvió a golpear una vez más en la mesa:

—¡Somos el puto hazmerreír de la prensa, joder! ¡No me puedo creer que seamos tan malos! ¿Qué pasa...?, ¿que solamente yo leo las portadas de los periódicos?

Se levantó de la silla y recorrió de un lado a otro la habitación. Ninguno de los allí presentes abría la boca.

—¡Seis asesinatos, seis, lleva ya ese cabrón de la baraja! Y nosotros... ¿Qué hacemos? Detenemos a un sospecho al que hay que volver a poner en la calle por falta de pruebas ¡Joder, me cago en la puta! ¿Sabéis cuántas llamadas he recibido ya de parte del ministro? ¡No tenéis ni idea! ¡Y lo peor es que nadie me da una puta explicación!



Uno de los policías de paisano se levantó con una carpeta en la mano y cosas importantes que decir.

—Señor, con su permiso...

El inspector le hizo una indicación con la cabeza para que siguiera hablando.

—Verá, nos estamos enfrentando a una investigación complicadísima. Los crímenes no siguen una pauta común. Es realmente confuso. Es cierto que en alguno de los cuerpos nos hemos encontrado cartas de naipes, pero en otros no. Lo único que tenemos claro es que se han cometido con la misma arma, de origen yugoslavo o ruso, a la que estamos intentando seguir la pista. Estamos elaborando una lista de exmilitares que hayan estado en Bosnia y que pudieron traerla ilegalmente a nuestro país. Hemos realizado posibles retratos robot que hemos mandado a todas las comisarías. Ya hemos dado aviso a Interpol y al FBI. Sé que no es una excusa, pero quiero que sepa que la Unidad está trabajando sin descanso. Tengo a todos operativos y sin vacaciones desde hace un mes.

—Solo puedo decir una cosa: ¡quiero a ese cabrón, y lo quiero ya! ¿Entendido?

El inspector salió de la sala dando un portazo. La reunión se disolvió y cada agente regresó a su puesto de trabajo.

El policía de la entrada de la comisaría se quedó mirando a aquel joven delgado, de pelo corto y sin afeitado, que mostraba claros signos de haber estado bebiendo en las últimas horas.

—¿Le puedo ayudar en algo?

—Vengo a entregarme. ¡Soy el asesino de la baraja! Me entrego porque sois unos incompetentes.

El agente tocó un timbre. En segundos salieron a la carrera dos de sus compañeros.

—Acompañadle dentro, dice que es el asesino de la baraja.

—¿El asesino de la baraja, dices? —Uno de los guardias le agarró del brazo y lo condujo al interior de la comisaría.

—Me da a mí que con el pedo que llevas no sabes ni quién eres. ¡Anda, pasa!

Los agentes dieron cuenta a su superior. El joven esperaba tranquilo en la sala de declaraciones. El inspector entró en la estancia. Uno de los policías le entregó el carnet del joven. Lo miró atentamente.

—Alfredo Galán, ¿verdad?

El borracho le miró con cara de desprecio.

—Veo que sabe leer.

El inspector jefe continuó sin hacerle caso. No quería alterarse tan pronto.

—O sea, que dices que eres el asesino de la baraja, ¿verdad?

—Ya se lo he dicho a su compañero —contestó, mostrando una increíble sangre fría.

—Sí, sé que se lo has dicho a un compañero. Pero comprende que me tienes que dar alguna pista de los crímenes para que te creamos. Si no, pensaré que estoy ante un puto borracho con ganas de bronca y de tomarnos el pelo.

El presunto asesino sonrió. Estuvo unos segundos meditando qué contarle al policía. Finalmente, una mueca de alegría le iluminó la cara.

—Las cartas que dejaba sobre los cadáveres tenían un punto azul dibujado en la parte de atrás.

—¿Seguro?

—¡Y tanto...! ¡Yo fui quien los dibujó!

El policía le miró a los ojos. Por la expresión de felicidad de aquel joven supo que le estaba diciendo la verdad. Abandonó la sala donde estaba el detenido y subió a su despacho a telefonar al Grupo Central de Homicidios. Explicó a uno de los agentes que se encargaba de la investigación del caso lo que le había dicho aquel joven.

—Escúcheme bien: doblen la vigilancia sobre él hasta que nosotros lleguemos. Puede que esté diciendo la verdad. ¿Le ha dicho cómo se llama?

—Sí, tengo su carnet: Alfredo Galán Sotillo. Es vecino de Puertollano.

—¡Perfecto! De camino iremos solicitando información del detenido. ¡Salimos hacia allá!

Dos horas y media más tarde un todoterreno aparcaba en la puerta de la comisaría. Cuatro agentes de paisano con maletines se bajaron. Enseñaron sus placas al compañero de la puerta.

—Buenas tardes, somos de homicidios.

—Muy buenas, os estábamos esperando.

La comisaría estaba revolucionada. El comisario jefe había hecho venir a todos sus efectivos. Aquello era un hervidero de policías uniformados.

Los cuatro agentes entraron en la celda a la que habían trasladado por precaución a Alfredo Galán, que se alegró de verlos llegar.

—¡Sí, señor! ¡Por fin llegan agentes de verdad!

Uno de ellos cogió a Alfredo del brazo y lo sentó en una silla. Le volvieron a esposar las manos a la espalda. El detenido se dio cuenta de que se habían acabado los juegos.

—Muy bien, amigo. Me han dicho que has declarado que eres el asesino de la baraja y has dado una pista muy certera. Algo que los medios de comunicación desconocían. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque yo mismo hice esos puntos azules detrás de las cartas que arrojé sobre los cadáveres.

—Y bien... ¿Se puede saber cómo los mataste?, ¿con algún arma que compraste cuando estuviste en Bosnia?

—¡Bingo! —El detenido sonrió irónicamente—. ¡Veo que ya han llegado los buenos!

—¡Déjate de coñas! ¿Cómo los mataste?

—¿Para qué me lo preguntáis? ¡Ya sabéis cómo coño los he matado! ¡Habéis tenido que recoger los putos cuerpos!

Alfredo Galán se iba enervando. Los policías también.

—¿Cómo conseguiste la pistola?

—La compré en un bar de Mostar por cuatrocientos euros. Era una Tokarev del calibre 7,62. La metí en un televisor que compré en una tienda de allí y lo mandé a España por correo militar. Las balas me las traje en mi propio petate cuando regresé.

Los agentes no daban crédito a lo que escuchaban. Meses y meses tras la pista del asesino y al final se terminaba entregando él mismo.

—¿Por qué pusiste las cartas sobre los cuerpos?

El asesino volvió a sonreír.

—La primera no fue mía. Alguien la debió de colocar allí o se cayó sin querer. El caso es que como vi que aquello le gustaba tanto a la prensa decidí colocar después las cartas cada vez que me cargaba a alguno. De hecho, la primera carta seguro que no lleva el punto azul pintado por detrás.

El agente miró a sus compañeros.

—¡Es este cabrón! ¡Dice la verdad! ¡Nos lo llevamos!

El agente habló con el inspector.

—Señor, creemos que puede estar diciendo la verdad. Necesitamos llevárnoslo y seguir interrogándole. ¿Podría hacer usted las gestiones con el juez de la jurisdicción?

—Sí, por supuesto. Además, es amigo mío. Ahora mismo lo llamo y le pido las autorizaciones necesarias.

El agente sacó una libreta y le leyó los derechos al detenido en voz alta.

—Alfredo Galán Sotillo, queda usted detenido como presunto autor de varios asesinatos. Tiene usted derecho a guardar silencio no declarando si no lo desea, a no contestar alguna o algunas de las preguntas que le planteen y tendrá derecho a manifestar que solo declarará ante el juez.

»Tiene usted derecho a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable. Derecho a designar libremente abogado y a

pedir que asista a actos de declaración y que intervenga en cualquier reconocimiento de identidad de que sea objeto.

»Si no designara abogado, se le designará uno de oficio por parte de la autoridad judicial o funcionario que le custodie. Tiene derecho a que se informe al familiar o persona que desee el hecho de la detención y el lugar de custodia en que se halle en cada momento.

»Y tiene derecho a ser reconocido por el médico forense o su sustituto legal y, en su defecto, por el médico forense de la institución en que se encuentre, o por cualquier otro dependiente del Estado o de otras Administraciones Públicas.

A los pocos minutos acudía el juez de la jurisdicción. No se quería perder detalle de aquella detención. Cuando los agentes le pusieron al día de todos los pasos seguidos hasta ese momento, firmó la autorización de traslado.

—¡Mil gracias, señorita! ¡Venga, nos vamos!

Metieron a Alfredo Galán en el todoterreno. Dos de los policías se sentarían con el detenido esposado. Las sirenas comenzaron a tronar con fuerza mientras las luces iluminaban de azul y blanco todo a su alrededor. El coche con los agentes salió disparado hacia Madrid. Allí proseguirían los interrogatorios.

La comitiva llegó veloz hasta la Jefatura Superior. Al todoterreno ya le estaban esperando en las dependencias policiales. Dejaron el coche en el aparcamiento central. Allí les aguardaba el jefe del Grupo de Homicidios. El policía que conducía y el copiloto se bajaron del coche.

—¡Enhorabuena! —El jefe de la unidad se mostraba satisfecho—. ¡Buen trabajo!

—Muchas gracias, señor. Pero le aseguro que si este cabrón no se hubiera entregado, habríamos tardado en encontrarle.

—Bueno, según los indicios parece que ya le tenemos. Ya está preparada la sala de interrogatorios y un abogado de oficio. Ya

hemos llamado al juez instructor y va a comenzar con los registros de los domicilios de él y de sus allegados. Tenemos setenta y dos horas. A ver qué suelta este cabrón.

Los agentes acompañaron al detenido hasta una sala donde les aguardaba el abogado de oficio y un secretario. El policía que le había interrogado en Puertollano seguiría con las preguntas. El abogado se presentó al detenido.

—Señor Galán, soy el abogado de oficio que ha designado el Colegio de Abogados de Madrid.

Alfredo Galán se le quedó mirando de arriba abajo.

—¿Y no me han podido poner de abogado a una tía buena?

Ninguno de los allí presentes le siguió la broma. El agente volvió a leerle sus derechos. El secretario comenzó a tomar nota de todo lo que se decía.

—Bueno, Alfredo. Ya sabemos cómo trajiste el arma a España. Pero aún no sabemos por qué mataste a tus víctimas y, sobre todo, por qué los elegiste. Ninguno seguía el mismo patrón.

—¡Era el azar! ¡Estaba predestinado que esos cabrones iban a morir ese día! ¡No había ninguna razón!

El abogado interrumpió al detenido.

—Ya sabes, Alfredo, que estás en tú derecho de no declarar si no quieres.

—¡Tú cállate! Aquí mando yo, ¿entiendes? Solamente faltaba que un encorbatado de mierda me dijera lo que tengo que hacer. ¡Cállate tú la puta boca!

El abogado no salía de su asombro. Entretanto, el policía se ocupó de que el asesino no se despistara.

—¿Cuándo mataste al primero?

Alfredo miró hacia el techo como buscando la información en su cerebro.

—Fue a finales de enero. Yo iba con el coche por el barrio de Chamberí. Me llamó la atención una mujer repartiendo el correo. Iba entrando de portal en portal, dejando las cartas. No sé por qué decidí entrar en uno de los portales. Llevaba mi Tokarev en la

espalda, metida en el cinturón. Avancé por uno de los pasillos y vi la puerta de la portería abierta y pensé... «¡Alguien va a morir hoy!». No sé... Nunca me han caído bien los porteros. Entré y allí había un tipo vestido con un mono azul, dando de comer a un niño pequeño que estaba sentado en una trona.

—Sí, Juan Francisco Ledesma, de cincuenta años. ¿Ver a aquel niño no te hizo pensártelo?

—No, ni me inmuté. Saqué la pistola y apunté a aquel cerdo. Estaba cagadito. No puedes imaginar el poder que da tener un arma en la mano. Le pedí por favor que se arrodillara contra la pared, porque ante todo está la educación, y le disparé varias veces sabiendo que no había puesto el cargador. Quería saber qué se sentía. Pero no es lo mismo con bala que sin bala. Aquel mierda me pedía que por favor no le matara, tenía su vida en mis manos. Me sentí Dios.

—¡Y le mataste!

—Sí, le pegué un tiro en la nuca. Fue alucinante. Aún estaba en forma. Me habría gustado que me pudiera haber visto mi oficial del ejército. Ese hijo de puta que me mandó a Galicia a limpiar chapapote.

El policía estaba indignado.

—Te recuerdo que es muy fácil acertar a un hombre de rodillas y a un metro. No te creas tan valiente.

—Hay que tener el valor de disparar. ¡Ese era mi valor!

—¿Y por qué no al niño?

—Te repito que soy Dios. Decidí regalarle la vida.

—Sí, una vida sin padre y atendido por psicólogos el resto de su existencia.

—¡Que se joda! Yo tampoco tengo madre desde los ocho años y aquí estoy.

—Sí, detenido y con unos cuantos años de prisión por delante. Sigamos. El siguiente asesinato lo cometiste días después.

El abogado no volvió a aconsejar nada más a su defendido. Casi prefería que aquel asesino confesara todos sus crímenes.

—Sí. Había estado la noche por ahí, de garito en garito. Me había enrollado con una tía, pero aquello no me llenaba. Necesitaba algo más. Recuerdo que serían las cuatro o las cinco de la madrugada cuando empecé a recorrer con el coche el barrio del aeropuerto. Aquella zona está casi deshabitada y seguro que encontraba algún panoli con ganas de morir. ¡Y así fue! Me lo encontré en una parada del autobús. Allí me topé con un menda esperando solitario en aquella parada. Tenía pinta de estar congelado, yo quise que entrara en calor. Le volví a poner de rodillas y de nuevo aquella sensación de poder. ¡Cómo me suplicó! Le pegué un tiro a quemarropa en la nuca. Y esta vez sí que me acordé de recoger el casquillo de la bala.

El policía miró al espejo detrás del cual escuchaban sus compañeros. No había duda, aquel era el criminal que andaban buscando. Era imposible que cualquier otra persona supiera tantos detalles de los asesinatos.

—Y a partir de ese momento se te bautiza como el asesino de la baraja...

—¡Sí..., la puta! ¡No me lo podía creer cuando lo veía en la tele! Seguro que esa mierda de carta estaba allí por casualidad. Yo no la puse. Me partía de risa al ver cómo hacían sus conjeturas los periodistas. Decidí que me tenía que agenciar una baraja y echar una carta en las siguientes muertes. Me molaba eso del asesino de la baraja. De mí ya se hablaba por todos lados.

—Aunque en los siguientes asesinatos tampoco pusiste carta...

—No me dio tiempo. Esa misma tarde me volvieron a entrar de nuevo las ganas repentinas de asesinar. Entré en un bar de Alcalá de Henares y le enseñé la pistola al camarero. Aquel acojonado no sabía muy bien qué decirme. Solo levantó sus manos aterrorizado...

El policía le interrumpió:

—Aquel chaval solamente tenía dieciocho años, se llamaba Mikel Jiménez.

—¡Me importa una mierda cómo se llamara aquel cobarde! Lo cierto es que le volé el cerebro de un tiro en la cabeza. La pena es



que no hubiera mucha más gente en aquel bar... ¡Te juro que me los hubiera cargado a todos! Me tuve que conformar con una mujer que hablaba por teléfono. Le pegué otro tiro en la cabeza y luego vi a la dueña, que se arrastraba por el suelo intentando escaparse. Le pegué tres tiros. A esa no le acerté bien...

—Sí, pero la has dejado marcada para toda la vida. Tiene aún las lesiones y no ha podido superar el horror de ver cómo asesinabas a su hijo a sangre fría.

—Sí, ya me enteré por los telediarios que había sobrevivido. ¡Menudo fallo! Pensé que me la había cepillado. Si no, te aseguro que la habría rematado.

—Luego estuviste un tiempo sin matar.

—Sí. Andaba con precaución. Sabía que estaríais sobre la pista de mis crímenes. Pero pasaba el tiempo y no teníais ni idea. Me sentía poderoso y sabía que podía estar tranquilo y volver a matar. Fue cuando me compré la baraja y salí a buscar a mi víctima.

—Te fuiste un poco lejos...

—No tanto, a Tres Cantos. Me pilló de camino. Necesitaba un lugar algo apartado en el que poder actuar. Di varias vueltas con el coche hasta encontrar a aquella parejita. Me bajé del coche y me acerqué a ellos. Me jodió que aquel tipo fuera un extranjero y estuviera tonteando con una española. Le puse de rodillas y le estampé un tiro en la cabeza, pero la puta pistola me falló.

—¿Qué ocurrió?

—Había puesto una pequeña redcilla a la pistola para que los casquillos no se quedaran en el suelo. Ya eran suficientes pruebas. Pero el arma se me encasquilló y no hubo forma de rematar a aquel cabrón. Aquella cabrona se puso a gritar como una loca y tuve que salir corriendo. Aun así, le lancé a la cara el dos de copas que tenía preparado. Mi intención era terminar con aquella baraja completa. Ya me enteré por la tele que el tiro le había entrado por la boca.

—Sí. Aquel joven tuvo suerte.

—¡Mucha! ¡Pero luego me desquité! ¡A los dos siguientes les jodí de lleno!

—Otra vez elegiste un sitio diferente.

—Arganda del Rey. ¿A que os tenía locos? —El asesino de la baraja soltó unas cuantas carcajadas—. Fui de caza con el coche a ver qué encontraba y descubrí en un descampado a una pareja de rumanos. ¡No me lo pensé dos veces! A él lo puse de rodillas y le volé la cabeza, ella se me resistió y tuve que pegarle cuatro tiros. Les lancé el tres y el cuatro de copas. Cada vez me lo pasaba mejor.

—El hombre murió en el acto; la mujer tardó cuatro días. —El policía estaba realmente impresionado de la frialdad de aquel asesino en serie.

—Sí. Otro fallo. Tendría que habérmela cargado a la primera.

—Lo que no entiendo es por qué te has entregado.

—Yo tampoco lo sé muy bien. Es posible que hayan sido las copas que me he tomado... Y el cansancio. ¡Estaba harto de que fuerais tan malos, joder! ¿Y por qué no...? Si te soy sincero, necesitaba que la gente supiera que yo era el asesino. Me he tenido que aguantar en muchas ocasiones cuando escuchaba a la gente de mi alrededor hablar del asesino de la baraja sin saber lo tenían a su lado y que les habría podido levantar la tapa de los sesos de un tiro allí mismo.

—Pues no te preocupes, que a partir de ahora vas a ser famoso de verdad. Por cierto..., ¿y la pistola?, ¿dónde la guardas?

Alfredo Galán sonrió al policía. Sabía que si no encontraban el arma utilizada en los asesinatos lo tendrían muy difícil para condenarle.

—¿La pistola? ¿Qué pistola? —El asesino lanzó una sonora carcajada y enmudeció. A partir de ese momento no quiso contestar a ninguna de las preguntas que le formulaba el policía.

El agente salió de la sala de interrogatorios. El comisario le felicitó:

—¡Buen trabajo, agente!

—Gracias, señor, pero si este cabrón no se hubiera entregado me temo que nos habríamos encontrado con la baraja entera.

El policía se marchó a descansar. Su trabajo estaba hecho. Ahora tocaba que los jueces realizaran el suyo.

Alfredo Galán fue condenado a un total de 142 años por un delito de tenencia ilícita de armas, otro de allanamiento de morada, seis delitos de asesinato y tres en grado de tentativa. Actualmente cumple condena en la prisión de Dueñas, en Palencia

El recorrido tras los pasos del asesino de la baraja nos lleva prácticamente por toda la Comunidad de Madrid. El primer asesinato lo cometió en una portería de la calle Alonso Cano, 64, situada a espaldas de Nuevos Ministerios.

El segundo fue en una parada de autobús en el barrio de Alameda de Osuna, concretamente en la Plaza del Mar, junto a la Avenida de la Hispanidad.

El tercer asesinato nos lleva hasta Alcalá de Henares. En el bar Rojas, en la calle Río Alberche, número 2.

El siguiente lo realizó en Tres Cantos, concretamente en la Avenida de Viñuelas, 29 (entre las avenidas del Parque y de la Industria).

Su último ataque, en el que asesinó a una pareja de rumanos, sucedió en la avenida del Ejército, en Arganda del Rey, en un camino de tierra muy próximo al polideportivo del municipio.

# 15 LA MISTERIOSA ESTACIÓN DE CHAMBERÍ

MAYO DE 2005

Pedro iba en el vagón con la cara pegada al cristal. Ponía sus dos pequeñas manos tapando los laterales de su rostro para que no entrara nada de luz. Todas las mañanas, camino al colegio, realizaba el mismo juego con su padre. Al salir de la estación de metro de Bilbao se colocaban juntos en el cristal de la puerta y miraban atentamente. En mitad del túnel, antes de llegar a la estación de Iglesia, se podía distinguir entre las sombras una estación fantasma. Aquella imagen le tenía fascinado. Ahora, con diecisiete años, había vuelto a poner la cara contra el cristal, esta vez con su pandilla del instituto.

—¿Lo veis?

La estación pasaba a toda velocidad ante sus ojos. La luz que se filtraba por alguna claraboya iluminaba tenuemente la silueta de la antigua estación. Se podían divisar el polvoriento andén y los viejos carteles publicitarios.

—¡Joder, es verdad! ¡Una puta estación fantasma!

—¿Qué os había dicho?

Los cuatro amigos se acercaron a Pedro.

—¿Y dices que se puede pasar?

—Sí, siempre me ha obsesionado esta estación y he leído mucho sobre ella. Ahora mismo está cerrada, pero nos podemos colar. Dicen que en ella a veces se meten mendigos y drogadictos. Será fácil encontrar una entrada.

—¡Y unos huevos! ¿Mendigos y drogadictos? ¡Conmigo no contéis!

—¡No seas nenaza! ¿Qué nos van a hacer? Lo suyo es entrar por la noche. Será más excitante.

Los cinco amigos quedaron días después al caer la noche en la plaza de Chamberí. Uno de ellos llevaba una bolsa de plástico con un par de botellas de whisky y otra de Coca-Cola.

—Veo que has traído el material.

—Sí, ¿creéis que con dos litros de alcohol tendremos suficiente?

Todos sonrieron

—¡Seguro!

—¡Pues uno de ellos hay que bebérselo ya o no contéis conmigo para entrar! —avisó el que más miedo tenía.

Los cinco amigos se prepararon el primer litro de cubalibre. Ese *puntillo* les daría el valor que les hacía falta.

—¿Os habéis acordado de las linternas?

Todos comprobaron sus mochilas.

—¡Sí! ¡Va a ser una aventura!

Se bebieron uno de los litros de alcohol. A los pocos minutos ya no había ninguno del grupo que sintiera miedo. Estuvieron esperando a que llegara la una de la madrugada. Querían estar convencidos de que ningún metro pasara por la estación.

Pedro los orientó. Entraron a un descampado que había junto a la plaza. Aquel terreno pertenecía a Metro. Allí había una puerta metálica con una cadena y un candado... ¡Roto!

—¡Mirad, alguien se ha cargado el puto candado! —se quejó uno de los amigos.

—¿Qué más da? —replicó Pedro.

—¿Que qué más da? Si el candado está roto es porque hay alguien ahí dentro.

—¡Yo voy a entrar! ¿Alguien más?

Finalmente todos se animaron. Uno vigiló para que nadie les viera abrir la puerta metálica y, cuando ya estuvieron dentro, dio una carrera y se unió a sus compañeros. Encendieron las linternas y se adentraron por un inquietante pasillo polvoriento que desembocaba en unas escaleras. Pedro iluminó con su linterna.

—¡Mirad! ¡Es la entrada a la antigua estación!

El pasillo conducía a la vieja entrada. Todavía se conservaban los tornos metálicos de acceso y la cabina del taquillero con los cristales rotos. Todo estaba lleno de polvo y escombros. La luz de una de las linternas se posó en un curioso cartel.

—¡Mirad! ¡Billetes usados! —Se acercó para iluminar más de cerca.

No quedaba ninguno entero. Alguien se había dedicado a prenderles fuego. Solamente podía verse la marca del humo negro en el metal y las cenizas de lo que habrían sido billetes usados mucho tiempo atrás. Los amigos estaban impresionados y apuntaban con sus linternas en todas direcciones. En las paredes aún se conservaban antiguos carteles publicitarios, aunque muchos de los azulejos ya se habían caído al suelo y mostraban el sucio cemento.

—¡Vamos, bajemos a los andenes!

El más miedoso de los amigos iluminó con su linterna varios grafitis.

—¡Mirad, grafitis! Está claro que ha habido alguien aquí antes que nosotros

—Ya te dije que de vez en cuando viene gente por la vieja estación.

Un ruido les alertó.

—¿Qué ha sido eso?

Los amigos apuntaron con sus linternas hacia el lugar del que parecía provenir aquel sonido inesperado. Uno de ellos iluminó una enorme rata.

—¡Joder, qué grande!

Otro cogió un cascote del suelo y se lo tiró. El resto de amigos le siguieron. La rata corría despavorida. El grupo siguió avanzando hacia el andén y, al llegar, Pedro se quedó extasiado.

—De pequeño siempre había soñado con este momento... ¡Es impresionante!

Pedro iluminaba el polvoriento andén que, día tras día, durante su infancia había observado con su cara pegada al cristal.

—¡Mirad, allí hay un banco! ¡Vamos a sentarnos y nos tomamos el litro que queda!

Se sentaron iluminados por las linternas, ajenos a todo lo demás, y se fueron pasando la bebida entre risas y bromas. Uno de ellos comentó:

—¿Habéis leído el libro de Alberto Granados de *Leyendas urbanas*?

Aunque lo conocían, ninguno lo había leído.

—¿Por qué?

—Ahora que estamos aquí, he recordado una de las historias que sale en el libro, que es bastante escalofriante...

—¡Cuenta, cuenta!

—Veréis... Va de una chica joven que todas las tardes cogía el metro en la misma estación para ir a su casa después del trabajo. Un día terminó más tarde de lo habitual y llegó ya de noche. Los pasillos estaban vacíos y, cuando accedió al andén, descubrió que allí tampoco había nadie. Estuvo esperando unos minutos hasta que llegó el metro. Observó los vagones que pasaban a toda velocidad frente a ella, también vacíos. Las puertas se abrieron y se metió en el que tenía enfrente. Solamente había sentadas tres personas, dos hombres y una mujer en el medio. Los vagones contiguos también estaban desiertos.

»La chica estaba leyendo su libro, absorta y desconectada de lo que ocurría a su alrededor, aunque de vez en cuando levantaba la vista para mirar a la misteriosa mujer de enfrente que tenía sus ojos clavados en ella. La miraba con una firmeza que la estaba intimidando. Los hombres sentados junto a ella tenían pinta de mafiosos, así que decidió que era mejor concentrarse en la lectura.

»En la siguiente estación solamente subió un nuevo pasajero. Un hombre trajeado, con cara de bonachón, que se sentó a su lado. El recién llegado comenzó a mirar a los pasajeros que tenía enfrente. Cuando ya llegaban a la siguiente estación cogió a la joven del brazo y le dijo: «Por favor, no hagas preguntas y sígueme. Tu vida está en peligro».

Una rata que chillaba en el andén de enfrente puso al grupo de chavales en guardia.

—¡Dios, qué susto! ¡Tírale un cascote!

De nuevo la rata tuvo que huir a toda velocidad bajo una lluvia de piedras.

—¿Sigo?

—¡Venga sí, que nos tienes acojonados!

—Pues como os decía... El hombre agarró a la chica y le dijo que debía acompañarle porque su vida corría peligro. Ella, atemorizada, pareció creerle. Aquel tío no le daba miedo, parecía buena gente.

»El metro llegó a la estación. Las puertas del vagón se abrieron y el hombre tiró del brazo de la mujer para que saliera. Lo hicieron rápidamente, justo antes de que las puertas se cerraran de nuevo. El metro se puso en movimiento. Aquellos tres extraños pasajeros pasaron frente a ellos. La mujer seguía sentada con la mirada perdida.

»El hombre se disculpó con la chica y le explicó que era médico. Le preguntó si no había visto nada extraño en aquellos pasajeros. «No sé», le respondió ella, «es posible que la mirada perdida de aquella mujer...». El médico respondió: «¡En efecto!, eso es... te puedo asegurar que aquella mujer estaba muerta». La chica se quedó impresionada. Aquellos dos hombres sentados a su lado en



el vagón la tenían agarrada para que no se cayera. Seguro que estaban esperando a que nos bajáramos para dejarla allí. No querían que descubriéramos lo que seguramente acababan de hacer.

—¡Vaya historieta para contarla esta noche!

Pedro miró a sus compañeros con gesto serio:

—¡Hay una historia peor!

Todos le miraron asustados. Ya empezaban a sentir cosquillas en el estómago.

—Os dije que había leído mucho de esta estación. Y hay una leyenda bastante terrible de una historia que sucedió hace algunos años en estos mismos andenes. Desde entonces se habla de que en determinados momentos se aparece un fantasma.

Sin venir a cuento, el aire comenzó a soplar moviendo algo el polvo del andén.

—¡Venga chicos, vámonos! ¡Ya me estáis empezando a acojonar de verdad con vuestras historietas!

—¿Qué... te vas a ir tú solo? Porque el resto vamos a escuchar la historia de Pedro.

—¡Sois unos cabrones! ¡Venga, termina ya de una puta vez la historia del fantasma!

—Leí que muy cerca de aquí existía un colegio de monjas. Creo que aún está abierto. Allí estudiaban un montón de chicas internas. Todos los días acudía un sacerdote a dar misa. Era lo primero que hacían todas las mañanas antes de ir a clase. La historia cuenta que, una mañana, una de las alumnas del colegio fue a preguntar algo a la sacristía. Al parecer, se quería confesar. Cuando entró descubrió que una de las monjas se lo estaba montando con el cura...

—¡Qué cabrón, trajinándose a la monja...!

Los amigos lanzaron una carcajada. Pedro continuó:

—Imaginaos la niña. ¡Se quedó traumatizada! Al parecer, estaban medio en pelotas. La monja se tapó, corrió hacia la puerta y la cerró para que la pequeña no saliese. Los dos se dedicaron a

atemorizar a la pobre, a amenazarla con que si decía algo a alguien se inventarían unas cuantas historias sucias que contarían a su familia. Obviamente, juró no decir nada. Pero la monja y el cura no estaban seguros de que en algún momento la pequeña no se fuera a chivar, así que decidieron que había que matarla...

—¡Venga ya...! ¡Me lo estaba esperando!

—¿Quieres callarte? ¡Sigue, Pedro!

—Prepararon con la clase de la niña una excursión a un museo. La idea era ir en metro. El cura se ofreció a acompañar al grupo para ayudar a la monja en el cuidado de las chicas. ¡Ya os podéis imaginar lo que pasó...! El sacerdote cogió a la pequeña de la mano mientras esperaban la llegada del metro. En un descuido del grupo y justo cuando el tren llegaba, la empujó y la pequeña fue arrollada. Sus pedazos quedaron diseminados por toda la vía.

—¡No me jodas! ¿Y no se dieron cuenta?

—Todo el mundo pensó que había sido un accidente ¿Quién iba a imaginar que aquel inocente religioso había arrojado a la niña a las vías? Desde ese momento hay quien dice que el fantasma de la pequeña comenzó a pasearse por esta estación atemorizando a todos los curas y monjas que por aquí pasaban.

—¡Vaya una historieta, chaval!

De pronto, el sonido de una botella de cristal que se rompía les alertó. La botella había impactado contra la pared a tan solo un metro de ellos, quebrándose en mil pedazos.

—¡Joder! ¿Qué ha sido eso?

—¡Salid de aquí, hijos de puta!

Un mendigo les increpaba desde el andén de enfrente.

—¡Venga, vámonos! ¡Corramos!

Otra botella estalló junto a ellos mientras escapaban a la carrera. Los chicos corrieron por los túneles todo lo que sus piernas les permitían. No pararon hasta que salieron fuera de la estación y ya llevaban unas cuantas manzanas recorridas.

—¡Qué susto! ¡Vaya cabrón de mendigo!

—¡Ya te digo... casi me da un tabardo!

Las respiraciones del grupo seguían aceleradas.

—Bueno... ¿No ha estado mal la visita, verdad?

—¡Serás cabrón! ¡Voy a tener el miedo en el cuerpo unos cuantos días!

Pedro sonrió.

—Sí, seguro, pero cuando vuelvas a viajar en metro entre Bilbao e Iglesia seguro que pegarás tu cara contra el cristal como he hecho yo toda la vida.

Su amigo le miró con una sonrisa.

—¡Eso seguro!

La estación de Chamberí pertenecía a la primera línea de metro que inauguró en Madrid el rey Alfonso XIII, el 17 de octubre de 1919. Aquella mítica línea del ferrocarril metropolitano realizaba el trayecto de Cuatro Caminos a Sol cubriendo un total de 3,48 kilómetros. La línea estaba compuesta por las estaciones de Cuatro Caminos, Ríos Rosas, Martínez Campos (Iglesia), Chamberí, Glorieta de Bilbao, Hospicio (Tribunal), Red de San Luis (Gran Vía) y Puerta del Sol.

Entre otras muchas cosas relacionadas con el Metropolitano, Antonio Palacios diseñó la estación de Chamberí, en la que realizó una decoración sencilla con azulejos blancos, con algunos carteles publicitarios que aún se conservan y que son su gran atractivo.

Durante la Guerra Civil, la estación de Chamberí, al igual que muchas otras, serviría de refugio antiaéreo y de almacén. Los vagones que la atravesaban transportaron durante el tiempo de la contienda centenares de ataúdes y cadáveres que se trasladaban hacia los cementerios del este.

Su cierre definitivo se produjo el 22 de mayo de 1966. El tráfico de pasajeros se había incrementado y se hacían necesarias estaciones con andenes más largos para que cupieran en ellos los nuevos trenes de seis vagones. La imposibilidad técnica de ampliar los andenes de la estación de Chamberí y la cercanía con las de

Bilbao e Iglesia hicieron que las autoridades municipales se decantaran por su clausura.

La estación permaneció cerrada hasta agosto de 2006, fecha en la que se decidió restaurarla y construir un museo que se inauguró el 25 de marzo de 2008. El proyecto se bautizó como «Anden 0» y hoy en día cualquier ciudadano puede visitar sus instalaciones y pasear por esta estación cargada de historias y leyendas.

# 16 EL CEMENTERIO DE LA ALMUDENA

JULIO DE 2012

Cuatro amigos esperaban nerviosos a que la luz del sol los abandonara definitivamente. Hacían botellón junto a la tapia del cementerio de la Almudena. Estaban obsesionados con vivir una experiencia terrorífica aquella misma noche. Los jóvenes tenían unos diecisiete años y seguramente el miedo lo provocarían ellos a quien se cruzara en su camino, ya que vestían ropas negras y calzaban botas militares repletas de tachuelas y cierres metálicos, llevaban lisas melenas negras y dos de ellos tenían la cara pintada de blanco, lo que hacía resaltar el negro de los labios y los ojos. El más delgado era el que más miedo daba. Las lentillas que llevaba le proporcionaban un aspecto demoniaco y la gente, cuando se cruzaba en su camino, se quedaba realmente sorprendida y, en algunos casos, asqueada.

—¿No estáis un poco acojonados?

—¡Ni de coña! ¡Estoy deseando saltar la tapia! Si pudiera, me vendría a vivir al cementerio.

—¡Eso estaría guay!

El grupo disfrutaba con la música satánica y con las historias de terror, cuanto más sangrientas mejor. Pretendían colarse en el cementerio y pasar una noche contando historias de miedo.

—¡Venga, vamos!

El sol se había ocultado por completo. A esas horas ya no quedaba ni un alma en el cementerio. De lo único que tendrían que tener cuidado era de los vigilantes nocturnos.

—¿Quién es el primero?

—¡Yo mismo!

Uno de ellos entrelazó sus manos sobre las que se apoyaría la bota de su amigo. Un pequeño impulsó lo alzaría hasta la parte superior de la tapia.

—¡Ya está!

El primero ya esperaba al resto encaramado sobre el muro. Todos se iban ayudando entre sí. Saltaron la tapia y, a la carrera, se adentraron entre las tumbas tan solo iluminados por la luz de la luna llena.

—¡Uf! ¿Os habéis dado cuenta de cómo huele aquí?

—¡Mejor que ningún perfume!

—¿Hacia dónde vamos?

Uno de ellos sacó un gastado plano.

—¡Seguidme! Os voy a llevar a una capilla muy especial.

Los amigos deambulaban por el cementerio en silencio. No llevaban linternas para no ser descubiertos por los vigilantes nocturnos. Tardaron un buen rato en encontrar la capilla que uno de ellos buscaba.

—¡Aquí está!

Entre las tumbas se levantaba una impresionante capilla rematada con una cúpula. Sobre ella se encontraba la estatua sedente de un ángel de bronce. Sobre sus rodillas reposaba una trompeta.

—¿Veis aquel ángel?

Todos miraron impresionados. La luz de la luna permitía que la figura pudiera verse con claridad.

—Ese ángel se llama Fausto y hay varias historias sobre él. Una decía que, antiguamente, el ángel de la estatua original tenía la trompeta pegada a los labios, como si estuviera preparado para hacerla sonar. Pero, según la leyenda, cuando se escuchara el sonido de aquella trompeta sería el anuncio de que llegaba el día del Juicio Final. Por eso decidieron reformar la escultura y colocar el instrumento sobre sus rodillas, temiendo que aquella profecía pudiera cumplirse.

—¡Qué *heavy*!

—También hay otra que cuenta que, si estás paseando por el cementerio y escuchas el sonido de la trompeta, tu muerte o la de alguien cercano se producirá enseguida.

—¡Pues esperemos que hoy no le dé por tocar la puta trompeta!

El grupo continuó la marcha.

—¡Venid, acercaos a la capilla!

—Bueno, como bien sabréis, las tapias de este cementerio fueron utilizadas durante la Guerra Civil española como lugar de ejecuciones. Contra estos muros fusilaron a miles de madrileños, daba igual de qué bando fueran, porque lo hicieron tanto nacionales como republicanos. Se cuenta que los cadáveres, antes de ser enterrados, se depositaban en esta capilla y que eran tantos los que se acumulaban que en algunos momentos llegaron hasta el techo.

»Los cuerpos se corrompían y el olor nauseabundo que desprendía esta capilla era irrespirable. Dicen que, pasada la guerra, tuvieron que reformarla debido a que la putrefacción de aquellos cuerpos había conseguido erosionar las paredes.

—¡Joder, que asco!

—Pues qué quieres que te diga..., ¡a mí me habría gustado pasar una noche rodeado de tanto cadáver! ¡Habría sido como vivir en primera persona una grabación de un capítulo de *Walking Dead*! ¡Esos putos zombies aquí descomponiéndose...!

—¡Calla de una vez, joder! ¡Me pones mal cuerpo!

—¡Venga, dejadlo ya! Vamos a buscar la tumba de Jarabo.

—¿Jarabo? ¿Quién es ese?

—Es uno de los asesinos más famosos de Madrid. El cabrón asesinó a sangre fría a cuatro personas. Se lo cargaron con el garrote vil, pero al parecer el verdugo que lo ejecutó estaba borracho ese día y, además, debía de estar en baja forma. Cuentan que tardó más de veinte minutos en romper el cuello del condenado. Imaginaos aquel tipo lanzando patadas y convulsionándose.

—¡Vaya muerte más jodida! ¡El cabrón asfixiándose media hora!

—¡Desde luego! Dicen que hasta esta tumba vienen de vez en cuando para realizar misas y ritos satánicos e incluso que hay procesiones de adoradores de este asesino.

Después de recorrer medio cementerio llegaron hasta la famosa tumba.

—¡Aquí está!

Uno de ellos iluminó con la luz de su móvil para observarla con detalle.

—¡Apaga eso, joder! ¡Nos pueden fichar los vigilantes!

—¡Mejor, más emoción!

—¿Y ahora qué?

—Vamos, si queréis, a la zona vieja. Allí hay tumbas abiertas y rotas. Da mucha más grima.

—¿Hay alguna historia más de este sitio?

—¡Unas cuantas! El lugar al que vamos ahora, que es la parte más vieja, es donde dicen que el matamendigos desenterró varios cuerpos de hombres recién fallecidos. Al parecer, los apoyó contra una de las tumbas y se masturbó sobre ellos.

—¡Joder, qué asco!

—Sí, ya lo sé, pero, ¿qué quieres? Este lugar solamente da para este tipo de historias. Ya te digo que, según cuentan, vienen los miembros de sectas satánicas a hacer sus ceremonias. No es la primera vez que los vigilantes se han encontrado huesos o incluso trozos de cadáveres desperdigados en el suelo, al parecer tras haber realizado algún extraño ritual.



—¡Os juro que yo no he sido! —El chaval de las lentillas no paraba de hacer bromas.

—A mí, lo que me da más mal rollo son las fotografías y, sobre todo, las de bebés —dijo otro, iluminando una de ellas con su móvil—. ¡Mirad!

Los amigos se quedaron impresionados con la cara angelical de aquel niño fotografiado con el uniforme colegial después de muerto.

—¿Es en este cementerio donde hay una parada de autobús fantasma?

—Bueno, más o menos... Lo que cuenta la leyenda es que en el autobús 110, que va desde Manuel Becerra hasta la Almudena, cuando cae la noche, y aunque vaya vacío, casi siempre suena el timbre que solicita la primera parada del cementerio al conductor. Dicen que los espíritus se encargan de pulsar el botón.

—¡Imaginaos la cara del tío cuando, sabiendo que va solo en el autobús, ve cómo se ilumina el cartelito de «parada solicitada». ¡Es para cagarse en los pantalones!

—¿Qué ha sido eso?

Uno de los amigos iluminó de nuevo con su móvil en todas direcciones. La luz fue vista por uno de los vigilantes del cementerio.

—¿Has visto esa luz? ¡Parecía de un móvil! —advirtió uno de los vigilantes.

—¡Vamos para allá! Ahora..., como sea una panda de chavales se van a llevar un escarmiento. Me tienen ya hasta las pelotas los niñatos que vienen aquí a jugar. ¡Todas las putas noches lo mismo!

Los vigilantes se dirigieron a la carrera al lugar donde estaba el grupo.

—¡Hostia, corred, escondeos! ¡Creo que nos han visto!

Los cuatro se escondieron alertados por las dos luces que a toda velocidad se aproximaban a ellos. Algunos tras las tumbas, otro tras el tronco de un enorme árbol.

—¿Quién hay ahí? —gritó uno de los vigilantes.

—¡Salid ahora mismo! Si no, os juro que os voy a matar yo con mis propias manos.

Los vigilantes sacaron sus porras. Escudriñaban cada rincón de aquella zona con las potentes luces de sus linternas. Uno de ellos se dirigió hacia el árbol donde se escondía uno de los chavales. El vigilante iluminó el árbol y se encontró de bruces con la cara del gótico de las lentillas.

—¡Joder!

Aterrorizado ante aquella cara demoniaca, el vigilante comenzó a golpearle con la porra. No podía parar. Cada golpe que asestaba le producía más placer. Su compañero corrió para ayudarlo. La sangre de las heridas producidas saltaba por todos lados.

—¡Ya, yaaaaaa, déjalo, hostias! ¡Es un chaval!

Los demás chicos escaparon a la carrera, perseguidos por el otro vigilante. Sus piernas no fueron capaces de dar alcance a aquellos chavales, que saltaron la tapia casi de un brinco.

—¡Hijos de puta! —El vigilante tomaba aire intentando recuperarse de la carrera. Al llegar junto al árbol donde se encontraba su compañero lo descubrió apoyado contra el enorme tronco.

—¿Qué pasa?

—¡Este hijo de puta, que no se mueve!

El vigilante se acercó hasta el cuerpo inerte del chaval y lo iluminó con la linterna. La imagen era de película de miedo: la cara ensangrentada con los ojos demoniacos perdidos en el horizonte.

—¡Dios! ¿Qué has hecho?

—¡Yo qué sé! ¡El hijo de puta me ha dado un susto de muerte, con esa cara y esos ojos! ¡Me he vuelto loco! ¡Te juro que no podía dejar de pegarle! ¡Ha debido de ser la tensión!

El compañero puso la mano en la yugular del joven. No había duda de que estaba muerto.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¡Putos niñatos! ¡Sabía que un día íbamos a tener problemas!

—¿Y si lo enterramos?

—¿Qué dices?

—¡Sí, joder! ¡Encima que estamos currando no vamos a cargar con la culpa de la muerte de este drácula!

—¡No sé, Javier! ¡Vaya un marrón!

—¡A tomar por el culo! ¡Vamos a coger a este cabrón y lo tiramos a una de estas tumbas. Lo llenamos de arena y no volvemos a hablar del tema. Si nos preguntan, lo negamos todo.

Así lo hicieron. Los vigilantes enterraron el cadáver y continuaron la ronda como si nada hubiera ocurrido.

Por su parte, los amigos ocultaron la verdad a sus padres por miedo a las represalias. Pensaron que los guardias habrían detenido a su compañero de andanzas y lo habrían llevado a la comisaría, para después soltarlo, una vez escarmentado. Las horas pasaron y los padres de aquel chaval tampoco se preocuparon demasiado por aquel ser de apariencia demoniaca al que cada día miraban con mayor perplejidad, sin llegar a comprender cómo podía ir disfrazado de ese modo. Ambos eran alcohólicos y bastante tenían con sacar dinero para sus litros diarios. Pensaron que su hijo se habría marchado de casa. De hecho, no pusieron ni la denuncia, dando por hecho que un chaval de dieciocho recién cumplidos tenía libertad de vivir donde quisiera.

Los amigos hicieron un pacto para no revelar jamás la historia vivida aquella noche. Cuentan que el vigilante que mató al chaval apareció una noche ahorcado del mismo árbol donde acabó a golpes con la vida del muchacho. Existen los que piensan que fue el espíritu del chaval muerto el que se encargó de que pagara por su crimen.

Las obras del cementerio de la Almudena comenzaron, por fin, en el año 1884. Era la respuesta a años y años de reclamaciones populares. Ya desde tiempos de Carlos III se tenía decidido que los cementerios debían situarse a las afueras de la ciudad. En Madrid, cuando alguien fallecía se le enterraba en el cementerio de su

iglesia, lo que implicaba que, en casos de epidemia, se contagiaran un gran número de ciudadanos.

La construcción del cementerio fue laboriosa y no se inauguraría oficialmente hasta 1925. Llegó a convertirse en uno de los más grandes de Europa, con sus ciento veinte hectáreas. En un principio se proyectó para albergar en su interior algo más de sesenta mil sepulturas, aunque hasta el momento van enterrados en este espacio más de cinco millones de cuerpos.

El cementerio de la Almudena tardaría en ser bendecido. La Iglesia no quería perder la gestión y sus privilegios a manos del Ayuntamiento. Ganaba un buen dinero con los enterramientos que se realizaban a principios de 1900: cinco pesetas por adulto y dos cincuenta por cada niño que enterraba. Todo cambió cuando, frente al camposanto, se construyó un cementerio civil destinado a albergar los cadáveres de pecadores, no creyentes o excomulgados.

La primera persona enterrada en el cementerio civil fue una joven llamada Maravilla Leal, una suicida que, obviamente, no tenía cabida en la zona católica. A aquel entierro acudió incluso el rey Alfonso XII, dando por inaugurado oficialmente el cementerio civil. Al arzobispado no le quedó más remedio que bendecir días después el resto del cementerio, que, a partir de ese momento, dependería del Ayuntamiento de Madrid.

En la parte católica, el primer enterramiento sería el de un bebé de apenas catorce meses. Por deseo del rey Alfonso XII esa tumba se convertiría en la única sepultura perpetua de la Almudena.

# 17 LOS CRÍMENES DE LA CALLE FUENCARRAL

MAYO DE 2013

—¡Vamos, por favor! ¡No se queden atrás!

El guía intentaba mantener en orden al grupo al que aquella noche acompañaba por el centro de Madrid. Varios turistas y algún madrileño deseosos de conocer las historias más oscuras de la ciudad. Ya habían recorrido parte del centro y el guía había conseguido meterles el miedo en el cuerpo.

—Hemos llegado a la calle Fuencarral y lo que tengo a mis espaldas es la glorieta de Bilbao. Quisiera hablarles ahora de uno de los crímenes más importantes acaecidos en esta calle, y digo uno porque no fue el único. Fue cometido en el número 109 y lo más curioso es que ese número en la actualidad no existe; se pasa del portal 107 al 111.

El grupo, sorprendido, observó los portales.

—No obstante —prosiguió—, creo que el edificio donde se llevó a cabo el primer crimen todavía existe, aunque tenemos que seguir andando un poco más.

La comitiva continuó caminando junto al guía hasta que llegaron al número 95 de la calle.

—Bien, ya hemos llegado. Creo que el antiguo 109 se correspondería hoy en día con el número 95. En este portal, en el segundo izquierda, vivía doña Luciana Borcino, viuda de Vázquez Varela. Tendría unos cincuenta años. Las crónicas decían que era una mujer pudiente con una fortuna que le rentaba cincuenta mil duros al año.

»Esta viuda vivía con su hijo de veintitrés años, llamado José Vázquez Varela, un vividor y pendenciero al que habían tenido que meter en la cárcel Modelo varias veces. Una por pegar a su propia madre; la siguiente por apuñalar a su amante, una mujer de muy mala reputación; la última por robar una capa en el café Mazzantini de Madrid. En fin... ¡Una joya! Al parecer, el joven se codeaba con lo peor de la ciudad y algunas de sus amistades las había hecho en la propia cárcel.

»Claro que esta buena señora tampoco era una santa. Al parecer le duraban muy poco las jóvenes que se ponían a trabajar en su casa como sirvientas. Doña Luciana era una mujer de una complexión fuerte y tenía muy mal carácter. Se decía que en más de una ocasión los vecinos la habían escuchado gritar indignada a sus criadas, e incluso alguna vez se le escapó la mano con las jóvenes o rompió algún plato o vaso contra el suelo. No era de extrañar que casi todas las chicas que entraban a su servicio a las pocas semanas la abandonaran angustiadas.

—¡Menuda pájara! —dijo uno de los del grupo, haciendo sonreír al resto.

—Pues bien —prosiguió el guía—, esta mujer contrató a una sirvienta nueva. Se llamaba Higinia Balaguer, tenía veintiocho años, procedía de un pueblecito de Zaragoza y, aunque analfabeta, era una mujer muy despierta. Se dice que la joven había vivido y trabajado algún tiempo con el dueño de un puesto de bebidas que existía precisamente junto a la cárcel Modelo donde estaba preso el hijo de doña Luciana. Allí es donde posiblemente los dos se

conocieron y donde, sin duda, orquestarían la historia que viene a continuación. Lo cierto es que doña Luciana tampoco indagó mucho sobre el pasado de la joven ni le pidió referencias. Le bastaba con que quisiera estar a su servicio.

—¡Me da que aquí vamos a tener asesinato! —De nuevo el grupo soltó una risita nerviosa. Necesitaban poner algo de humor a la noche repleta de crímenes, sangre y fantasmas.

—¡Para conocer el final de la historia necesito que estéis atentos! —continuó el guía—. En la madrugada del 2 de julio de 1888, desde el balcón del segundo piso de este portal se escucharon los gritos de Higinia, la nueva criada que había contratado doña Luciana. Gritó: «¡Fuego, fuego!». El portero escuchó las voces y también varios vecinos salieron a la escalera del edificio alarmados por los gritos y el olor a humo. La asistenta entró en la casa y no se la volvió a escuchar.

»Como podréis suponer, se organizó un gran revuelo en la escalera. Entre los vecinos se encontraba un militar que, junto al portero, fue quien organizó la entrada a la vivienda de doña Luciana. El conserje bajó a la carrera a buscar la llave de repuesto que tenía de la casa. La probó, nervioso, pero no tuvo suerte; habían echado un cerrojo por dentro y no se podía abrir la puerta. Entre el militar y varios vecinos la echaron abajo a golpes. Salía algo de humo de una de las habitaciones, pero no había ningún incendio importante.

»El militar y el portero accedieron a la vivienda. Al resto de vecinos se les ordenó que esperaran en la puerta. Rápidamente entraron en la habitación de la que salía el humo. Los dos se quedaron horrorizados al encontrar, tendido sobre la cama, el cuerpo humeante y sin vida de doña Luciana. En la habitación había un fuerte olor a carne quemada y a petróleo. Sobre el cadáver de aquella mujer habían echado papeles y ropas empapadas con el combustible para que ardieran. El rostro de la mujer era aún reconocible. Mientras contemplaban aquel espectáculo recordaron que dentro debía de estar también la criada. Buscaron por las demás habitaciones de la casa hasta que encontraron también su

cuerpo tirado en el suelo. La sirvienta no estaba muerta, solo inconsciente. A su lado hallaron al perro, un bulldog que se encargaba de proteger la vivienda, también desmayado y sin conocimiento.

El portero y el militar estaban perplejos. Enseguida aparecieron el juez y dos guardias. Cuando la sirvienta volvió en sí, no recordaba nada. Solamente que había visto fuego y que por eso había salido al balcón a avisar a los vecinos. Dijo no saber que su patrona estuviera muerta. Como era de esperar, a la asistenta se la detuvo para interrogarla y el juez ordenó la autopsia del cadáver para intentar descubrir alguna pista sobre tan curiosa muerte.

»El juez estaba desorientado: por una parte, el móvil del crimen era sin ninguna duda la herencia —el portero le había comentado que la mujer asesinada podría tener casi un millón y medio de pesetas—, pero también podría tratarse de un simple robo, porque habían desaparecido la mayoría de las joyas que tenía y se veía que alguien había rebuscado en cajones y armarios. Supo que el único heredero que tenía la asesinada era un hijo, pero disponía de una coartada indiscutible: el joven se encontraba encarcelado en la Modelo. El juez se acercó hasta la prisión para comunicar a José Vázquez Varela la muerte de su madre y le llamó la atención su sangre fría ante la noticia: ni siquiera derramó una lágrima y no dio muestras de pesar.

—¡Vaya culebrón! —El grupo parecía estar muy atento a la historia.

—Sí —continuó el guía—, en la época fue un caso muy seguido por la opinión pública. De hecho, la sección de sucesos, tal y como la conocemos hoy en día en los periódicos, es posible que comenzara gracias a este crimen. Los madrileños aguardaban expectantes cada día la salida de los diarios para enterarse de la evolución de las investigaciones. Las ventas aumentaron muchísimo en aquellas semanas y se crearon dos bandos de opinión: los que estaban a favor de la pobre y humilde empleada de la casa y los que defendían al hijo capitalista.



—¡Yo apuesto a que fue el hijo! —apuntó alguien.

—¡Pues yo me juego una caña a que fue la criada! —Las risas regresaron al grupo.

—¡Venga, ya queda menos para el desenlace! Como decía, imaginaos, para una criada que no sabía ni leer, lo que era verse en todos los diarios. Aquella mujer primero contó una historia peregrina: que estaba en la casa... que vio el fuego... que con la emoción se desmayó y que así la encontraron. El juez decidió seguir investigando y descubrió su conexión con el hijo. Los informes forenses llegaron. Doña Luciana había muerto de tres puñaladas. Luego, su cuerpo había sido arrastrado hasta la habitación donde se le había encontrado. Los trapos se quemaron cuando ella ya estaba muerta. Seguramente la intención era hacer arder la estancia por completo para destruir las pruebas, pero el fuego no llegó a arrancar con fuerza suficiente.

»El juez volvió a interrogar a la sospechosa, que cambió su primera declaración. Agobiada por las evidencias, reconoció haber sido ella la que había matado a la dueña de la casa. Según la sirvienta, la había acusado de robarle algunas joyas. La mujer forcejeó con ella y, atemorizada, la chica le clavó una navaja que tenía. Después robó algunas joyas y algo de dinero y se lo entregó a una amiga suya que hizo de cómplice: Dolores Ávila. El juez ya tenía una nueva sospechosa a la que interrogar.

»Las declaraciones se fueron complicando. Llegaron a acusar al hijo de la fallecida e, incluso, al director de la cárcel Modelo, Millán Astray. De él se dijo que era amigo del hijo de doña Luciana y que le había dado permiso aquella noche para salir, de modo que habría podido asesinar a su madre. Se registró el domicilio de la tal Dolores Ávila, la amiga de Higinia, y allí encontraron los guardias las joyas robadas. Dolores también ingresó en prisión.

—¡Vaya lío! ¿Se supo al final quién fue el asesino?

—Por fin se celebró un juicio, sin duda el más mediático de la época. La criada cambió varias veces más su declaración. Primero acusó al hijo y apuntó como cómplice al director de la cárcel, y

después a su amiga Dolores. Incluso ella misma se inculpó, pero dijo que la muerte de su señora había sido involuntaria y en defensa propia. Imaginaos si el episodio fue mediático que incluso se autorizó a que un psiquiatra la hipnotizara, aunque con ello no se consiguieron grandes avances. Se convocó, asimismo, a todos los directores de periódicos del momento en calidad de asesores.

—¡Venga ya! ¿A que fue el hijo?

—Al final, un jurado popular declaró a Higinia culpable del asesinato y del robo, y fue condenada a muerte. Su cómplice, Dolores Ávila, fue encarcelada unos cuantos años y fueron absueltos el hijo, José Vázquez Varela, y el director de la cárcel, Millán Astray.

—¿Condenada a pena de muerte?

—Sí. Además, en aquel tiempo las ejecuciones se realizaban con garrote vil y eran multitudinarias. La gente solía acudir en masa a verlas. El patíbulo se organizó en el patio de la prisión Modelo. Se publicó que más de cien guardias civiles tuvieron que poner orden porque se congregaron miles de madrileños para ver morir a la criada asesina. La ejecución se llevó a cabo a las cuatro de la madrugada. Asistieron el alcalde de Madrid, el duque de Alba y, curiosamente, la escritora Emilia Pardo Bazán. A la criada se la ejecutó y, como mandaban las leyes de la época, su cadáver permaneció expuesto durante nueve horas para escarmiento.

—Pues a mí me da que el hijo de la dueña de la casa se libró de la pena de muerte por los pelos.

—Sí, hay que reconocer por la documentación que existe del caso que el juicio estuvo amañado y que no se tuvieron en cuenta pruebas importantísimas. Por ejemplo, el forense dictaminó que las puñaladas habían sido asestadas por un hombre, porque, según la trayectoria de las mismas y la fuerza con la que entraron en el cuerpo de la víctima, resultaba evidente que se había empleado mucha violencia. También se encontraron varios cigarros y cerillas en el suelo de la vivienda, y ni la señora ni la criada fumaban. Nadie explicó cómo habían conseguido dormir al bulldog de la dueña y, por

si fuera poco, hubo algunos testigos que aseguraron haber visto al hijo en la calle en aquellas fechas. En fin, creo que una vez más el poder se salió con la suya y se la cargó el más débil. ¿No os suena de algo esto? —A todos los del grupo se les escapó una sonrisa.

El guía miró su reloj. Ya eran las doce de la noche.

—¿Bueno, qué? ¿Hay sueño?

Ninguno parecía dispuesto a irse a casa.

—¡Bien! Pues vamos a seguir caminando, porque al principio os dije que este no había sido el único crimen de la calle Fuencarral.

—¡Es verdad! —apuntó el más atento del grupo.

—Vamos a dirigirnos al número 45. Allí se cometió el otro crimen importante de esta calle. Fue catorce años después, en 1902. Por el cambio de los números de la calle que antes comentábamos, yo creo que debe de ser actualmente el número 31.

El grupo llegó hasta el portal señalado, junto a una tienda de ropa y una zapatería.

—¡Ya estamos en el portal! Aquí comienza nuestra última historia.

—¡Ooooh! —Parecía que el grupo no se quería marchar a casa. El guía sonrió.

—Digo yo que tendremos que terminar en algún momento, ¿no? Bueno, continúo... Aquí, en este portal vivía en 1902 un hombre bastante curioso. Se llamaba Manuel Pastor y Pastor y, como digo, era un personaje muy peculiar. Entre las excentricidades de este buen señor estaba la de dormir siempre con la ropa puesta o comer solamente pan y chocolate, lo que lo situaba prácticamente en el límite de la desnutrición. Se había hecho protestante y se paseaba por Madrid con unos sombreros bastante llamativos en lujosos coches de caballos que solía alquilar. De dinero no andaba mal, porque recibía una pensión mensual de tres mil pesetas, fruto de la herencia paterna. Entre los lugares a los que siempre acudía se encontraban el restaurante Tournié, en la calle Mayor de Madrid, el Figón de Botín, en Cuchilleros, o Lhardy, en la Puerta del Sol. Era también un habitual de la confitería de Vizcaíno, en la calle Montera,

donde todas las tardes se tomaba un bartolillo con crema que, junto al pan y chocolate, era su único alimento cotidiano.

»Pues bien, este buen hombre se enamoró de una doncella de un hotel de Irún en el que había pasado unos días. Ella era lo que se dice una auténtica mujerona. Exprostituta, había enviudado y tenía un hijo pequeño del que se ocupaba la abuela. Tanto le gustó aquella mujer que quiso contratarla para que trabajara de asistenta en su casa. Cecilia Aznar, de veintidós años, avisó al señor de que tenía novio en Pasajes, pero a él no le importó. Y ella se dejó querer. De regreso en Madrid, para no levantar sospechas de aquella relación, don Manuel Pastor contrató también a una cocinera llamada Rosario. La mujer cocinaba solamente para ella y para Cecilia, porque a su señor no había quien lo sacara del pan y el chocolate.

»Según iba pasando el tiempo, aquel cuarentón se fue volviendo más raro y más tacaño. Seguramente la falta de alimento le provocaba pesadillas, así que todas las noches se despertaba empapado en sudor, gritando, en medio de sueños en los que siempre parecía que le iban a asesinar. Se iba volviendo cada vez más huraño y guardaba todo el dinero sin compartirlo con su enamorada Cecilia. Un día de junio, don Manuel decidió que la cocinera le sobraba. Estaba harto, decía, de pagar un sueldo a alguien que apenas rendía, y la despidió. Cecilia pensó que ella iba a ser la siguiente. Así que esperó a que esa noche se durmiera para acercarse a su habitación y, con una plancha de acero, golpearle sin descanso hasta la muerte.

»Consumado el crimen, Cecilia se cambió el delantal y la camisa, que estaban empapados en sangre. Se sentó en su habitación y escribió una tórrida carta a su novio en la que incluyó un billete de cien pesetas que acaba de robarle al asesinado. Rebuscó por toda la casa y se llevó todo el dinero que encontró. Escondió torpemente la plancha y la ropa ensangrentadas. Bajó a la calle y se compró ropa nueva, y con todo el dinero robado se marchó a Barcelona en tren. La policía, alertada por el portero de la

fincas, descubrió el cadáver de don Manuel y, tras encontrar la plancha y el mandil ensangrentados, puso en orden de busca y captura a la sirvienta.

»Al llegar a la estación de Barcelona, Cecilia fue reconocida por dos antiguos amigos carteristas. Con aquellos dos ladrones se marchó de juerga, primero a una marisquería y luego a ver amanecer. Obviamente, la dejaron sin dinero y al poco fue detenida por la policía, que ya andaba tras la pista.

»Fue condenada a garrote vil, pero terminaron conmutándole la pena por una cadena perpetua que cumplió en la prisión de Alcalá de Henares. Su rastro se perdió en 1937, cuando los milicianos de la República pusieron en libertad a todos los presos. Jamás se volvió a saber de ella.

—¡Qué fuerte!

—¡Vaya una historia curiosa! —apuntó otro de los asistentes al *tour*.

—¡Y hasta aquí hemos llegado!

El guía se despidió del grupo y se marchó caminando por la calle Fuencarral, pensando en las caras perplejas de las gentes de sus grupos cada vez que les contaba un asesinato o la aparición de un fantasma. Se sonrió. Seguro que muchos de ellos tendrían esa noche alguna pesadilla y no le cabía la menor duda de que, al pasear por los lugares visitados, a más de uno le daría un vuelco el corazón. El guía lanzó una sonora carcajada.

—¡Me encanta mi trabajo!

Mucho ha cambiado la calle Fuencarral desde que se diseñara en tiempos de Felipe III. El nombre se lo dieron debido a que su recorrido era la salida para llegar hasta el pueblo del mismo nombre. Uno de los edificios más antiguos que conserva es el que en la actualidad alberga al Museo de Historia de Madrid, en lo que sería un antiguo hospicio, construido entre 1721 y 1726. Por esa zona se encuentran otros también bastante antiguos (construidos alrededor

de 1850). Con el diseño de la nueva Gran Vía perdió alguno de sus conjuntos más emblemáticos, situados en los primeros números de la calle, como la famosa casa de don Pedro de Astrearena, marqués de Murillo. Desde el año 2009 parte de la calle se peatonalizó y ahora es un referente para todos aquellos que busquen ropa moderna y alternativa.

El primero de los dos crímenes recogidos en este capítulo sucedió en el número 109, piso 2º izquierda. Hoy en día, y debido a la reforma de la calle, ese portal coincidiría con el número 95. El segundo asesinato, bautizado como «el de la plancha», se perpetró en el número 45, que correspondería al 31 actual.

De los restaurantes a los que se hace referencia en el crimen de la plancha solamente quedan el histórico Lhardy, en la calle de San Jerónimo número 8, y Casa Botín, fundada en 1725, que según el Libro Guinness de los Récords es el restaurante más antiguo del mundo y uno de los más visitados por los turistas que se acercan a la capital. El Tournié, que se encontraba en el número 15 de la Plaza Mayor, ya desapareció, al igual que la pastelería Vizcaíno, en Montera, número 18.

# AGRADECIMIENTOS

A Paula y a Roberto, dos trocitos de mi corazón; solamente veros crecer hace que me sienta bien y vuestra sonrisa ilumina todo mi ser. Estoy deseando que cumpláis unos cuantos años más para que podáis leer estas historias «no aptas para menores».

A Sonia, mi mujer y mi compañera para el resto de mi vida, a la que robo tanto tiempo de ocio. Gracias por hacerme creer importante y por ser tan maravillosa.

A Santos López, mi editor de *Leyendas urbanas*, porque, pasados muchos años, hemos vuelto a coincidir. Gracias por tu confianza y espero que esto sea el inicio de una bonita relación. Y, por supuesto, a todo el equipo de Espasa, imprescindible en la creación y difusión del libro. Sin ellos esta obra se quedaría olvidada en una estantería.

A Fernando Marañón, que me ha aportado su gran hacer literario y al que le ha tocado repasar este libro.

Otro de los primeros lectores es siempre mi hermano Pablo, que ha devorado con intensidad cada leyenda de este libro y me ha animado cada día con sus comentarios.

También me han echado un cable Juan Carlos González de «Carpetania», que me ha vigilado para que no cometiera muchos errores históricos; mi amigo bombero David Fernández, que me explicó todos los detalles de cómo se actúa en un incendio, tan

útiles para «El baúl del monje», o el coronel Manuel Llamas, que me asesoró en alguna de las dudas policiales.

Igualmente, me ha ayudado mucho sin él saberlo Francisco Pérez Abellán, el gran maestro de los sucesos criminalísticos. Sus libros y sus artículos me han servido para perfilar los personajes de estas historias.

A Eric Frattini, por ser mi hermano y presentarme a un grupo de amigos que ya son de la familia, como Silvia, Antonio Olmos y Sofía, Manolo Llamas y Rosa, o los generales Félix Hernando y Antonio Barragán, con los que tan buenos momentos hemos compartido.

A los que me han dado su apoyo incondicional, como Paco Pérez Caballero, Teo Rodríguez, Roberto Cuadrado, Ainhoa Goñi, Iñaki de la Torre, Fran Pomares, Rubén Ruiz, Juan Luis Iglesias, el abuelo Pinar y Paco Patón, que siempre tiene reservada para mí una sonrisa.

A Juan Núñez, mi hermano más viajero; a Luis Álvarez, mi hermano neoyorquino; a Isidro Montalvo «el Yaki» y Linda, con quienes tanto he disfrutado. Al «Trifi» y sus manjares; a mi hermano rockero Ramoncín; al adorable Manolo Miguez y sus grandes homenajes en el restaurante El Charolés; al más musical de todos, Andrés Madrigal; al más ciclista, Juan Pozuelo; al «jefe» Raúl Rodríguez y al «maestro» Julian Ruiz, con los que he compartido unas cuantas «aguas de fuego». Y, por supuesto, a todo mi «harén»: Rosa Conde, Miren Cerrato, Inés Romera, Laura Gómez, Ana Ruiz, etcétera.

A los oyentes, colaboradores y equipo de *Ser curiosos* y *A vivir Madrid*. Gracias por ser cómplices de esta autentica locura. Y en especial a Fernando Berlín y a Pablo Batlle, «Su Ilustrísima», mis compañeros y amigos durante todos estos años radiofónicos.

A los compradores de *Leyendas urbanas*, *¿Es eso cierto?*, *La historia más curiosa*, *Los vigilantes de los días* o *Historias imprescindibles para los amantes de los viajes*, que fueron el principal impulso para que se escribiera este libro.



A los doctores Cabrera y Forteza, las manos «mágicas», a quienes debo mi buena salud.

A mi familia y hermanos. A mi «familia política», sobre todo a mis cuñados Ana, Luchi y Miguel «Micky», y, en definitiva, a todos aquellos que, como Mariano Revilla, alguna vez apostaron por que dentro de mí existía un periodista.

Para apuntar tus sugerencias o compartir tus impresiones:

[www.albertogranados.com](http://www.albertogranados.com)

O en Twitter: [@albgranados](https://twitter.com/albgranados)

*Las rutas del misterio. El Madrid oscuro*

Alberto Granados

© del diseño de la portada, más!gráfica, 2013

© de la imagen de la portada, más!gráfica

© Alberto Granados, 2013

© Espasa Libros, S. L. U., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2013

ISBN: 978-84-670-3995-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.

[www.safekat.com](http://www.safekat.com)



Generado con: QualityEbook v0.70, Notepad++

Generado por: Paleógrafa, 10/12/2013